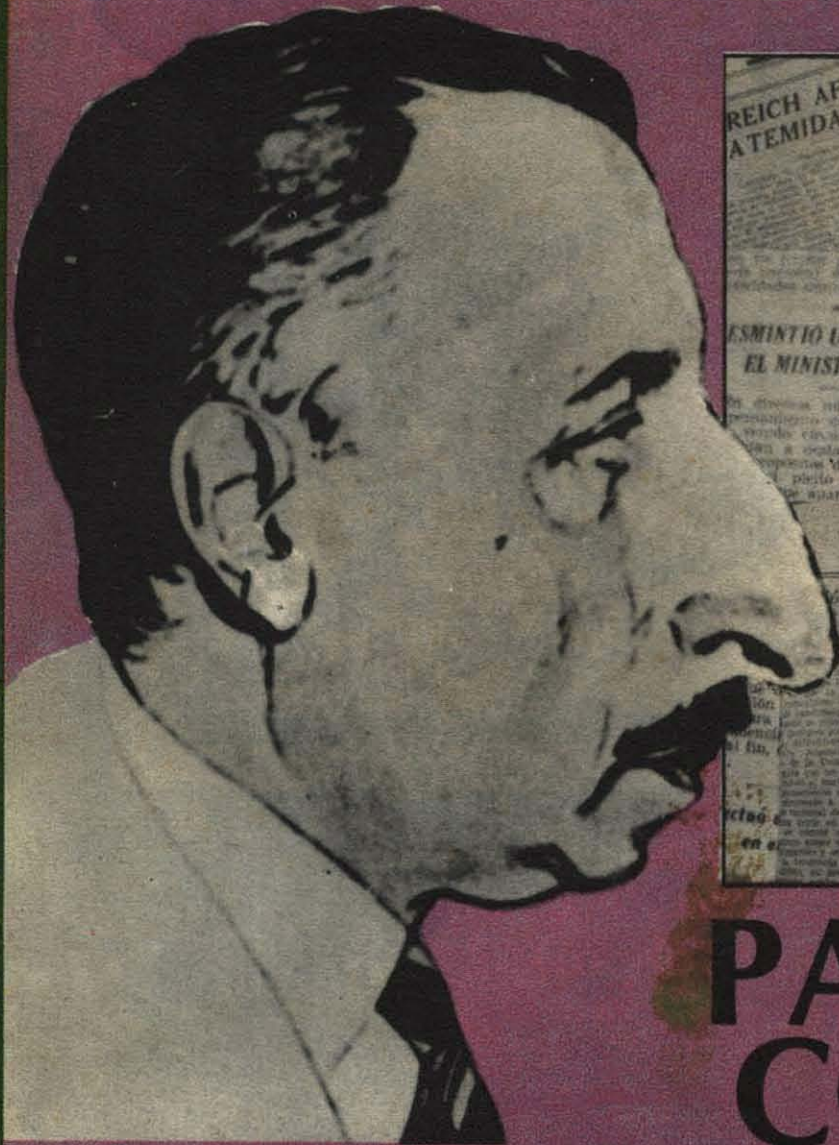


HISTORIA

TODO ES

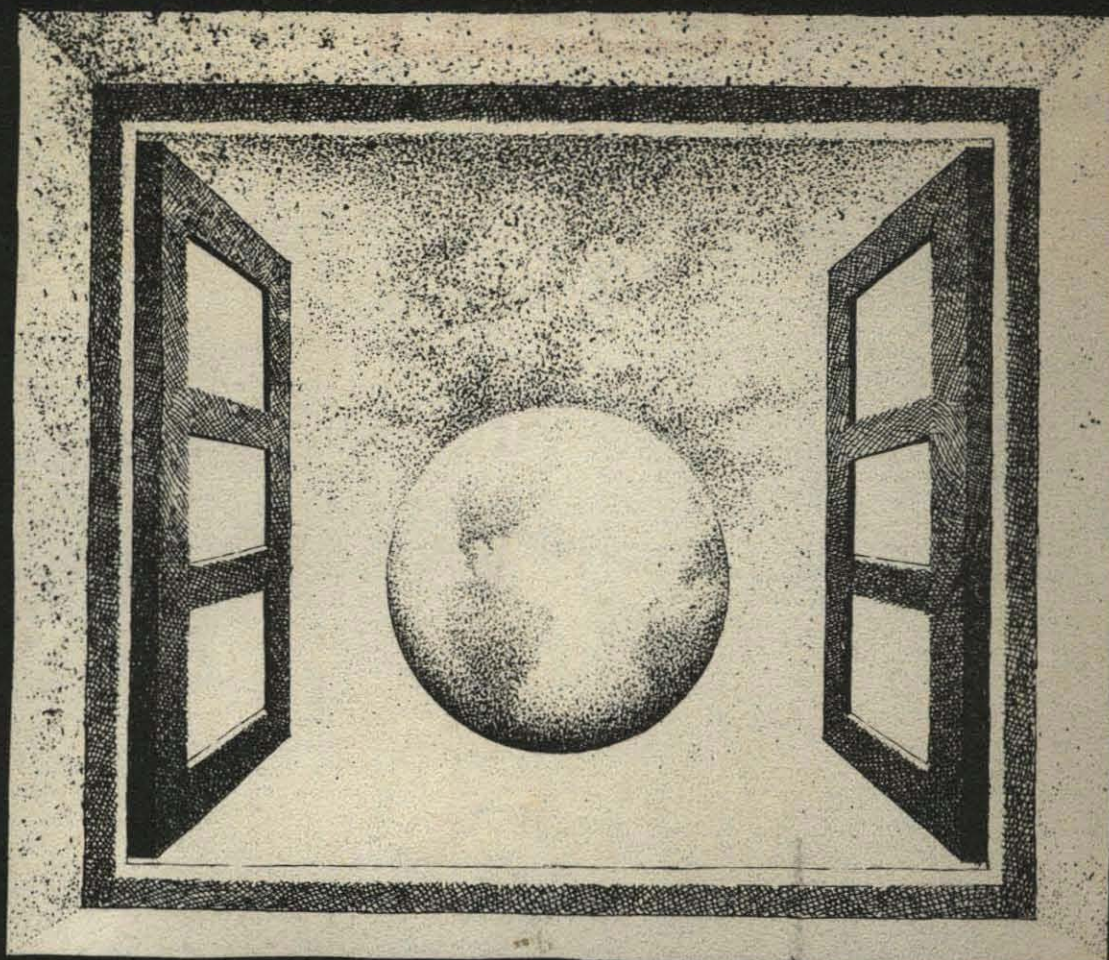
NOVIEMBRE 1979 - N° 150 - \$ 2.800

LA CONSPIRACION DE LOS FRANCESES



PATRON COSTAS Y LA REVOLUCION DEL '43

Roca, Pionero Rural



Radio del Plata: Noticias desde la tierra (por ahora).

La información más completa, su análisis y su comentario, están en Radio del Plata. Lunes a Viernes de 7.45 a 8.15: Noticiero 8. Con Ediciones Especiales a las 11.00 - 15.00 y 17.00, y una Edición Internacional Vía Satélite a las 19.25. Con las voces de la información:
Sergio Villarruel, Carlos Burone, Juan Carlos Pérez Loizeau, Ulises Barrera, Horacio Galoso, Horacio Solá (corresponsal en Europa).

y Albino Gómez (corresponsal en EE.UU.). Además, Radionoticias del Plata, ofrece un micropanorama a cada hora, y completa su elenco profesional con: Borocotó Jrs., José Antonio Mendiá, Raúl Fernández, Armando Repetto, Mario Trucco y Alejandro Dolina



LSIO RADIO DEL PLATA

En contacto directo con la información
durante las 24 hs. del día.

FIANDRA FIANDRA
FIANDRA
FIANDRA
FIANDRA

**Ahora hay más de una buena
dirección para su dinero.**

Hay cinco.

CASA MATRIZ:
Rodríguez Peña 1500,
Santos Lugares.
Tel. 757-0016/4141

SUCURSAL CAPITAL:
San Martín 398.
Tel. 34-8103/1458/8376

SUCURSAL SAN FERNANDO:
Constitución 970.
Tel. 744-1265

SUCURSAL MORON:
San Martín 163.
Tel. 628-2428

SUCURSAL SAN MARTIN:
Intendente Bonifacini 1980.
Tel. 755-1549

Todos los caminos conducen a

FIANDRA
COMPAÑIA FINANCIERA S.A.

MEMORIAL DE LA PATRIA

DIRECTOR
FELIX LUNA

TOMOS APARECIDOS

1804-1810: LAS BREVAS MADURAS, por Miguel A. Scenna.
1810-1815: LA AURORA DE LA INDEPENDENCIA, 2 tomos, por Carlos S. A. Segreti
1815-1820: ENTRE LA MONARQUIA Y LA REPUBLICA, por José R. López Rosas
1820-1824: LA FELIZ EXPERIENCIA, por Luis A. Romero
1824-1830: DEL FRACASO UNITARIO AL TRIUNFO FEDERAL, por Hugo R. Galmarini
1830-1835: EL INTERREGNO DE LOS LOMONEGROS, por Víctor Bouilly
1835-1840: LA SUMA DEL PODER, por Mario G. Saravi
1840-1850: LA SANTA FEDERACION, por Andrés M. Carretero
1850-1852: HACIA CASEROS, por Julio H. Rube
1852-1855: LA REPUBLICA DIVIDIDA, por María Sáenz Quesada
1855-1862: EL DERRUMBE DE LA CONFEDERACION, por Carlos Páez de la Torre (h.)
1862-1868: EL GOBIERNO DEL PUERTO, Trinidad D. Chianelli
1868-1874: LA MAGRA COSECHA, por Juan C. Vedoya
1874-1880: LA CONQUISTA DEL PROGRESO, por Guillermo Gasió y María C. San Román
1880-1886: ORDEN, PAZ, ENTREGA, por Andrés M. Carretero
1886-1890: APOGEO Y CRISIS DEL LIBERALISMO, por Gustavo Ferrari
1890-1895: SECUELAS DEL UNICATO, por Horacio J. Guido
1896-1904: EL TRANSITO DEL SIGLO XIX AL XX, por Julio Irazusta
1904-1910: EN CAMINO A LA DEMOCRACIA POLITICA, por Eduardo Cárdenas y Carlos M. Payá
1910-1916: ENTRE DOS CENTENARIOS, por Jimena Sáenz
1922-1930: LA ARGENTINA ILUSIONADA, por Luis C. Alén Lascano
1930-1938: LA DEMOCRACIA FICTA, por Horacio Sanguinetti
1938-1946: DEL FRAUDE A LA SOBERANIA POPULAR, por Roberto A. Ferrero
1946-1955: LA NUEVA ARGENTINA, 2 tomos, por Pedro S. Martínez.
1955-1962: LIBERTADORES Y DESARROLLISTAS, por Isidro J. Odena

DE PROXIMA APARICION

1916-1922: LA EXPERIENCIA RADICAL, por Héctor J. Iñigo Carrera
1962-1966: LA DEMOCRACIA ACOSADA, por Ramiro de Casasbellas

1804-1973

30
VOLUMENES

Ediciones LA BASTILLA

Distribuidor exclusivo EDITORIAL ASTREA
DE ALFREDO Y RICARDO DEPALMA S.R.L.
Lavalle 1208 Buenos Aires tel. 35-1880

YA
APARECIO



Memorias y recuerdos de **BLACKIE**

Un apasionante testimonio de vida recopilado por Ricardo Horvath en el cual Blackie realiza un balance de su vida en el arte y el periodismo. Sus viajes, sus amores, la gente que conoció, sus recuerdos. En el segundo aniversario de la muerte de Paloma Efron, este libro es un homenaje a su memoria.

**RESERVELO CON TIEMPO
SU CANILLITA LO TIENE**

Editorial Todo es Historia
Cangallo 1558 piso 4 Tel. 46-6965/4595 Buenos Aires

EDITORIAL:

HISTORIA

Todo es Historia S.R.L.

Año XII - Nº 150
Noviembre de 1979

EDITOR:
Emilio Perina

"Historia, émula del tiempo, depósito de las acciones, testigo de lo pasado, ejemplo y aviso de lo presente, advertencia de lo por venir..."

(Cervantes, Quijote, I, IX)

DIRECTOR:
FELIX LUNA

SECRETARIO
DE REDACCION:
Emilio J. Corbière

MATERIALES ESPECIALES:
Albertó M. Perrone

SUPLEMENTO ESTUDIANTIL:
Carlos Nanclares

COLABORADORES:
María Granata, José Barcia, Isaac Sternscheín, León Benarós, Salvador Ferla, Luis Alberto Romero, Antonio Emilio Castello, Andrea Maurizi, Aníbal M. Vinelli, Enrique Alonso, Osiris Troiani, Miguel Angel Scenna, Hebe Clementi, Alberto Guilis, Horacio Sanguinetti.

ARTE Y DIAGRAMACION:
Hugo Pérez Verón

ILUSTRACIONES:
Juan Pablo Ribeiro, Faruk, Siulnas, Omar Pacheco

FOTOGRAFIA:
Archivo General de la Nación, Antonio J. Massa, Enrique M. Shore, Ignacio Dignani.

ADMINISTRACION:
Martha De Grazia

RELACIONES
PUBLICAS:
Cristina Saccone

EDITOR ASISTENTE:
Emilio L. Perina

Dirección, Redacción, Publicidad
y Administración: Cangallo 1558
piso 4º - Tel. 46-4595/6965.

Está prohibida la reproducción total o parcial del material contenido en esta revista, tanto en castellano como en otro idioma.

Amigo lector:

El número de TODO ES HISTORIA que el lector tiene en sus manos corresponde a la edición Nº 150. Un centenar y medio de apariciones mensuales, en una publicación de estas características, hace oportuna la ocasión para repetir lo que dijimos a una joven señora que nos visitó hace algunas semanas preguntando cómo había que hacer para sacar adelante una revista de contenido cultural.

Le contestamos que lo fundamental era confiar en el público. Y le explicamos que cuando una revista periódica tiene atrás una gran estructura comercial, puede darse el lujo de subestimar al público. Puede dedicarse a la tarea de alimentar con idioteces, frivolidades o sensacionalismo a su feligresía, puesto que sus medios le permiten revestirse con

Sumario

NUESTRA PORTADA. La tapa de este número muestra al representante de los sectores conservadores de los años 40: Robustiano Patrón Costas, cuya candidatura a presidente desencadenó la revolución del 4 de junio de 1943.

PATRÓN COSTAS Y LA REVOLUCION DEL 43. ¿Por qué el neutralista presidente Castillo designó al proaliado Patrón Costas como su futuro sucesor? He aquí un interrogante que muchas veces se han planteado los historiadores sin poder resolverlo. Sobre la base de documentos del Foreign Office, Mario Rapoport propone una respuesta y, a la vez, aporta datos inéditos en relación a la época que precedió a la revolución de 1943.

EL PACTO DE SAN JOSÉ DE FLORES: LA UNION NACIONAL SALVADA. El 11 de noviembre de 1859, la firma del Pacto de San José de Flores sentó las bases de una fórmula de convivencia entre la separada Buenos Aires y el resto de la Confederación: una fórmula que sobrevivió a la lucha desatada



todos los atractivos gráficos que disimulen su banalidad.

Una publicación como TODO ES HISTORIA, en cambio, que no tiene un aparato que la sostenga, que vive pobre y libremente, debe partir de otra base: debe contar en la inteligencia de su público y, por consiguiente, tratar de darle lo mejor. Entonces, lo decisivo será el contenido. No podemos brindar páginas en colores, nos resulta inaccesible transmitir nuestro mensaje en papel de lujo, carecemos de otros atractivos gráficos que no sean los que exige una presentación decorosa. Pero como nuestra premisa es que nos lee gente inteligente, preocupada por el país y su pasado, que busca la esencia y no la forma del material que ofrecemos, entonces ponemos todo nuestro esfuerzo en los as-

pectos de fondo. Y el público nos responde. Nos viene respondiendo desde hace ciento cincuenta ediciones.

Somos conscientes que en no pocas oportunidades nuestro propósito de ofrecer materiales significativos no pudo concretarse totalmente. Pero sin duda nuestros lectores intuyen que la intención no ha variado, y entonces nos perdonan alguna declinación ocasional y siguen acompañándonos.

Este es nuestro secreto, le dije a mi consultante. Mantener una línea y confiar en la gente. No sé si la revista que proyecta la joven señora que digo, aparecerá alguna vez. Pero si llega a usar la receta que le pasé, es muy probable que llegue a tener la satisfacción de alcanzar un número de ediciones tan alto como nosotros...

FELIX LUNA

posteriormente. Juan José Cresto evoca la laboriosa concreción del pacto que salvó la unidad de la Nación Argentina.

ROCA, PIONERO RURAL. La Generación del Ochenta no implementó solamente cambios políticos. La transformación más importante la llevó a cabo en el campo, que en un breve lapso modificó totalmente sus formas de explotación. Uno de los hombres que protagonizó este cambio fue el general Julio A. Roca, cuya dedicación a las faenas rurales constituye un aspecto poco conocido de su vida, tal como la reconstruye María Sáenz Quesada.

LA CONSPIRACION DE LOS FRANCESES. Era Director Supremo el general J. M. Pueyrredón. De pronto, estalla en Buenos Aires la noticia de un complot urdido por emigrados franceses. La represión gubernativa fue fulminante y hubo varios fusilamientos. Pero el episodio sigue siendo oscuro y contradictorio, como lo destaca Héctor A. Viacava en esta nota.

y también

EL DESVAN DE CLIO. Hechos, anécdotas, personajes y curiosidades que extrae para el recuerdo, del desván de la historia, el escritor León Benarós.

DICCIONARIO DE ARGENTINISIMOS. Emilio J. Corbière recuerda la figura de Lisandro de la Torre y su defensa del patrimonio económico nacional.

LIBRO DE HISTORIA DEL MES. Una página bibliográfica de Luis Alberto Romero.

SUPLEMENTO ESTUDIANTIL. Todo lo que interesa al estudiante. Este número está dedicado a la obra de José Hernández y a la batalla de la Vuelta de Obligado, donde se jugó la soberanía nacional y las armas argentinas resistieron a las grandes potencias europeas. Es otra edición del suplemento que dirige el profesor Carlos Nanclares.

Separata especial

PATRON COSTAS Y LA REVOLUCION DEL '43

Por MARIO RAPOPORT



Robustiano Patrón Costas. Su candidatura presidencial, propuesta por las fuerzas conservadoras, para suceder a Castillo, desencadenó las contradicciones del régimen y se produjo la revolución.

A fines de 1942 comenzaron a manifestarse los primeros síntomas de la crisis política que daría lugar al movimiento militar de junio de 1943. Tuvo un papel determinante en ella la actitud internacional adoptada por nuestro país, aunque la situación interna fue, sin duda, el factor principal. Los gobiernos conservadores eran una expresión directa de la vieja élite oligárquica cuya edad de oro había tocado a su fin en la década de 1920 pero que se había visto obligada a dirigir el proceso de industrialización de la década siguiente. Sin em-

bargo, desde el punto de vista político, esos gobiernos demostraron una extrema debilidad. Trataban de mantener una imagen de respeto a las instituciones democráticas, fundamental para la élite liberal, violando sus fundamentos. La "Concordancia" conservadora careció de apoyo popular y sólo consiguió mantenerse en el poder y vencer a la oposición radical mediante el fraude electoral. El clima fraudulento, el bajo nivel de vida de los sectores populares, la corrupción política, los frecuentes escándalos económicos y, sobre to-

do, la actitud de claudicación frente a los países centrales —cuyo ejemplo más claro es el Pacto Roca-Runciman— contribuyeron a aumentar poderosamente el descrédito de aquellos gobiernos.

Crisis política y política exterior

Ni los círculos cerrados de las viejas élites, ni los de aquellos otros sectores que apoyaban al régimen, podían permanecer ajenos a estos hechos. Muchos empezaron a pensar

que, si bien la coalición conservadora había sido un instrumento político eficaz durante cierto tiempo, ya no constituía una garantía sólida para sus intereses. Sería mejor entonces tratar que las instituciones políticas se adaptaran a las transformaciones económicas y sociales de los últimos años y buscar algún apoyo popular, antes de arriesgarse a dirigir el país con una clase política desvalorizada y francamente minoritaria, cuya permanencia en el poder podría desembocar en una alternativa revolucionaria.

Fue con ese fin que el presidente Ortiz buscó eliminar el fraude electoral. Este hecho provocaría seguramente el regreso de los radicales a la primera magistratura, pero, después de todo, durante sus anteriores mandatos la base económica de las élites tradicionales no había sido mayormente afectada y frente al "vacío de poder" que parecía surgir del aislamiento político en que se movía el gobierno conservador, tal solución podía ser bien recibida por los círculos que apoyaban al oficialismo. Sin embargo, las tentativas de liberalización política perdieron toda su fuerza al renunciar —y luego morir— el presidente de la República. A partir de ese momento, aquellos que procuraban un cambio en las "costumbres" políticas vigentes concentraron sus esfuerzos en la designación del candidato a presidente por la "Concordancia" para las elecciones nacionales de setiembre de 1943.

Las críticas que algunos sectores cercanos a los círculos dirigentes efectuaban al gobierno conservador no se limitaban, sin embargo, a aspectos puramente políticos o institucionales; la conducción económica era también blanco de esas críticas. Se cuestionaba la creciente intervención del Estado en la vida económica nacional, en particular la política dirigista, que había con-

tribuido, sin embargo, a salvaguardar los intereses fundamentales de las élites tradicionales frente a las secuelas de esa crisis y dado un impulso al desarrollo económico nacional. Ya habían pasado los malos tiempos y se pedía el retorno a una política más liberal, exigiéndose la derogación de muchas medidas que habían sido eficaces para enfrentar la crisis pero que no podían permanecer vigentes indefinidamente, a riesgo de comprometer, según esos sectores, el futuro económico del país.

Pero si bien las divergencias en el seno de las clases dirigentes, y más específicamente dentro de la "Concordancia", tenían en gran parte sus orígenes en la política interior del gobierno conservador, fue la política exterior la que radicalizó mucho más las posiciones en pugna, permitiendo diferenciar con nitidez los diversos grupos que comenzaban a enfrentarse.

El problema principal no era tanto la guerra en sí como la inmediata posguerra, es decir, la posición internacional argentina con respecto a las dos naciones cuyos intereses predominaban en Argentina: Gran Bretaña y Estados Unidos. En adelante procuraremos analizar las formas políticas a través de las cuales se manifestaron esas divergencias y el desarrollo de estas, hasta el golpe de Estado militar de junio de 1943.

En 1942 se había agravado la situación política interna. La proclamación del estado de sitio en diciembre de 1941 acentuaba el carácter autoritario e impopular del gobierno y lo alejaba aún más de los sectores más "liberales" cercanos al oficialismo. Pero, sobre todo, crecía la presión que el Departamento de Estado ejercía sobre nuestro gobierno para obligarlo a modificar su política internacional, a lo cual se agregaba, en los últimos días de diciembre de 1942, una

RUIDOS MOLESTOS

por FARUK



PATRON COSTAS: ¡Cierre esa ventana! ¡En cuanto sea presidente, prohibiré la circulación de tanques por la calle!

NOTA DE TAPA

declaración crítica sobre la posición argentina por parte del Foreign Office (debida también a la presión norteamericana) y los constantes ataques de la oposición interna.¹ Por otra parte, se aproximaban las elecciones presidenciales, que auguraban jornadas decisivas para los distintos sectores cercanos al gobierno y las perspectivas para la posguerra inminente ya no dependían tanto de Castillo como del futuro mandatario.

Es necesario aclarar, sin embargo, que nadie pensaba que esas elecciones llegarían a ser una verdadera expresión de la voluntad popular. Era público y notorio que una vez más el fraude electoral aseguraría el triunfo del candidato oficialista. Ni siquiera la oposición se hacía ilusiones al respecto. Por ello, durante todo ese período, la opinión pública mantuvo fija su atención en el nombramiento del candidato elegido por la alianza gubernamental, la "Concordancia", dejando de lado a los radicales que, sin lugar a dudas, hubieran triunfado en elecciones limpias.

A pesar de todo, los partidos opositores no se quedaron con los brazos cruzados. En 1942 empezaron las negociaciones entre radicales, socialistas, demo-progresistas e incluso comunistas, para la formación de un amplio frente electoral que se llamaría "Unión Democrática" y cuya creación, momentáneamente interrumpida por el movimiento militar de junio del 43, constituiría uno de los elementos clave de la política argentina en el último período del gobierno de facto. Además, los radicales en particular seguían cifrando sus esperanzas en un golpe de Estado que los favoreciera, y las distintas ten-

tativas frustradas en la década de 1930 testimonian que la solución militar constituía para ellos una posibilidad siempre latente. Precisamente, las gestiones llevadas a cabo por el radicalismo ante algunos jefes militares, fueron, como se sabe, una de las causas inmediatas, si no la principal, del levantamiento de junio de 1943.²

Pero, sin lugar a dudas, el próximo presidente surgiría de entre las filas de la coalición

gobierno conservador y puso fin a todo un ciclo en la vida política nacional.³

Pero ¿cuáles eran, desde el punto de vista político, los sectores en pugna y cómo se expresaron durante ese período?

Castillo y su significación

Uno de ellos, al que podríamos señalar como la fracción más tradicional de la clase dirigente, tenía su portavoz en



El presidente Justo con el senador Robustiano Patrón Costas y miembros de su gabinete.

conservadora, y durante todo ese período la lucha en el seno de la clase dirigente para designar la fórmula presidencial dominó el panorama político del país. Se agudizó la crisis en que esa clase se debatía a partir de la renuncia de Ortiz y el nombramiento de Robustiano Patrón Costas como candidato a presidente por la "Concordancia" provocó finalmente el estallido del movimiento militar que derrocó al

el presidente Castillo y en numerosas personalidades que ocupaban cargos de alta responsabilidad en el gobierno. Sector sobre el cual es necesario disipar algunos malentendidos, aún vigentes, referidos a algunas de las personalidades que lo integraban y cuyo desempeño fue decisivo en este período. A Castillo, por ejemplo, se lo ha descrito como un provinciano de ideas estrechas, preocupado casi exclu-

sivamente por los problemas internos del país y empeñado en mantener el **statu quo** mediante el triunfo electoral —a cualquier precio— de la coalición conservadora. Pero aunque todo esto resulte cierto, no alcanza para explicar en profundidad su política.

En primer lugar, el hecho de que Castillo proviniera de una provincia lejana y pobre del interior del país, no era obstáculo para que pudiese expresar con cierta fidelidad el pen-

presidente porque no ofrecía problemas a las diversas facciones existentes en el seno del Partido Demócrata Nacional en 1937, cuando fue nominado. Más que una personalidad relevante era un político de partido, lo cual acentuaba su carácter representativo de los valores medios predominantes en el conservadorismo.

Lamentablemente, tanto su carácter de político de "comité" como su poco brillante personalidad, unidos a la escasez

Departamento de Estado y aportan por ello elementos sustanciales para configurar una versión bastante verosímil del pensamiento de Castillo sobre los problemas internacionales de nuestro país en aquella época.

Lo que más resalta en esas entrevistas es el notorio anti-norteamericanismo del primer mandatario. Al preguntársele, en la segunda de ellas, cuál era su opinión personal sobre los ingleses y los norteamericanos, Castillo respondió, por ejemplo, a sus interlocutores que **"apreciaba mucho a los británicos y siempre los había estimado, aunque su conducta no hubiese sido del todo honesta con el gobierno argentino en el pasado** (aludía, sin duda, a la declaración del Foreign Office que hemos mencionado), **pero en cuanto a los norteamericanos, no tenía nada agradable que decir ni de su pueblo ni de su gobierno, ya que eran falsos hermanos que jugaban a dos puntas"**.⁴

Ambas entrevistas constituyen en realidad verdaderas requisitorias contra los Estados Unidos, como lo demuestra la denuncia hecha por Castillo de que ese gobierno mantenía 1.200 espías pagados agregados a la embajada norteamericana en Buenos Aires, que seguían cada uno de sus pasos y vigilaban de cerca todos sus actos. Pero lo que señalaba sobre todo como una afrenta, eran las presiones intolerables ejercidas por aquel país sobre el gobierno argentino y la negativa de proporcionar armamentos para equipar a las Fuerzas Armadas sin cuya posesión era imposible que la Argentina pudiese romper relaciones con el Eje y participar en la guerra mundial. El Presidente llegaba incluso a considerar al Brasil como a un país **"totalmente sometido a la dominación norteamericana"**, utilizándolo como ejemplo para mostrar hasta qué punto la Argentina podía



El controvertido ministro de Relaciones Exteriores, Enrique Ruiz Guiñazú. Su neutralismo, aparentemente proalemán, en realidad favorecía las ideas de la élite gobernante, de neta filiación proinglesa.

samiento de las viejas élites cuyos intereses se confundían principalmente con los de los grandes hacendados de la pampa húmeda. Es bien conocido que muchos de los representantes más lúcidos de esas élites fueron también provincianos, empezando por el que consolidó definitivamente la organización nacional, Julio Argentino Roca.

Además, Castillo había sido elegido para el cargo de vice-

de discursos que pronunció en público, dejaron muy pocas huellas de su pensamiento. Sin embargo, el Foreign Office tuvo conocimiento de dos entrevistas privadas que Castillo mantuvo con personalidades cercanas a la embajada británica, a fines de 1942 y principios de 1943, que aunque no pueden considerarse totalmente dignas de fe, se ven confirmadas por otros documentos de la diplomacia británica y del

poner en peligro su propia soberanía.⁵

En el transcurso de una de esas entrevistas Castillo llegó a expresar también que pronto publicaría un editorial en el diario **La Prensa** denunciando actitudes "del imperialismo yanqui que nadie se hubiera atrevido a pensar". Afirmación que dudamos hubiera podido poner en ejecución, porque en la otra de las entrevistas mencionadas él mismo había manifestado que la prensa más importante del país directa o indirectamente había sido "comprada por los norteamericanos", y, además porque era harto evidente que el director de ese matutino se oponía abiertamente al régimen conservador.⁶ De todos modos, hayan existido o no estas supuestas entrevistas, lo expresado en ellas coincide con otros informes del Foreign Office que dan cuenta de los sentimientos antinorteamericanos de un sector prominente de las clases dirigentes locales. Muchos altos funcionarios y miembros del gobierno compartían los puntos de vista del presidente.⁷

Respecto al ministro de Relaciones Exteriores, Ruiz Guíñazú y a su ideología, ya nos referimos en un trabajo anterior señalando también sus sentimientos antinorteamericanos y su simpatía hacia el Reino Unido.⁸ Por eso, si bien el ministro podía estar influido por el "nacionalismo" de derecha (e incluso a través de vínculos familiares, pues uno de sus hijos era notoriamente pro-fascista) o pensara que Alemania podía ganar la guerra, no hacía más que expresar en su posición neutralista los sentimientos de la fracción más conser-

vadora y pro inglesa de la élite dirigente. Sir David Kelly, el embajador inglés, al dar su opinión sobre él, manifestaba abiertamente esa aparente paradoja: aunque Ruiz Guíñazú fuese pro fascista o pro alemán, su política no podía rebasar los límites del sector de la vieja oligarquía que apoyaba la "neutralidad" como expresión de sus tradicionales lazos de amistad con Gran Bretaña.⁹

Entre los partidarios de la neutralidad se contaban, por otra parte, personalidades de ideología muy alejada de la del ministro como, por ejemplo, el intendente de Buenos Aires, Carlos Alberto Pueyrredón, uno de los más fieles amigos y confidentes de la embajada británica, y el embajador argentino en Londres, Miguel Angel Cárcano, ex ministro de agricultura y negociador del Pacto Roca-Runciman, ambos miembros de dos antiguas familias argentinas.

Este último, en particular, así como su padre, Ramón Cárcano, perteneciente a un sector más liberal y reformista. También pueden mencionarse varios importantes dirigentes del Partido Demócrata Nacional y en general todos los que, de un modo u otro, representaban los intereses británicos en Argentina.¹⁰

La decadencia del imperio

Ese era el sector sobre el cual se basaba principalmente la conducción política del país. Por eso, aunque no haya que caer en el error de restarle importancia a la influencia "nacionalista" de derecha o a las ideas de tipo fascista en ese sector, es imposible omitir los dos elementos clave que guiaban su pensamiento: la simpatía y admiración hacia Gran Bretaña y la antipatía exacerbada hacia los Estados Unidos. Pero la existencia de ideas "nacionalistas" o pro fascistas

en su seno, o el temor a que Alemania ganara la guerra, tenían además una lógica explicación en el aislamiento en que se encontraba dicho sector a principios de la década de 1940.

Ese aislamiento se debía, en parte, a la decadencia evidente del imperio británico, pero también, a la evolución de ciertos miembros de la élite tradicional hacia una posición más flexible o de abierto acercamiento a los Estados Unidos, lo que los llevaba a criticar acerbamente la política gubernamental. Sólo bajo estas circunstancias fue posible que el gobierno de Castillo contara con la presencia de personalidades "nacionalistas" o partidarias del Eje en sus filas ya que su enfrentamiento con el país del norte constituía un terreno común con el "nacionalismo" de derecha cuyo antiliberalismo no provocaba, por otra parte, demasiada oposición en una clase dirigente acostumbrada al intervencionismo estatal a lo largo de la década de 1930.

Pero durante el transcurso de la guerra fue surgiendo, como decíamos, dentro de la élite tradicional, un sector mucho más dúctil que el anterior, que retomó las banderas del liberalismo y cuyas filas se engrosaban a medida que la contienda mundial entraba en su etapa decisiva y los Estados Unidos comprometían su actuación en ella.

Una de las figuras más importantes de esa fracción, hasta su muerte en enero de 1943, fue el ex presidente Justo.

En su actitud personal se resume claramente el proceso de desgajamiento y diferenciación que comienza a operarse en el seno de aquella élites y de su principal expresión política, la "Concordancia", a principios de la década de 1940. Luego de su mandato —que abarcó de 1932 a 1938— Justo fue considerado como un prototipo de los sectores más



Carlos Saavedra Lamas y José María Cantilo. Frente a los pro-ingleses, comenzaron a mostrarse partidarios de un giro hacia los Estados Unidos.



abiertamente pro-ingleses de las clases dirigentes. Bajo su gobierno se había firmado el Pacto Roca-Runciman y, en el terreno diplomático, despuntaron los primeros enfrentamientos serios con los Estados Unidos. A mediados de 1941 un informe del Foreign Office señalaba, por ejemplo, que "el general Justo detesta todo lo que tenga sabor a "yanqui" y poco después de la Conferencia de Río de Janeiro en enero de 1942, como para confirmar esta apreciación, Justo envió un telegrama de felicitación a Ruiz Guiñazú por su desempeño en esa donde se opuso a la política de Estados Unidos. Todavía en junio de ese mismo año la embajada británica en Buenos Aires informaba a Londres que, a fin de asegurarse el próximo período presiden-

cial el ex presidente se mantenía en estrecho contacto con Castillo lo que suponía, sin duda, un apoyo a su política exterior. Aunque quizás sea necesario puntualizar, que estos informes se hallaban en abierta contradicción con otros provenientes del Departamento de Estado, que afirmaban que a partir del momento en que los Estados Unidos habían entrado en la guerra, Justo se había vuelto partidario de comprometer a la Argentina en el campo aliado.¹¹

En todo caso, su posición cambió radicalmente, o por lo menos se hizo más clara —si es que jugaba a dos puntas— algunos meses más tarde. En agosto de 1942, cuando el Brasil declaró la guerra al Eje, Justo viajó a ese país para ofrecer sus servicios militares

y desde entonces criticó pública y constantemente la política exterior argentina. Más aún, tuvo actitudes como la de ir a recibir al aeropuerto al embajador estadounidense a su llegada a Buenos Aires, o la de ser inspirador y uno de los organizadores de un acto público realizado en diciembre de 1942 en homenaje a Roosevelt. Seguía frecuentando, sin embargo, los ámbitos de la embajada británica, donde cultivaba viejas amistades, pero allí jugaba su influencia en favor de la posición del Departamento de Estado urgiendo a los ingleses a publicar una declaración que desmintiera los rumores de que Gran Bretaña apoyaba la neutralidad argentina, iniciativa ésta que el embajador Kelly no compartió y trató de esquivar hasta que

Federico Pinedo, artífice del programa económico de los años treinta, también veía con buenos ojos el giro de la Argentina hacia la órbita norteamericana.



ciertos episodios la tornaron impostergable.¹²

No obstante, es imposible juzgar la actitud de Justo aisladamente y sin tomar en cuenta la situación política interna que vivía el país. Desde el preciso instante en que dejó la primera magistratura, Justo encabezó una fracción de la coalición gubernamental, apuntando a su candidatura presidencial en las elecciones de 1943 o eventualmente a un golpe de Estado. Muchos de los funcionarios que formaban parte de los gobiernos de Ortiz y de Castillo lo habían sido de su anterior gobierno y seguían en estrecho contacto con él.

Pero donde con mayor fuerza se hacía sentir su influencia era en el Ejército. Ya retirado de la vida militar, Justo gozaba todavía de gran prestigio en sus filas por su pasado político y mantenía vigentes las relaciones entabladas en sus muchos años de actividad castrense. Su oposición a la política exterior de Castillo puede

explicarse, evidentemente, por la ambición de volver a ocupar la primera magistratura, tal como lo demuestra la búsqueda de apoyo a su candidatura en el partido Radical, debido a la resistencia que encontraba entre los conservadores y especialmente en el sector adicto al presidente. Pero estas razones no son suficientes para explicar su conducta.

A fines de 1942 el embajador Kelly se preguntaba si acaso **“los celos y la irritación que las clases dirigentes sentían hacia los Estados Unidos”**, —independientes, según él, del conflicto planteado entre las naciones aliadas, y el Eje—, **“no podrían obrar como factor de crucial importancia para la campaña presidencial de 1943”**.¹³ Aunque efectivamente esa actitud se convirtió en el centro de la campaña, su relevancia superó las especulaciones puramente electorales: era el terreno donde, en realidad, se jugaban las opciones políticas fundamentales

que se ofrecían ante esas clases en el futuro inmediato, fueran conscientes o no de ello.

Tal era el caso de Justo. El oportunismo político que lo caracterizaba expresaba no sólo sus ambiciones personales, sino el cambio de mentalidad que se estaba operando en la coalición gubernamental y que comenzó a manifestarse públicamente luego de que los Estados Unidos entraron en la guerra y ante la perspectiva concreta de las próximas elecciones presidenciales. En lo que se refiere a las fuerzas armadas en particular, era evidente el temor que experimentaban éstas ante la posibilidad de que la hegemonía militar argentina en América Latina pasara a manos del Brasil, que contaba con la ayuda norteamericana. Sólo un acercamiento con los Estados Unidos permitiría compensar el desequilibrio tecnológico que a nivel militar ya había empezado a hacerse sentir entre ambos países a favor del Brasil y Justo aparecía como un portavoz de tal apertura.

Pero era sobre todo en el ámbito político, y dentro de la coalición gubernamental donde podía advertirse que el ex-presidente no era una figura aislada sino que formaba parte de una corriente de opinión integrada por personalidades de relevancia. Algunos de los principales responsables de la política exterior y económica de la nación durante la década de 1930 —que por ese entonces habían adoptado medidas cuyo resultado fue el fortalecimiento de los lazos con Inglaterra y un serio distanciamiento con el gobierno estadounidense— parecieron cambiar de idea a principios de la década de 1940. El ex vicepresidente Julio Argentino Roca (principal negociador del Pacto Roca-Runciman), el ex ministro de Finanzas, Federico Pinedo, los ex ministros de Relaciones Exteriores, Saavedra Lamas y Cantilo, se empezaron a mostrar parti-

darios de un giro en la política internacional argentina a través de un mayor acercamiento con los Estados Unidos, y de la integración del país en el sistema panamericano contra el cual, pocos años antes, habían luchado encarnizadamente.¹⁴

Es posible que ya en la década de 1930 algunos de ellos pensarán en la conveniencia de un tal cambio, pero en aquel entonces estaban en absoluta minoría dentro de las clases dirigentes. La guerra mundial y el desmoronamiento del régimen conservador permitieron que se manifestasen más abiertamente y ganaran posiciones en el seno de aquellas clases. Su éxito parecía ahora asegurado porque, aunque pertenecían a la vieja élite política, pasaban a expresar en ese momento, en forma consciente o no, aquellos intereses económicos cuyo peso sería decisivo en el futuro económico del país: los de los sectores industriales y del gran capital financiero.

Federico Pinedo era, sin lugar a dudas, el más lúcido de todos. En la década de 1930 había sido uno de los principales artesanos de la política económica argentina, y ahora asumía abiertamente la necesidad de un replanteo de aquella, como lo mostraba su plan de 1940, y de una modificación radical en las relaciones internacionales del país: los norteamericanos debían ocupar en la sociedad argentina el lugar que durante tanto tiempo perteneciera a los ingleses.

Su pensamiento se halla claramente expresado en un discurso pronunciado en ocasión de un acto en homenaje a Roosevelt, en diciembre de 1942. Allí, luego de elogiar a los Estados Unidos por su papel singular en el concierto de las naciones, y especialmente en América Latina, Pinedo encontraba hartamente justificada "la ansiedad de los argentinos más reflexivos ante la simple sospecha de que la República si-

gue una política que no tiene en cuenta ese hecho notorio (el liderazgo norteamericano) y adopta actitudes que pueden traer como consecuencia el distanciamiento o la simple frialdad en nuestras relaciones con un país al cual todo nos aconseja vincularnos de la manera más estrecha". Agregando más adelante que "nuestro interés como nación" aconsejaba no enfrentar sino acercarnos a los Estados Unidos, "la nación más poderosa y más rica" del mundo.¹⁵

Los ingleses habían empezado a desconfiar de Pinedo a partir de su Plan de Reactivación Económica calificando al autor de "astuto pero poco equilibrado en sus ideas", razón por la cual no podían resaltarles sorprendentes estas declaraciones.¹⁶ Por eso, quien nos proporciona una información aún más preciosa para definir la posición del ex ministro es un inglés prominente, Evelyn Baring, de la Baring Brothers, compañía financiera de la "City" que desde hacía más de un siglo mantenía estrechas relaciones en los círculos dirigentes locales. En marzo de 1943, en una carta enviada al Foreign Office desde Buenos Aires donde se hallaba de visita, el conocido banquero daba a conocer las preferencias de Pinedo: "Se considera a Pinedo —decía allí de una manera formal aunque típicamente inglesa— "más amigo de los Estados Unidos que del Reino Unido".¹⁷ Hecho que confirmaba el propio Pinedo en una entrevista con el encargado de negocios de la Embajada norteamericana en setiembre de 1940 cuando afirmaba que si "antes Gran Bretaña había sido privilegiada, ahora la Argentina estaba convencida que su mejor interés estaba ligado a la cooperación estrecha y completa con los Estados Unidos desde todo punto de vista."¹⁸

Pero no todos los partidarios de un acercamiento con el país del Norte se mostraban tan

confiados hacia los norteamericanos. En un discurso pronunciado el 15 de diciembre de 1942, pocos días después del de Pinedo, Carlos Saavedra Lamas declaraba que la nación necesitaba el concurso de capitales extranjeros para la posguerra y sostenía que era necesario retomar los principios del liberalismo económico cuyo "noble apóstol" en Norteamérica era el Secretario de Estado, Cordell Hull.¹⁹

Una afirmación así encerraba una verdadera requisitoria contra la vigencia de los acuerdos bilaterales que habían regido hasta entonces las relaciones económicas internacionales de nuestro país y que beneficiaban especialmente a Gran Bretaña, perjudicando a los Estados Unidos. Significaba también adherir al multilateralismo preconizado por el "apóstol" Hull —y poderosos intereses económicos en la metrópoli del Norte— cuya aplicación concreta tendría lugar en la posguerra.

Pero en otra parte de su discurso, Saavedra Lamas advertía a los norteamericanos que deberían levantar las restricciones impuestas a la importación de ciertos productos argentinos —política que, según él, no estaba de acuerdo con los principios proclamados por Hull y Roosevelt— para que la Argentina modificara su conducta internacional.²⁰ Advertencia esta que podía interpretarse de dos maneras aunque ambas no eran absolutamente contradictorias. Por un lado, que aún los sectores pro-norteamericanos de las clases dirigentes guardaban cierto rencor a los Estados Unidos por su comportamiento con nuestro país; por otro, que esos sectores ponían en guardia al gobierno estadounidense acerca de la resistencia interna que eventualmente provocaría una política de estrecha cooperación entre las dos naciones.

A fines de 1942 empezó a agudizarse la lucha por el po-

NOTA DE TAPA

der dentro de la élite gobernante —que se traducía concretamente en la pugna por imponer un candidato para las próximas elecciones presidenciales—, y el elemento principal que permitía identificar a cada una de las fracciones existentes era la política internacional que postulaban. Todos los elementos de esta polémica —dirigismo versus libre cambio, bilateralismo contra multilateralismo, neutralidad versus compromiso activo con los aliados, antipanamericanismo contra pro panamericanismo— dependían de una única opción, que era el denominador común de toda discusión al respecto: continuar la vieja política de cooperación estrecha con Inglaterra y Europa, o imitar a los otros países latinoamericanos en su apertura a los Estados Unidos, lo cual nos ubicaría definitivamente dentro de la órbita política y económica norteamericana.

Sin embargo, en el terreno político concreto las cosas no se presentaron con tanta claridad. Castillo parecía más aislado que nunca. No sólo los radicales y demás partidos opositores criticaban constantemente al gobierno por su posición frente al conflicto mundial sino que también lo hacían ciertos elementos de la coalición gobernante, y especialmente la "gran prensa" antes ligada estrechamente al régimen y que se hallaba ahora enrolada en una campaña sistemática contra su política internacional. El director de uno de los diarios más influyentes del país, por ejemplo, durante una conversación privada que mantuvo por esa época con un miembro de la embajada británica, llegó a tildar a Castillo

de "persona bastante ridícula" y a Ruiz Guíñazú con epítetos aún más fuertes. Según su interlocutor, hasta dio la impresión de desear que los Estados Unidos aplicasen en nuestro país una política "dura" para provocar un cambio en la política gubernamental. Durante todo ese período los diarios más importantes criticaron abiertamente al gobierno de Castillo y los editoriales de **La Prensa** y **La Nación** inmediatamente anteriores al golpe de Estado de junio de 1943 contribuyeron a favorecer en forma manifiesta el clima golpista.²¹

En busca del sucesor

Por eso Castillo debió buscar apoyo en sectores simpatizantes de su política y principalmente entre los militares hostiles al general Justo y a lo que éste representaba, la ma-

yor parte elementos nacionalistas e incluso algunos de ellos secreta o abiertamente pro-nazis o pro-fascistas. Los contactos entre el presidente y esos oficiales del Ejército son bastante conocidos y la preocupación de aquél por el retraso tecnológico de las Fuerzas Armadas no es ajeno a sus problemas políticos, aunque no pueda explicarse sólo por éstos.

Durante su gobierno se creó Fabricaciones Militares, base de una industria militar nacional y que satisfacía viejos reclamos del Ejército y se llevaron a cabo numerosas gestiones en el exterior para conseguir el armamento necesario a fin de restablecer el equilibrio militar con los países vecinos. En el mismo marco de búsqueda de apoyo se inscribe la renuncia del ministro de Defensa, general Tonnazi, partidario de Justo, y su reemplazo por



Patrón Costas en su juventud. Expresó al conservadorismo tradicional del norte argentino. Con él los hacendados "anglófilos" perdían su partida, frente a los pronorteamericanos.

el general Pedro Ramírez. Esa era para Castillo la única manera posible de compensar la cada vez más grave pérdida de influencia en el seno de la élite tradicional, su propia base de sustentación política.

Hubo un momento, sin embargo, en que la situación pareció revertirse y Castillo recuperó posiciones, creando serias dificultades a sus adversarios. A fines de 1942 y principios de 1943 murieron en un corto lapso de tiempo las más importantes personalidades de la coalición gubernamental y de la oposición, contrarias a la política del primer mandatario: el ex presidente Ortiz, el ex vicepresidente Julio A. Roca, el ex presidente Alvear, líder de los radicales, y finalmente el general Justo. Súbitamente, como lo afirmaba el embajador británico **"ya casi no quedaban personalidades de primer orden en el clan liberal"**.²²

Fue entonces cuando una fracción del Partido Demócrata Nacional, constituido en su mayor parte por los conservadores de la provincia de Buenos Aires, propuso la candidatura de Rodolfo Moreno, un "viejo zorro" de la política argentina. Pero Moreno no tenía el prestigio ni el peso político de Justo, y aún cuando fue apoyado por una fracción influyente dentro del conservadurismo y por la gran prensa, no obtuvo la adhesión del conjunto del partido. De todos modos su trayectoria es interesante ya que la provincia de Buenos Aires era el feudo más importante de aquellos que habían sido pilares de la política antinorteamericana de la coalición conservadora y Moreno —gobernador de esa provincia— hacía gala, en ese momento, de una actitud mucho más conciliadora hacia los Estados Unidos, según lo testimonian tan-

to sus declaraciones públicas como los contactos personales que estableció con el embajador estadounidense.²³

De todos modos, Moreno no era un rival de talla para el sector reagrupado en torno a Castillo y finalmente debió resignar su candidatura, renunciando más tarde al gobierno de la provincia.

Luego de numerosos conciliábulos, la coalición gubernamental postuló a Robustiano Patrón Costas, presidente del Senado y vicepresidente de la nación en ejercicio sobre cuya elección, como sobre su personalidad, subsisten aún hoy opiniones contradictorias. Es importante explicar, en todo caso, cuáles eran las fuerzas que lo apoyaban y analizar su actitud personal, no sólo porque su nominación aceleró los preparativos para el golpe de Estado militar sino porque su persona resumía claramente los puntos de vista en pugna en las clases dirigentes.

Aunque no haya logrado la adhesión de todas las fuerzas reagrupadas en la "Concordancia", no cabe duda de que Patrón Costas era un candidato de compromiso. De ahí la divergencia de opiniones con respecto a su elección y a su personalidad. Terrateniente poderoso del interior del país y dueño, al mismo tiempo, de una de las más vastas industrias azucareras argentinas, pertenecía a las viejas élites del interior que, como mencionamos, siempre proporcionaron personalidades políticas relevantes a los gobiernos conservadores.

Pero sus propios intereses industriales y la naturaleza de sus explotaciones agrícolas —destinadas principalmente al consumo interno— lo colocaban en una posición diferente a la de los hacendados de Buenos Aires y la pampa húmeda. Por esa razón Patrón Costas era, para algunos autores, un conservador a la vieja usanza, pro-inglés y partidario de con-





tinuar la política neutral de Castillo, pero para otros estaba ubicado, dentro de la clase dirigente, en aquel sector que buscaba un cambio en la política exterior y un acercamiento con los Estados Unidos.

No existe prácticamente ningún testimonio público que permita definir con exactitud la opinión de Patrón Costas al respecto. En apariencia, la situación se presentaba contradictoria. Por un lado, Castillo aprobó la elección de Patrón Costas afirmando que éste continuaría con su política de neutralidad, pero al mismo tiempo, personalidades opuestas a esa política como Pinedo, (que se consideraba amigo del candidato) aseguraban que el futuro presidente modificaría la conducta internacional del país.²⁴

Los documentos del Foreign Office, sin embargo, permiten esclarecer un poco más este significativo episodio de la historia argentina, aunque de ellos no pueda deducirse, como algunos lo han pretendido, una intervención de la diplomacia británica en la candidatura de Patrón Costas.²⁵

Según el embajador inglés, Castillo había impuesto esa candidatura y estaba tratando de comprometer a su elegido para que siguiera su política de neutralidad. La confirmación pública se realizaría en un gran acto, previsto para pocos días después de que tuvo lugar el golpe militar. Pero Sir David Kelly informaba también que había recibido un mensaje personal de Patrón Costas en el que le comunicaba que la declaración que hacía en aquella ocasión era fruto de un compromiso con Castillo y no ex-

presaba sus propias convicciones.²⁶

En otro documento británico, sin embargo, que analizaba retrospectivamente los acontecimientos de 1943, podría estar la clave que buscamos. Kelly definía allí la base de sustentación de Patrón Costas considerándolo un **"miembro representativo del grupo pro aliado de los terratenientes"**, y más adelante aclaraba la idea anterior, que podía prestarse a confusiones, diciendo que el candidato, de llegar al poder, habría representado en el gobierno a **"la oligarquía conservadora de los terratenientes anglófilos y los financistas pro norteamericanos"**.²⁷

Una formulación de este tipo, poco frecuente tanto en los informes de la embajada británica como en otros documentos del Foreign Office, reflejaba parte de la realidad en cuanto a la forma de elección del candidato, lograda gracias a un acuerdo entre dos sectores evidentemente disímiles.

El propio Patrón Costas era en sí mismo una prueba de esa contradicción. Evelyn Baring, a quien ya mencionamos, se entrevistó con él en 1943 y su narración del hecho —contenida en una carta dirigida al Foreign Office— es uno de los pocos documentos que existen acerca de las ideas personales de Patrón Costas. La entrevista fue más bien informal, se trataba de un almuerzo, y asistieron a él, junto al candidato conservador, representantes de los medios económicos argentinos, como Alberto Dodero, Federico Zorraquín y Raúl Prebisch. Según Baring, sólo se abordaron dos temas, en los cuales Patrón Costas parecía estar sumamente interesado: la amenaza rusa y el miedo a la dominación norteamericana. Patrón Costas comenzó manifestando a Baring su inquietud ante la difusión de las doctrinas bolcheviques y preguntó cómo veía Inglaterra la situación po-

lítica futura. Al contestarle aquél que su país se sentía en deuda con Rusia y que el mundo de la posguerra sería diferente al anterior, Patrón Costas, aún estando de acuerdo sobre este último punto, expresó su deseo de que la Argentina fuera **"el último país en abandonar las viejas tradiciones"**.²⁸

Pero el tema central de la entrevista fue la actitud argentina frente a los Estados Unidos. Patrón Costas se mostró enigmático. **"Quería hacernos tomar conciencia —dice Evelyn Baring— de que la dominación norteamericana sobre América del Sur iba en aumento y que todos los países sudamericanos eran ya nada más que colonias de los Estados Unidos, con la única excepción de la Argentina; y que si Gran Bretaña deseaba conservar su mercado de exportación en América del Sur, era de su incumbencia velar por él y tomar debida nota de lo que ocurría"**.²⁹

Baring expresó a su interlocutor que Gran Bretaña y los Estados Unidos eran aliados y que una competencia comercial entre ambas naciones se hallaba fuera de cuestión, aunque Inglaterra no la temiera. Pero Patrón Costas, luego de afirmar que nuestro país siempre inclinaría sus preferencias hacia el Reino Unido, a quien debía su propio desarrollo, insistió en que era necesario **"considerar seriamente la amenaza norteamericana"**.³⁰

Estas palabras admiten varias interpretaciones. La opinión de Evelyn Baring fue positiva y nada puede hacernos pensar lo contrario si las tomamos al pie de la letra. Aparentemente Patrón Costas manifestaba su antipatía hacia los Estados Unidos, y en especial hacia Rusia, y su simpatía por Gran Bretaña, dando a entender, como lo menciona Baring a modo de conclusión, **"que únicamente nosotros (es decir, los ingleses) podemos sal-**

varlos" de las "amenazas" rusa y norteamericana.

Pero cabe aquí también otra interpretación. Lo dicho por Patrón Costas encerraba un llamado de alerta y una advertencia implícita a los ingleses. Quería señalar en realidad que, si bien no simpatizaba con los Estados Unidos, ese país contaba con todos los medios necesarios para desplazar a Gran Bretaña de su lugar de privilegio en la economía argentina y que si los británicos no reaccionaban con rapidez, dicho proceso se cumpliría inexorablemente y no habría forma de impedirlo. Era un aviso, más que un pedido de ayuda frente al "peligro" norteamericano. Dicho de otra manera, Patrón Costas dejaba entrever que no se iba a casar con el pariente pobre si el rico le proponía matrimonio...

Otro testimonio interesante acerca de la posición sustentada por Patrón Costas nos es proporcionado por una carta —que obra en poder del Foreign Office— enviada por un importante personero del capital británico en Argentina a su corresponsal en Londres, y que permite una identificación más concreta de los intereses económicos que apoyaban la candidatura de Patrón Costas, confirmando la segunda interpretación que mencionamos.³¹

En esa carta se relatan los pormenores de una entrevista con Alejandro Shaw, uno de los banqueros más poderosos de la Argentina, que se aprestaba a viajar a los Estados Unidos para participar allí en una Conferencia de Comercio Interamericano que reuniría a organismos comerciales y económicos de todo el continente y en cuya creación había tenido un rol preponderante el grupo de Rockefeller. Shaw debía entrevistarse en aquel país con algunos de los funcionarios más importantes de la diplomacia norteamericana, entre quienes se contaba Cordell Hull. La carta a que aludimos

fue escrita en vísperas de su viaje y trata especialmente de la situación política interna. Según Shaw, otro importante hombre de negocios argentino, Tito Arata, y él mismo, ambos amigos de Patrón Costas, dirigían el comité financiero de su campaña electoral con la esperanza de convertirse en "eminencias grises" del gobierno cuando aquél fuera elegido presidente. En cuanto a la posición del candidato con respecto a la política exterior, Shaw afirmaba que Patrón Costas estaba dispuesto a romper relaciones con el Eje, aunque no estuviera muy seguro de poder llegar a concretar sus intenciones. Pero ante la insistencia de su interlocutor sobre el tipo de sentimientos que Patrón Costas albergaba hacia Gran Bretaña y los Estados Unidos, Shaw contestó evasivamente que "el candidato tiene su preferencia por unos y no le disgustaban los otros".³²

Esta carta es particularmente significativa porque permite descubrir los tres aspectos principales del "enigma" Patrón Costas: qué sector económico lo apoyaba, cuáles eran sus verdaderas intenciones en materia de política exterior, y de qué naturaleza eran sus compromisos políticos. En cuanto a lo primero, surge claramente de la carta que quienes apoyaban a Patrón Costas, formaban parte del sector de "financistas pro norteamericanos", a los que aludía Kelly. Algunos meses más tarde después del golpe de Estado militar, el director general de la Compañía de Teléfonos, representante de una de las corporaciones más importantes de los Estados Unidos, radicada en nuestro país, hizo una confidencia significativa a un funcionario de la embajada británica: **"Todos los hombres de negocios importantes de la Argentina respaldaban al Sr. Patrón Costas (...) Hubiera sido un buen jefe de Estado"**.³³

En cuanto a la posición personal del candidato, parece estar definida en la conversación que mantuvo con Evelyn Baring. Aunque "preferiera a unos más que a otros", como decía Shaw, sabía que era necesario tomar partido por el probable ganador, y la naturaleza de sus apoyos económicos demostraba que había elegido ya de qué lado ubicarse. Sin embargo, y a pesar de sus intenciones de apertura hacia los Estados Unidos, su candidatura no parecía haber sido impuesta por un solo sector o fracción, sino por un acuerdo o compromiso entre varios de ellos. En ese contexto, la frase de Kelly adquiere pleno sentido: lo apoyaban no sólo los financistas pro norteamericanos sino también los hacendados pro ingleses, no sólo Pinedo sino también Castillo. Que Pinedo haya sido uno de los primeros en acercarse a reconfortar a Castillo cuando fue depuesto por los militares, después de haber combatido encarnizadamente su política exterior, simboliza de alguna manera este acuerdo provisorio que el régimen militar borraría de un plumazo.

Sin embargo, si Patrón Costas era un candidato de "compromiso", su nombramiento significaba en realidad que los hacendados anglófilos habían perdido definitivamente la partida y se veían obligados a transar para conservar algo de su poder político. Pero, paradójicamente, eso no quería decir que los sectores pro norteamericanos de los círculos económicos y financieros tuvieran en sus manos las cartas de triunfo, como quedó demostrado más tarde. La vieja clase política de la cual Patrón Costas era un representante típico, estaba agonizando y nada la podría salvar de su ocaso.

Aunque abrigase intenciones políticas diferentes de las de otros gobiernos conserva-

NOTA DE TAPA

dores, ya no bastaba con cambiar de metrópoli para salvar a la élite tradicional —o lo que en ella hubiera de rescatable—, ni para dar lugar a otros intereses que se habían desarrollado en el seno de la economía nacional. Las viejas élites no podían seguir gobernando y ni siquiera el Departamento de Estado, que respaldaba a la oposición radical y recibió en un principio con satisfacción el golpe militar creía seriamente en Patrón Costas como en el hombre que fuese capaz de garantizar sus intereses en el largo plazo. Por otra parte, las relaciones entre Argentina y Estados Unidos conveleían de heridas recientes, siendo Patrón Costas uno de aquellos políticos que habían contribuido a abrirlas. Por esa razón, aunque éste contara con el apoyo de ciertos sectores ligados al capital estadounidense no era considerado como una verdadera solución en el país del norte.³⁴

1 La declaración del 31 de diciembre de 1942 señalaba que "el gobierno de su Majestad deplora la política argentina consistente en mantener relaciones diplomáticas con los enemigos de la humanidad". Los documentos diplomáticos británicos dan cuenta de la presión de EE.UU. para obligarlos a ejecutar este tipo de declaración.

2 En particular, las gestiones iniciadas con el ministro de Guerra, general Ramírez, cuyo resultado fue su destitución del cargo y el aceleramiento de la sublevación militar.

3 Además de las divergencias existentes con respecto a la política interna y externa de la Argentina, la propia personalidad de Patrón Costas era objeto de controversias. Hacendado e industrial poderoso, aún empleaba, según sus detractores, métodos casi esclavistas en sus

vastas propiedades del norte del país. El embajador Kelly decía que algunos consideraban a Patrón Costas como a un "Indian Slave Driver" y la analista norteamericana Isabel Fink, que trabajaba para el Departamento de Estado, lo llamaba: "That negrero, that slaver". Cf. FO AS 2317/4/2, Kelly to Eden, Annual Report 1943, Buenos Aires, 12 de abril de 1944, e Isabel Fink, "Argentina: The thirteen years crisis" en *Foreign Affairs*, enero de 1944, pág. 265.

4 FO A 1758/4/2, Hadow to Perrowe, Buenos Aires, 27 de octubre de 1943 (dando a conocer y comentando las dos entrevistas de Castillo con amigos de la embajada británica, sin precisar las fechas exactas de su realización).

5 *Idem* *Ibidem*.

6 *Idem* *Ibidem*. Ver más adelante las opiniones del director de **La Prensa**.

7 En las mismas entrevistas de Castillo surge su profundo anticomunismo. En cuanto a otros informes del Foreign Office referidos a las ideas de Castillo, que coinciden con el contenido de estas entrevistas, podemos citar: FO A 105/105/2, Kelly to Eden, Buenos Aires, 4 de diciembre de 1942; A 3015/11/2, Hadow to FO, Buenos Aires, 12 de marzo de 1943; y AS 2479/4/2 (que reproduce el reportaje que un periodista hizo a Castillo luego de su destitución). Uno de esos informes decía, por ejemplo, que Castillo aseguraba que la Argentina después de la guerra abriría sus puertas a todo lo que fuera británico, pero "únicamente" británico, "y que los Estados Unidos estaban aprovechando el conflicto para esclavizar no sólo a la Argentina sino a toda América Latina" (A 3015/11/2). Ningún documento del Foreign Office da cuenta de entrevistas personales de Castillo con el embajador inglés.

8 Cf. Mario Rapoport. **La política británica en la Argentina a comienzos de la década de 1940** en "Desarrollo Económico", N° 62 julio-setiembre de 1976, págs. 213-220.

9 FO A 8394/23/2, *op. cit.* Ruiz Guñazú escribió un libro donde defendió su política: **La política argentina y el futuro de América**, Buenos Aires, 1944.

10 Ya vimos que Pueyrredón —de quien se ocupan en nu-

merosas oportunidades los informes de la embajada británica en Buenos Aires— era considerado por esa representación como "uno de nuestros mejores amigos" y uno de los enemigos más encarnizados con que contaban los Estados Unidos entre las clases dirigentes. Véase, por ejemplo, FO A 8394/23/2, *op. cit.* En cuanto a Cárcano, embajador argentino en Gran Bretaña, era uno de los principales portavoces de la política de neutralidad y la colaboración prestada al gobierno militar reafirmó más tarde su posición. Pueden conocerse sus opiniones a través de la entrevista que mantuvo con un funcionario del Foreign Office pocos días después del golpe de Estado del 4 de junio y en la cual declaró que romper relaciones con el Eje, cuando ya se estaba haciendo evidente que los aliados ganarían la guerra, era un proceder vergonzoso. Cf. FO A 5289/11/2, Minutza del FO, 6 de junio de 1943 ideas expresadas también en su libro **La Fortaleza de Europa**, págs. 192-195. El Ministro del Interior, Culacciati, era, según los ingleses, "la puerta abierta más grande que conocemos" en el seno del gobierno, pero no aparecen en los informes del Foreign Office —que simplemente lo calificaban de pro aliado— sus posiciones en materia de política internacional. Con Miguel Angel Cárcano hemos tenido una conversación personal que nos sirvió para confirmar su posición al respecto.

11 Para conocer la opinión de los ingleses véanse FO A 5751/173/2, Hadow to Amiral Pegram, Buenos Aires, 4 de julio de 1941; A 974/173/2, Ovey to FO, Buenos Aires, 28 de enero de 1942; A 2347/173/2, Hadow, Political Notes, Buenos Aires, 6 de febrero de 1942, y A 6563/173/2, Summary of reports upon public opinion, Buenos Aires, 19 de junio de 1942. Pero los norteamericanos informaban que apenas su país declaró la guerra al Eje, el general Justo adoptó una clara posición en favor de la participación argentina en ella. Cf. *Foreign Relations of United States 1941*, VI, págs. 63-65. Es posible que la contradicción sea sólo aparente y que Justo haya jugado dos cartas al mismo tiempo, antes de comprometerse abiertamente.

12 La actitud de Justo esta relatada con detalles en los documentos del Foreign Office así como las reticencias de Kelly.

13 FO AS 336/11/2, Kelly to FO, Buenos Aires, 11 de diciembre de 1942.

14 Casi no existen testimonios acerca de las opiniones de Julio A. Roca, pero algunos documentos del Foreign Office proporcionan elementos de su posición, por ejemplo, FO A 7915/173/2, Chancery to FO, Buenos Aires, 26 de agosto de 1942, donde se dice que Roca, quien se consideraba enemigo personal de Ruiz Guiñazú, "alimentaba los rumores según los cuales Gran Bretaña apoyaba la política del gobierno argentino",

18 Foreign Relations of USA, Tuck to Secretary of State, 4 de setiembre de 1940.

19 **La Nación**, 16 de diciembre de 1942, el discurso fue pronunciado en el transcurso de un banquete ofrecido en su honor por la Unión Industrial Argentina, lo cual resulta bastante significativo.

20 **Idem ibidem**.

21 Los editoriales de **La Prensa** y **La Nación** fueron tomando durante el año 1942 un tono francamente antigubernamental que se fue intensificando hasta la

23 Un informe enviado por la embajada británica en Buenos Aires al Foreign Office (Cf. FO A 4181/11/2, Kelly to FO, Buenos Aires, 21 de abril de 1943) relata que Moreno participó de un almuerzo con el embajador de los Estados Unidos, lo cual provocó una violenta cólera en Castillo. Es interesante constatar que la embajada británica calificaba a Moreno de "oportunista" (Cf. FO A 4227/11/2, Kelly to FO, Buenos Aires, 19 de abril de 1943), mientras que según un informe de esa embajada los diarios de izquierda **La Vanguardia** y **La Hora** acusaban a los elementos pro nazis del gobierno de haber urdido sin justificación la intervención a la provincia de Buenos Aires.

24 Castillo publicó una declaración asegurando que Patrón Costas continuaría con su política, **The Times**, 22 de febrero de 1943. Acerca de la actitud de Pinedo cf. Federico Pinedo, **En tiempos de la República**, Bs. As., 1946, tomo I. La gran prensa, por su parte, se opuso a la candidatura de Patrón Costas; cf. **La Nación**, 28 de febrero y 14 de abril de 1943. **La Prensa** empleó términos virulentos contra el gobierno en la mayoría de sus editoriales de la primera mitad de ese año.

25 Ningún documento del Foreign Office deja suponer que Patrón Costas mantuviera una relación particular con la embajada inglesa, como ocurría con otros miembros de la élite dirigente.

26 FO A 6530/11/2, Kelly to Eden, Buenos Aires, 18 de junio de 1943.

27 FO Annual Report 1943, Kelly to Eden, Buenos Aires, 12-4-44.

28 FO A 3957/11/2, Baring to Scott, Buenos Aires, 7 de abril de 1943.

29 **Idem ibidem**.

30 **Idem ibidem**.

31 Cf. FO A 6000/3819/2, Crum to Jackson (letter from Walter Simon), que narra una entrevista con Alejandro Shaw, 2 de junio de 1943.

32 **Idem ibidem**.

33 **Idem ibidem**.

34 Cf. Mario Rapoport. **La política de Estados Unidos en Argentina en tiempos de la Segunda Guerra Mundial**, en "FEPA", N° 2, agosto de 1979, pág. 15.



Rodolfo Moreno, representaba al conservadorismo liberal bonaerense, que luego continuaría, políticamente, el cordobés José Aguirre Cámara.

criticando así implícitamente a ese país.

15 **La Nación**, 8 de diciembre de 1942.

16 FO A 1670/79/2, Political Summary, Buenos Aires, 28 de enero de 1941 y FO A 818/201/2, Minuta del FO Londres 10 de febrero de 1941.

17 FO A 3522/11/2, Baring to Scott, Buenos Aires, 22 de marzo de 1943.

víspera del golpe de Estado militar de junio de 1943. Véanse, por ejemplo, **La Prensa**, 6 y 13 de abril de 1943, **La Nación**, 28 y 31 de mayo de 1943, etc. En cuanto a la entrevista que un funcionario de la embajada británica mantuvo con el director de **La Prensa** véase FO 1109/173/2, Ovey to Eden, Buenos Aires, 23 de diciembre de 1941.

22 FO, Annual Report 1942, Kelly to Eden, Buenos Aires, 7 de abril de 1943.

INDICE GENERAL DE HISTORIA

TODO ES

La publicación de la edición N° 150 (noviembre de 1979) hace ineludible nuestra obligación de presentar un índice que contenga la totalidad ordenada del contenido de **TODO ES HISTORIA** desde su número inicial hasta ahora.

Es, por otra parte, un pedido del público insistentemente reiterado, cuyo cumplimiento ya no puede postergarse.

En consecuencia, en el próximo número (151, diciembre de 1979) se publicará un Índice General de la revista, discriminado en tres listados: títulos aparecidos en cada edición, temas y autores.

Con estos catálogos, nuestros lectores podrán manejar fácilmente la colección de **TODO ES HISTORIA** y la búsqueda de temas publicados se hará más sencilla.

Es un servicio más de **TODO ES HISTORIA** a sus amigos lectores, y una expresión de nuestra gratitud hacia el público que sigue nuestro esfuerzo desde hace casi trece años.


BANCO REGIONAL SUREÑO S.A.
Zelarrayán 101 - Bahía Blanca - tel. 30161 - 30191

La tarjeta del Banco Regional Sureño es una tarjeta de presentación del Banco Oddone.

Banco Regional Sureño S.A. anuncia su fusión con Fiandra Compañía Financiera S.A. y Rivadavia Compañía Financiera S.A., y la compra del fondo de comercio de Crédito Mercedes S.A. de Finanzas, para la creación del



BANCO ODDONE

EL DESVAN DE CLIO

Personajes, hechos, anécdotas, curiosidades de la historia

por LEON BENAROS

Candelario: un mito perdido del viejo Buenos Aires

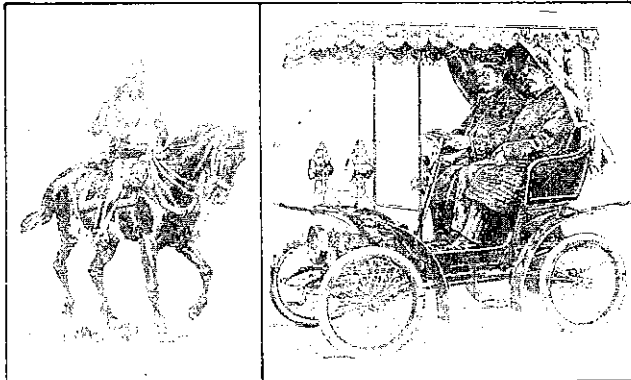
¿Pierde Buenos Aires sus tipos y personajes callejeros? No pocos eran increíbles "locos lindos"; otros, desopilantes saludadores, vividores, excéntricos, pintorescos y curiosos seres que daban a la urbe un tono de feria universal de lo divertido y curioso.

Fueron célebres **Candelario** y **Tartabul**. Sobre el primero, con motivo de la muerte, la revista **Caras y Caretas**, en el número del 27 de abril de 1901, bajo el epígrafe de "Tipos populares que desaparecen" y el escueto título de **Candelario**, incluye un interesante artículo firmado por "Figarillo".

Figarillo, según información que recogimos de don Julio Castellanos, es uno de los seudónimos que empleó en **Caras y Caretas**, José S. Alvarez, el gran escritor del mundo porteño, conocido por **Fray Mocho**.

Don Julio Castellanos nos aclaró otros seudónimos, todos colaboradores de **Caras y Caretas**. Según su información, que recogimos en 1957, el propio Castellanos firmaba **Goyo Cuello**, **Kodak** y **Eduardo Martur**; Rafael Barreda, se ocultaba bajo el seudónimo de **Cabrión**; Leoncio Lasso de la Vega firmaba, cuando lo hacía con seudónimo, **Mr. Omega**, y Luis Pardo usó el conocido seudónimo de **Luis García** y el de **García del Castañar**.

El aludido artículo sobre **Candelario** se acompaña con una caricatura del personaje "hecha en París, so-



bre un apunte enviado de Buenos Aires para la impresión de un gran **affiche**, destinado a una casa de comercio", según se expresa en el propio artículo, y una fotografía de la cabeza yacente del personaje, barbada y llena de serena nobleza, con la mención de "Candelario en su lecho de muerte".

El interesante artículo de **Figarillo** —o sea, **Fray Mocho**, o José S. Alvarez— dice textualmente: "Nadie le conocía de otra manera que como **Candelario** a secas y, sin embargo, tenía nombre y otro apellido más, el pobre vividor que recorría nuestros restaurantes y nuestras calles más populosas, ya ganándose la vida con dicharachos y conversaciones emprendi-

das sin previa presentación o concluidas de sopetón como un apabullazo. Hizo su aparición en los tiempos de "El Tribuno" de Héctor Varela, que se complacía en reunir a su alrededor una corte de personajes del jaez de **Candelario**, que siempre lo recordaba y decía: "Don Héctor fue el que me lanzó en la poesía y me dio la popularidad".

Vendedor de periódicos y de billetes de lotería, si encontraba quien le fiara algunos números, cuyo importe entraba seguramente en la socorrida cuenta de Ganancias y Pérdidas, repartidor de hojas sueltas, hombre-aviso, comentarista callejero, de todo era **Candelario** y nadie tenía su habilidad, para hacer el reclamo de un artículo. Como

"tenedor" era una verdadera especialidad, y aún se recuerdan sus estupendos consumos en el Café Colón, donde ricos caprichosos como el viejo Zubiaurre, solían pagarle un almuerzo o una comida para probar la resistencia de su estómago. Terminadas sus tareas en el centro, **Candelario** se hacía humo y pocos sabíamos que se retiraba a una casita, allá por Balvanera, donde le esperaban su mujer y sus hijitos. Deja nada menos que doce, de los cuales dos apenas de días, pues son mellizos. Quedan en la miseria. Aquel hogar no contaba con más recursos que los que diariamente aportaba **Candelario**, que era afectuosísimo esposo y padre, que no bebía ni tenía vicios y que se buscaba la vida como podía.

Mucha gente ignorará este lado simpático de tan extraña personalidad, que ganaba su pan y el de los suyos, provocando la mofa pública. No era tan loco como muchos lo suponían.

—Hola, **Candelario** —le decía yo un día del año 1890—. ¿Cómo le va...? ¿Qué hace?

—¡Me va mal y no hago nada...! Este país se está poniendo tremendo... Antes un loco vivía con dos pavadas, pero ahora con cuarenta ¡ni siquiera pita...! ¡Las gentes se ríen, pero no largan mosca!

En 1880, durante el sitio de la ciudad, **Candelario** andaba por los cantones de las afueras visitando a "la muchachada de los diarios", como llamaba él a los reporteros y colaboradores de menor cuantía con quienes

(Continúa en la pág. 26)

FIANDRA

Fiandra
Compañía financiera
sociedad anónima

Avenida Rodríguez Peña 1500
1676 - Santos Lugares, Prov. de Buenos Aires
Teléfono 757-0016-0161-4615

**La tarjeta
de Fiandra
Compañía Financiera
es una tarjeta
de presentación del
Banco Oddone.**

Fiandra Compañía Financiera S.A. anuncia su
fusión con Banco Regional Sureño S.A. y
Rivadavia Compañía Financiera S.A. para la
creación del



BANCO ODDONE

[Continuación de la pág. 24]

mantenía relaciones amistosas, y buenos servicios prestó a sus amigos sirviendo de correo entre ellos y sus familias.

—¿Y qué tal, Candelario...? ¿Cuándo lo vemos rico...?

—¿Rico...? ¿Ve...? así me decía don Héctor siempre: "Vos vas a ser como el viejo Leguina, che. Vas a acabar en millonario y el día menos pensado me saldrás prestando plata..."

¡Pobre don Héctor...! Mirá, yo, prestarle plata... ¡Como si no lo conociera! Don Héctor siempre fue cándido... Desde que se murió Carabassa, ¿sabe?, ando que no puedo ni reírme de pobre. El banquero me solía pagar un peso por el diario, cuando me lo compraba. Hombre bueno, Carabassa... ¿No es verdad? Otro que también era bueno era el finado Zubiaurre... ¿lo conoció? Un día estaba yo en la puerta del Café Moulis, y me dijo que si quería comer, él pagaba, y llamando al dueño de casa le dijo: "Déle de almorzar a éste lo que guste, yo pago..." ¡Fíjese qué bolada! Me comí un dorado en ensalada, una pierna de carnero, ocho platos de tallarines, dos de raviolos, quince panes, dos litros de vino, cinco naranjas y unas doce bananas. En mi vida, amigo, he almorzado mejor, y nunca lo olvidaré al señor Zubiaurre, a pesar de que después, cuando le cobraron la cuenta, se enojó, y cuando pasaba por su lado se hacía el que no me conocía...

—¿Pero has escrito versos alguna vez o te los escribían?

—¡Qué había de escribir, amigo! Velásquez y Lino Latorre y Dámaso Centeno, firmaban con mi nombre las macanas de ellos, y así les decía don Héctor:

"Ustedes están abusando de Candelario y me lo van a gastar". "¿Por qué no le dan algunos pesos, siquiera para ayudarlo?" "Pero se hacían los sordos... Lino se murió ¿sabía?, y Velásquez está de almacenero..."

En el *affiche* hecho en París, según informa la nota de Figarillo (José S. Alvarez), Candelario, cerrado el puño de la mano derecha, alza el índice sentencioso, mientras sostiene en su izquierda un fajo de publicaciones y su bastón. Usa galera tipo "pavita". Muestra pobladas patillas o chufetas, al modo de un lord inglés del pasado, y amplios bigotes. El abierto levitón acusa una considerable barriga. Calza importantes zapatones y el cuello obeso remata, por debajo, en una corbata de lazo, de flojo y grueso nudo, bifurcaba en puntas. Todo él da una sensación de cómica gravedad, robusta y bien alimentada...

¡Pobre Candelario! Figarillo —nuestro recordado José S. Alvarez— muestra, en la nota que reproducimos, el contraluz de aquella vida de vividor ingenuo, librado a sus dicharachos y a sus mil quehaceres callejeros para alimentar mujer y una prole numerosísima. Risa y dolor de esos personajes callejeros que Buenos Aires ha perdido ya casi completamente, y que tejieron su fábula, pegada siempre a la pequeña his-

toria de nuestra gran ciudad...

CASTILLO: EL PRESIDENTE QUE NO QUISO DECLARAR LA GUERRA AL EJE

En un artículo titulado *Conversando con Castillo*, el fino poeta, periodista y también astrólogo Lisardo Zía —de cuya labor se ha ocupado documentadamente Luis Soler Cañas— pinta así física y espiritualmente al presidente que, rechazando presiones, con provinciana habilidad política, supo "sacarle el cuerpo" a la casi imposición norteamericana de declarar la guerra al eje Roma-Berlín:

"La cara es el espejo del alma, reza un corriente adagio. ¿Quién puede dudar de la reciedumbre espiritual, de la fortaleza que retempla el alma del doctor Castillo, si lo está diciendo su rostro? Una faz de castellano criollo poco sensible a las reacciones exteriores, a la que el cabello blanco concede la venerabilidad de los años; frente limpia y despejada, como toda aquella que no da cabida a las sombras de los pensamientos aviesos ni a las inspiraciones del mal; ojos grisáceos que han visto y leído mucho, y que parecen un tanto apagados pero que brillan, ya con firmeza varonil, ya con pausada malicia, al pronto estímulo de una intención o de una frase; corto mentón, que señala siempre tendencias y predilecciones intelectuales así como desden por apetencias de gruesa índole material y que, contrariando el índice de escasa voluntad que ha-

bitualmente acusa, se nos muestra robustecido por la firmeza de las mandíbulas, netamente rígidas y marcadas, reveladoras de esa paciencia "que todo lo alcanza" y de un indomeñable tesón en los propósitos. La tranquilidad, la serenidad de los justos presiden la expresión de ese rostro que parece labrado en la misma antigua y noble piedra de las catamarqueñas montañas natales, y que corona una figura de pequeña talla, como la de Napoleón, porque los misteriosos e inalcanzables designios del Creador ponen en algunas criaturas inmensos contenidos de humanidad y de grandeza en reducidos continentes físicos. El atuendo del doctor Castillo tiene siempre la sencillez que da sobria elegancia a las siluetas varoniles. Se viste hoy como lo ha hecho durante toda su vida: ropas de líneas y colores sobrios, propias de quien ha debido llenar el ámbito austero de los estrados judiciales. De toda su persona emana una llaneza cordial que no sabe de estiramientos ni de empaques, y en la que se concilia lo severo con lo campechano, confluidos hacia el justo medio de una dignidad que trasciende de todas sus palabras y movimientos. Y es él —es este hombre de carne y hueso, como quería Unamuno, en contraposición a esos seres artificiales cuya forma se diría amasada con las sustancias más diversas y absurdas— es este doctor Castillo, cuyo tipo humanísimo de "pater-familiae", de abuelo compres-

(Continúa en la pág. 28)

FR

RIVADAVIA COMPAÑIA FINANCIERA S.A.

La tarjeta de Rivadavia Compañía Financiera es una tarjeta de presentación del Banco Oddone.

Rivadavia Compañía Financiera S.A. anuncia
su fusión con Banco Regional Sureño S.A. y
Fiandra Compañía Financiera S.A. para la
creación del



BANCO ODDONE

(Continuación de la pág. 26)

vo y generoso, créale con el pueblo una extraordinaria corriente afectiva, el hombre que hoy tiene en sus manos el futuro de la patria para tranquilidad y esperanza de todos los argentinos.

"En cierta ocasión del año pasado debimos visitarle en su residencia privada de Martínez. El país acaba de atravesar, uno de los momentos más dramáticos de su historia contemporánea, imponiendo en Río de Janeiro una tesis propia, negándose a atarse a carro alguno de vencido o vencedor, allí, el canciller Ruíz Guiñazú encaró la defensa de la soberanía nacional mientras tanto, las informaciones contradictorias, interesadas, mendaces, arrojaban turbias sombras sobre la actitud de la Nación. Y por eso —un grupo de amigos quiso saber la verdad— en el orden permitido por los secretos del Estado, inquiriéndola al propio presidente de la República. En el corredor colonial de aquella hermosa casona elevada sobre las barrancas, sombreada por árboles prósperos, el doctor Castillo nos recibió y, como quien cuenta un cuento, en el lenguaje "simple" es decir, puro, de los que poseen el secreto de la síntesis y ponen el mayor número de conceptos en el menor número de palabras, nos relató los episodios relativos a la famosa semana de Río de Janeiro. Su decisión inquebrantable, su energía sin par, unidas a su sagacidad de político y a su visión de estadista, le permitieron romper la red que los intereses belicistas ha-

bían tejido en su torno, en torno del país. La no aceptación de la propuesta argentina por las demás naciones, hispanoamericanas —una propuesta justa para todas ellas por cuanto les daba libertad individual de acción—, hubiera significado el retiro de nuestros representantes. Y el doctor Castillo lo explicó todo con una expresiva frase criolla, a la manera de Martín Fierro: "Nos tuvimos que jugar esa carta medio brava".

"Suaviter in modo, fortiter in re" podría ser su lema. Fijáramos esta bella frase latina, en un ex libris simbólico, sobre un panorama de montañas de donde emergiese la cumbre del Ancasti solar. Los modos, las expresiones, las maneras del doctor Castillo tienen en efecto, un permanente matiz de suave lentitud. El temperamento de los hombres de la sierra corresponde al sentido de aquella sentencia cósmica del inmortal Goethe: "Sin prisa y sin pausa, como la estrella". Pero en los hechos decisivos y trascendentales, en aquellos que atañen al bien común —ley suprema de los verdaderos estadistas, y por lo tanto a las necesidades del Estado y a la felicidad de la Patria— la fortaleza del doctor Castillo está animada por una energía espiritual sin parangón. Esa fuerza, señores, que no sabe de jactancias ni de posturas baladíes, es la actitud del varón cabal que obra de acuerdo con la Verdad y con la Justicia.

"Quienes llegan hasta el doctor Castillo y le escuchan, salen confortados y resueltos. En las horas de

incertidumbre, en esos momentos que sirven a los tímidos o los malintencionados para originar la confusión, la serena grandeza del Presidente ha bastado para disipar todas las dudas. Con despejada inteligencia, con una memoria que le permite abarcar los más dispares asuntos concernientes a la vida gubernativa, aborda cualquier planteamiento temático y fija su pensamiento. Así, aludiendo a la vieja leyenda que exclusivizaba a la Argentina en la condición de país únicamente rural, le hemos oído decir: "Eso ya es cosa del pasado. Las nuevas realidades nos obligan a bastarnos a nosotros mismos. Hemos de fomentar las industrias extractivas explotando las riquezas de nuestro subsuelo, millonario de hierro y de carbón y de cuanto mineral es necesario". En otra ocasión al referirse a nuestro Ejército, cuyo mejoramiento preocupa al doctor Castillo, porque el poderío de las instituciones armadas está vinculado orgánicamente a la seguridad de la Nación nos expresó: "Tenemos un Ejército excelente, con óptimos jefes y oficiales, pero su eficacia total debe coordinarse al ajuste de todas las actividades del país con las de la Defensa Nacional".

Cuando se conversa con el doctor Castillo, el buen observador advierte que se halla, ante todo, frente a quien posee el dominio del difícil arte de escuchar. Al comienzo de todo diálogo después de las cortesías que impone la urbanidad, el doctor Castillo es siempre quien aguarda la rup-

tura del fuego. No se esperen de él palabras precipitadas ni irreparables, ni "impromptus" sorpresivos, ni acuciamientos nerviosos. Se echa un poco hacia atrás en el sillón; cruza las piernas y mientras su mano derecho juega con la cadenita de oro pendiente del bolsillo inferior de su chaleco, escucha y observa, sin que se marque un solo gesto en su cara... La conversación se desarrolla y la mano prosigue jugando con la cadenita del reloj, que es algo así como el diapasón de todas las audiencias. Algunos creen que esos movimientos mecánicos, producto de un largo hábito, tienen un significado de apremio y le sirven al doctor Castillo para indicar a sus contertulios que el tiempo corre, que transcurren los minutos, que todo lo que puede decirse está dicho ya. Otros dan una interpretación opuesta al significado de los tanteos a la misteriosa cadenita de oro. Dicen que son la prueba de la satisfacción con que el doctor Castillo oye o habla a quienes lo rodean en tal instante. Nosotros en la duda, nos abstenemos de formular opinión. Sabemos, eso sí, que después de toda conversación con el doctor Castillo sus auditores reciben una como tónica inyección de civismo. En los instantes más arduos cuando las horas parecen ser horas de presagios, y no de augurios, nuestro Presidente ha dado la señal de sosiego, evitando el pánico y la dispersión, como el capitán de una nave cargada de pasajeros en el momento de la alarma."



BANCO ODDONE
ZELARRAYAN 101 - BAHIA BLANCA - TEL 30161 - 30191

Y ésta es la mejor tarjeta de presentación del Banco Oddone.

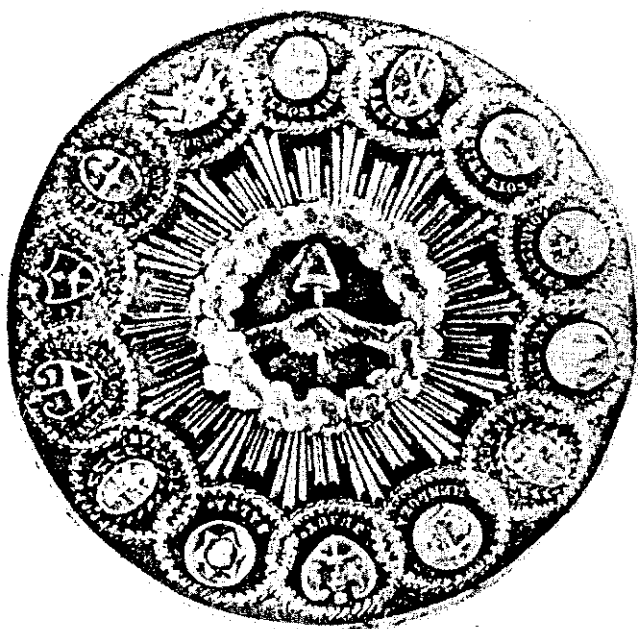
Responsabilidad Patrimonial: \$ 43.045.821.000.-
Sucursales:

CAPITAL FEDERAL: AV. PTE. ROQUE SAENZ PEÑA 814/32 • SAN MARTIN 398 •
CANGALLO 332 • AV. RIVADAVIA 2311 • AV. PUEYRREDON 1476/78 • AV. CABILDO
1996 • ARCE 764 • BUENOS AIRES: ARRECIFES • 25 DE MAYO • TRENQUE
LAUQUEN • JUNIN • 9 DE JULIO • BOLIVAR • MERCEDES • CHIVILCOY • BAHIA
BLANCA • (PUNTA ALTA • INGENIERO WHITE • VILLA MITRE • GENERAL D.
CERRI • PUEYRREDON • LA FALDA • BARRIO HOSPITAL MUNICIPAL) • SANTOS
LUGARES • SAN MARTIN • MORON • SAN FERNANDO • CORDOBA: CORDOBA •
SANTA FE: ROSARIO • LA PAMPA: SANTA ROSA • GENERAL PICO • TUCUMAN:
SAN MIGUEL DE TUCUMAN • CORRIENTES: CORRIENTES • CHACO: RESISTENCIA
• NEUQUEN: NEUQUEN • RIO NEGRO: CIPOLLETTI • GENERAL ROCA • CHU-
BUT: PUERTO MADRYN • COMODORO RIVADAVIA • TRELEW • SANTA CRUZ:
RIO GALLEGOS •



BANCO ODDONE

Zelarrayán 101 - Bahía Blanca - Tel. 30161 - 30191



EL PACTO DE SAN JOSE DE FLORES: LA UNION NACIONAL SALVADA

por Juan José Cresto

La revolución que estalló en Buenos Aires el 11 de septiembre de 1852, apenas siete meses después de la batalla de Caseros, puso al descubierto las causas profundas que la ciudad del puerto alimentó desde siempre. No se trató de un simple golpe de Estado y tras los estudios del profesor Carlos Heras, se ha encontrado en ella un ideario que habría de cumplirse después de Pavón. Ideario, por otra parte, no del todo homogéneo en la concepción de la élite gobernante, pues mientras en Mitre hay una vocación nacional manifiesta, en

Valentín Alsina y más tarde en su hijo Adolfo, se acentuaría la corriente localista y portuaria.

En su "Profesión de Fe", inserta en el periódico "Los Debates", en su primer número del 1º de abril de 1852, dijo entre otras cosas, el coronel Mitre: "Todas las cuestiones de organización nacional serán consideradas del punto de vista del derecho público federativo. El federalismo es la base natural de la reorganización del país. Todos los antecedentes constitucionales del país son federales. Todas las cuestiones económicas, tales como

navegación de los ríos, sistema de aduanas, percepción de las rentas, etc., no son otra cosa que cuestiones federales. La dictadura de Rosas había falseado en la práctica ese Pacto Federal y conculcado con usurpaciones todo el derecho público federal. Propenderemos a la organización nacional, por medio de un congreso constituyente, al establecimiento del sufragio directo universal, a la consolidación de la libertad de imprenta, a la libertad del derecho de reunión, a la renovación periódica de los representantes, a la libertad de comercio, al impuesto sobre el ca-

pital, al establecimiento de una aduana federal, a la igualación de las banderas, a la libre navegación de los ríos. Tal es el programa que adoptamos y que prometemos sostener con la mano puesta sobre la conciencia".

Puede advertirse con claridad su programa liberal que procedía de la Joven Generación Argentina y de la Asociación de Mayo que organizara Esteban Echevarría.

Por esta razón, el Acuerdo de San Nicolás fue visto por esta joven generación como el predominio de los viejos caudillos rosistas, casi todos ellos usufructuarios de las facultades extraordinarias, mandones sin límites y señores feudales de sus territorios. Lamentablemente, no vieron la realidad con que Urquiza debía actuar con o contra su voluntad, y rechazaron el Acuerdo obligando al vencedor de Caseros, primero a reponer al gobernador, el doctor Vicente López y Planes y después a tomar el poder personalmente. Aunque parezca increíble, en el breve lapso de su gestión gubernativa en la provincia de Buenos Aires, el entrerriano no sólo actuó con moderación, sino que procuró buscar el progreso de la ciudad y de las provincias, con acierto, dando pruebas una vez más de sus excepcionales condiciones de estadista. La revolución del 11 de septiembre concluyó con este período y el país extravió la senda por siete años hasta el Pacto de Unión Nacional. Con profunda tristeza, pero con noble grandeza, el Director Provisorio instaló la Convención Constituyente en Santa Fe en cuyo mensaje inaugural expresó: "En el régimen interior de la provincia introduje muchas mejoras: tomé disposiciones para garantizar la propiedad, para fomentar la labranza, para ayudar al comercio honesto, introduje una ley de municipalidades, que puesta en práctica levantaría la capital al rango

de una de las más cómodas y mejor administradas ciudades de la América meridional". "Abrí los ríos a todas las banderas extranjeras, habilitéé sus puertos, abolí las aduanas interiores y reconocí como un hecho consumado la independencia del Paraguay. Medidas todas que no necesitarían sino de tiempo y de realización para que se palpara su influencia en bien de aquella provincia y de la República entera". "Porque amo al pueblo de Buenos Aires, me duelo de la ausencia de sus representantes en este recinto. Pero su ausencia no quiere significar un apartamiento para siempre: es un accidente transitorio. La geografía, la historia, los pactos vinculan a Buenos Aires al resto de la Nación. Ni ella pue-

de vivir sin sus hermanas ni sus hermanas sin ella. En la bandera argentina hay espacio para más de 14 estrellas; pero no puede eclipsarse una sola".

Lamentablemente, Urquiza tampoco pudo estar presente en la sesión de apertura por las invasiones que los porteños hicieron a su provincia, conducidos por los generales Hornos y Madariaga.

Pero el 1º de diciembre de 1852, estalló otro movimiento armado en la campaña dirigido por el coronel Hilario Lagos contra la irreductible figura de Valentín Alsina. Lagos sitió la ciudad y contó con el auxilio de la escuadra dirigida por el comodoro Coe, que bloqueó el puerto de Buenos Aires. Cuenta Mitre, entonces jefe de las milicias, que ante la gravedad



Justo José de Urquiza. Representó el ideal de la unidad nacional frente a los designios de la facción porteña más extrema.

de la situación debió mudar su levita civil por el uniforme militar en plena calle, para enfrentar la invasión inminente y preparar la defensa.

Lagos pidió colaboración a Urquiza y éste se acercó a su cuartel general instalado en el pueblo de San José de Flores. Esta población, apenas un villorrio en ese entonces, ha sido testigo de importantes acontecimientos históricos: cuartel del sitio de Lagos, sede de la firma de los tratados de libre navegación de los ríos, del Pacto del 10 de julio de 1853 que precede a los Tratados de Convivencia, sede del Pacto de Unión Nacional, candidata a capital de la República Argentina y, situación casi desconocida, sede de una Convención Provincial convocada por el coronel Lagos para incorporar la provincia a la Confederación previa aceptación de la Constitución Nacional, lo que no se llevó a cabo porque los diputados no se atrevieron a eliminar la ciudad capital de la Provincia. Esta Convención es casi desconocida y no figura en la obra monumental del doctor Emilio Ravignani "Asambleas Constituyentes Argentinas" y su descubrimiento se debe a los estudios del profesor Carlos Heras.

Urquiza estuvo presente en el sitio y trajo refuerzos militares. El 10 de julio de 1853 firmó los tratados de libre navegación de los ríos con Inglaterra, Francia, y con los Estados Unidos. Por medio de ellos se daba cumplimiento a uno de los postulados que movieron al Ejército Grande a atacar a Rosas. Como lo había expresado Sarmiento ("Rosas no sólo ha encadenado a un pueblo entero sino también a los ríos"), era una vieja aspiración de las provincias interiores, ya expuesta por Ferré en 1831 y era también la tesis de Alberdi, de la navegación irrestricta de nuestros ríos interiores. Se ha criticado a Urquiza no sólo

el texto de sus tratados, sino las circunstancias en que los mismos se firmaron.

En efecto, el 10 de julio de 1853 ya la flota sitiadora no existía: "El coronel de marina, Coe, norteamericano residente y casado en el país con una hija del general Balcarce desde muchos años atrás, marino distinguido y jefe de la escuadra bloqueadora, se presentó el 20 de junio en la rada de Buenos Aires y entregó los buques de guerra bajo su comando al gobierno de la plaza. Había recibido en premio de su traición, la suma de veintiseis mil onzas de oro".

El ejército también se desbandó. Lorenzo Torres, ex rosista, ahora ministro de gobierno del viejo general Pinto, mediante astutos avisos en los diarios fue enganchando a los soldados sitiadores quienes por el precio de la necesidad, fueron entrando en pequeños grupos hasta desaparecer como fuerza militar. El 10 de julio, en la noche de la firma de los tratados, Urquiza debió fugarse de la ciudad bajo la protección de las potencias con las que había realizado convenios con su firma unas horas antes. Cuenta Mariano Pelliza que esa noche el general Urquiza estuvo a punto de ser asesinado por un extranjero —y otros expresan por una logia secreta denominada Los Juanjuaes— señalando que el asesino debió ser, por haber recaído su nombre en un sorteo, el joven Adolfo Alsina. El ministro de Guerra, el general José María Paz, se valió de terceras personas para asegurar a su enemigo su integridad hasta retirarse, que tal es la dignidad de los hombres grandes. Urquiza se enteró de estos hechos muchos años después.

Con respecto a los tratados de libre navegación, diremos que ellos fueron ratificados por el Congreso y que, pese a las críticas contra su autor, permitieron el ingreso de bar-

cos, de bienes y de capitales de todas partes del mundo en aquel país desierto y pobre.

En los años de segregación, la Confederación se vio limitada económicamente. Fueron épocas de penurias financieras que cubrieron todo el período de la presidencia de Urquiza, quien, sin embargo, puede considerarse orgulloso de haber hecho una obra progresista con tan precarios medios. Su labor cultural, la llegada al país de sabios, naturalistas y geógrafos, la creación de colonias agrícolas y el acceso de los primeros inmigrantes, su reconocimiento diplomático europeo, la tranquilidad social en el interior del país, la exploración del gran Chaco y tantas otras que merecen recordarse con admiración y respeto. Adviértase que mientras el presupuesto de la Confederación en su conjunto no llegaba a cuatro millones de pesos corrientes, la provincia de Buenos Aires, con su aduana tenía para sí 52 millones de la misma moneda.

La separación de las dos entidades se fue haciendo cada vez más tensa. Los continuos rozamientos fronterizos obligaron a ambos mandos a firmar tratados de Convivencia y a enviar misiones y delegados procurando contemporizar unos y otros. Mientras Buenos Aires pagaba el primer ferrocarril del Parque a La Floresta y contrataba artistas y primadonas que ya actuaban en nuestros primeros teatros como el "Argentino" y el "Coliseo" y construía depósitos aduaneros en la hoy plaza Colón y el refinamiento estético llegaba a los salones, la Confederación carecía de lo elemental para pagar hasta las magras dietas de los diputados, como lo ha narrado Ernesto Quesada, que retrató esa vida en Paraná en un curioso libro que tituló "Memorias de un viejo". El gobierno había solicitado empréstitos tras empréstitos y el endeudamiento

asfixiaba el comercio. Llegaron a prendarse en garantía las rentas de la aduana del Rosario.

La Ley de los Derechos Diferenciales que sancionó el Congreso de Paraná, con el objeto de obligar a los barcos a recalar en los puertos interiores resultó un fracaso total, como ya lo habían previsto algunos espíritus lúcidos en las

cesaría que nunca falta en estos casos. En Buenos Aires la prensa periódica agitaba el ambiente y el sanjuanino Sarmiento escribía en la prensa de combates: ¡Urquiza, Urquiza!; ¡Nazario Benavídez te espera!".

La preparación de los ejércitos se hizo con rapidez. Ningún jefe en actividad tenía en el país mayor experiencia militar que Urquiza. Llamó a sus fie-

nes estratégicas modernas, pero que carecía de conciencia militar en sus ayudantes. Se despreciaba a la Confederación. En el lenguaje de los salones se la mencionaba "los trece ranchos" y se la suponía incapacitada para formar un ejército en las condiciones y con los medios que podía contar la provincia de Buenos Aires. En cambio, el general Mitre pensaba de manera diferente y tras su estancia en el frente de lucha, en las proximidades de San Nicolás, comprendía que su situación era militarmente inferior al enemigo y que en las condiciones tales su fracaso era seguro.

En esas circunstancias, se libró la batalla de Cepeda.

EL PACTO DE UNION NACIONAL

El ejército porteño quedó deshecho pero no vencido en los campos de Cepeda. Urquiza quiso obtener un triunfo con la mínima cuota de sangre porque comprendía que no hay triunfo valedero sobre los hermanos. Las divisiones que Mitre embarcó en San Nicolás el 24 de octubre por la mañana llegaron a Buenos Aires dos días después. La escuadra de la Confederación actuó con el mismo criterio que la caballería de Urquiza: unos pocos cañonazos que no dieron en el blanco permitieron al comandante Susini retirarse sin apremios, si bien Cárcano en su trabajo "Del sitio de Buenos Aires al campo de Cepeda", expresa que hubo negligencia en la escuadra confederada que careció de carbón y debió retornar para cargarlo.

La prensa periódica de la ciudad volvió a escandalizar a la población. Mitre, el hombre más equilibrado de Buenos Aires en estas circunstancias y el que apreciaba con mayor claridad los hechos, envió al joven Dardo Rocha, que con el andar de los años habría de



Mitre en su juventud. A poco de la caída de Rosas, desde "Los Debates" se pronunció a favor del ideal federalista. Después encabezaría la fracción porteña.

discusiones previas de la ley: ¿No sabemos acaso que somos hijos de la geografía y que de ella dependemos?

Finalmente, el Congreso dispuso remover los obstáculos que motivaban la separación de la provincia y encargó al presidente de la República esa acción por todos los medios que considerara conducentes. La guerra era un hecho. La muerte del general Nazario Benavídez, viejo caudillo sanjuanino, produjo la chispa ne-

les jinetes entrerrianos, cada uno de los cuales venía con armamento propio y bien montado y con excelente caballo de repuesto. Organizó los cuadros, la flota de guerra y de acuerdo con su viejo sistema, envió notas, ganó la simpatía del gobierno oriental, y, con trascendidos, desorientó al enemigo.

La provincia puso sus fuerzas en manos del joven coronel Mitre, ascendido ahora a general, que tenía concepcio-

ocupar importantes cargos públicos y le cabría el honor de fundar la ciudad de La Plata, con un mensaje para el gobernador Valentín Alsina. Allí le daba a entender que, si bien la caballería porteña se había desbandado antes del combate, la infantería y la artillería habían resistido a las fuerzas de Urquiza en proporción de uno a cuatro durante varias horas hasta poder retirarse debiendo dejar en el camino gran parte del armamento.

La interpretación de Alsina fue de que se trataba de una victoria de la provincia y bien pronto se le quiso conceder una medalla de oro a los jefes, de plata a los oficiales y de bronce a la tropa con la inscripción: "Vencedor en Cepeda" y en la otra cara "23 de octubre de 1859". Los diarios, a su vez, decían: "Mitre ha triunfado". Y, aún cuando Urquiza había comenzado el avance hacia la ciudad, proseguían con esa opinión. "La Tribuna", de los hermanos Varela decía: "Ya vienen otra vez los jenízaros, la barbarie entronizada".

Por su parte, Urquiza quería disminuir los temores de la

provincia y al día siguiente de la batalla emitió una proclama que entre otros conceptos decía: "Ofrecí la paz antes de combatir y de triunfar. La victoria y dos mil prisioneros tratados como hermanos, es la prueba que os ofrezco de la sinceridad de mis buenos sentimientos y de mis leales promesas. No vengo a someteros bajo el dominio arbitrario de un hombre, como vuestros opresores lo aseguran, vengo a arrebatara a vuestros mandones el poder con que os conducen por una senda extraviada, para devolvéroslo..." "... deseo que los hijos de Buenos Aires sean argentinos. Espero para ello el concurso de vosotros mismos, de los buenos y los patriotas. Desde el campo de batalla os saludo con el abrazo de hermano. Integridad nacional, libertad, fusión, son mis propósitos".

La élite porteña comenzaba a tomar conciencia de su profundo error al menospreciar al ejército de la Confederación. Mitre, que en silencio había escuchado opiniones tan alejadas de la verdad y que, en campaña había podido compro-

bar la magnitud de la caballería entrerriana, su entrenamiento y capacidad de combate, se dispuso a defender, una vez más a la ciudad amenazada, como lo hiciera en los días del sitio de Hilario Lagos y como lo volvería a hacer con el levantamiento de Tejedor en 1880.

Pero el hombre prudente no comete dos veces el mismo error. Urquiza tenía frescos en su ánimo las vicisitudes del sitio de Lagos, el tedio de aquellos soldados, a la vista de la ciudad, con las tentaciones de la urbe, dueña del oro, con capacidad para comprar armamentos y voluntades, mientras el gaucho permanecía acantonado padeciendo miseria y necesidades, propias del ocio obligado. Esta vez no ocurriría lo mismo: o la paz inmediata, o la prosecución de la guerra.

En 1820, en situación parecida, otro entrerriano impuso pesadas condiciones a la ciudad vencida en el Pacto del Pilar, penetró en la ciudad y exigió la remoción del gobierno. Urquiza no pretendía ni humillaciones ni cuentas victo-



La guardia nacional de Buenos Aires es despedida por los porteños. Cumplió un rol significativo en los enfrentamientos con las fuerzas de la Confederación.

rias pero había exigido como condición inexcusable el retiro de la vida pública del gobernador Valentín Alsina, cuya intransigencia había sido una de las causas de la segregación de la provincia. Lo curioso del caso es que también el gobernador había exigido el retiro a la vida privada del vencedor de Caseros. En efecto: en una relación firmada en Paraná el 30 de agosto de 1859 el encargado de Negocios y Ministro Plenipotenciario de los Estados Unidos por ante la Confederación Argentina, señor Benjamín C. Yancey, que ofreció sus buenos oficios para mediar entre ambos contendientes y evitar efusión de sangre, expresaba lo siguiente: "... El gobernador Alsina dijo que, quizá cuatro o cinco meses antes, un arreglo pudiera haberse hecho. Pero en el presente estado de cosas y en vista de los preparativos de defensa a costa de grandes gastos de dinero era extremadamente difícil. Y que probablemente el gobierno exigiría una condición a la cual no podía yo (el mediador) acceder. Esta era: el retiro de V.E. de la vida pública. Entonces allí mismo declaré positivamente al gobernador Alsina, que no podía considerar tal proposición y que tampoco hubiese considerado una proposición por parte de V.E. imponiendo al gobernador Alsina el abdicar su puesto y retirarse de toda vida pública".

Valga decir que la misión Yancey tuvo importancia pero fue desplazada por la gestión que, inteligentemente, llevó a cabo el Ministro de la República del Paraguay, brigadier general Francisco Solano López, hijo del Presidente del Paraguay, don Carlos Antonio López.

La misión Yancey recibió dos puntos de referencia de parte del doctor Alsina para tratar con Urquiza consistentes en el tratamiento con los indios que resultaban en esta

época una seria preocupación para la provincia, pero el objeto mismo de su actitud de mediador careció de eficacia.

En la relación de los hechos que el general López firmó en Asunción el 5 de enero de 1860, acompañada de noventa y siete notas y un protocolo, narra la evolución, propósitos, dificultades y éxitos de su misión.

Partió de Asunción el 27 de septiembre y llegó a Paraná

Francisco Solano López. El futuro dictador paraguayo jugó un notable papel en las negociaciones entre la Confederación y Buenos Aires.



el 5 de octubre, tras haber propuesto el objeto de su mediación con fecha 22 de agosto, sin perjuicio de admitir simultáneamente el ofrecimiento realizado por las legaciones de los gobiernos de Francia e Inglaterra.

El general López no encontró a Urquiza en Paraná. Este había partido ya con su ejército y se encontraba en el Rosario y por ello el mismo día 7 partió hacia esa localidad donde tuvo la primera entrevista. Al respecto, dice: "Es justo decir que desde que tuve el honor de abrir mis con-

ferencias con el Excmo. señor Presidente, observé ya de una manera invariable los sentimientos más elevados y generosos por la paz, unión y fraternidad de los argentinos: aunque el mal éxito de diferentes negociaciones, hubiesen casi extinguido en el ánimo de S.E. toda esperanza por un arreglo pacífico". En esa oportunidad Urquiza le hace entrega de un apunte —hoy diríamos un borrador— donde están

registradas antes de la batalla sus aspiraciones. Dada su importancia y por no ser virtualmente conocidas por los estudiosos, voy a resumirlas: 1º) Integridad nacional (lo que prueba el móvil más hondo del jefe entrerriano). 2º) Revisión de la Constitución Nacional por Buenos Aires, pero ésta no podrá modificarse hasta 1863. Los diputados serán electos de acuerdo con lo prescripto por la Constitución Nacional (véase aquí que este punto, aparentemente formal y sin ninguna importancia, representa un concepto muy arraigado en

el ánimo de Urquiza y será la causa casi principal de la posterior ruptura). 3º) La Convención Constituyente de la Provincia será convocada seis meses antes de la revisión de la Constitución, para luego convocar a una Convención Nacional. 4º) El pacto será solemne; la fe será empeñada y cumplida. 5º) No habrá confiscaciones de bienes ni destierros o castigos por la Revolución del 11 de septiembre (este artículo honra a Urquiza, porque lo ofrece antes de toda negociación). 6º) La isla de Martín García será libre de toda ocupación militar. 7º) Buenos Aires se abstendría de tener relaciones diplomáticas con el exterior (bien sabemos los grandes conflictos y dificultades que Alberdi encontró en Europa para acreditar su personería de un país cuya misma bandera y cuyo mismo escudo tenía su representación en Mariano Balcarce, yerno de San Martín. Más aún: la correspondencia entre la Confederación y la Provincia era firmada, por el ministro del Interior en el primer caso y por el ministro de Relaciones Exteriores en el segundo, dando a entender el carácter de estado soberano que se arrogaba la provincia y que consolidaba con el tiempo). 8º) No habría servicio militar forzoso para los naturales de cada provincia. 9º) Se establecía una defensa común para la frontera (esto implicaba la colaboración que Urquiza ofrecía para luchar contra los indios). 10º) "El Gobierno de Buenos Aires contribuirá proporcionalmente con los gastos diplomáticos". 11º) Se empeña la garantía de la potencia mediadora para la conservación de la paz.

Estas propuestas fueron modificadas por el mediador para hacerlas más asequibles y el Presidente aceptó dichas modificaciones y así lo firmó. Más aún, el mediador propuso una suspensión de las hostilidades por diez días para ajustar con

Buenos Aires un tratado de paz, al que se referiría Urquiza después de Cepeda en su proclama, y luego pasó a Buenos Aires adonde llegó el 10 de octubre. Antes de partir le pidió y obtuvo del Presidente una orden para el jefe de la Escuadra Confederada, ya dispuesta a atacar Martín García y a forzar el paso, para cesar en su intento si al llegar a la ciudad encontraba la misma disposición de paz.

pensión de las hostilidades porque ella no había iniciado la guerra y se defendía de la agresión, pero sí aceptaba la recepción de comisionados por parte de la Confederación. Insistió el general López en la suspensión previa de las hostilidades y se le rechazó por segunda vez; insistió en su carácter de mediador y se le contestó que ya había otros mediadores en gestión. El general paraguayo señala que ya

El Dr. Valentín Alsina una de las figuras claves de la estrategia porteña. Acérrimo enemigo de Urquiza y de la Confederación.



El ministro mediador llegó a Buenos Aires y con premura, dejando de lado la etiqueta, porque tenía en cuenta el valor de las horas y la posible efusión de sangre en el combate naval próximo, se presentó ante el ministro de Relaciones Exteriores, doctor Dalmaico Vélez Sársfield, quien, tras escucharle lo llevó a la Casa de Gobierno para ver al gobernador. El doctor Alsina hizo caso omiso de la propuesta y le pidió que, prima facie, acreditase formalmente su personería. Se le contestó que Buenos Aires no aceptaba la sus-

hay comisionados de Urquiza que esperan su indicación para bajar a Buenos Aires, pero Valentín Alsina discrimina determinados nombres como el general Guido, el doctor Pujol, el doctor Luis José de la Peña, y el señor Santiago Derquí, a los que agrega luego al doctor Leiva y al general doctor Benjamín Victorica. Dice: le mencioné ("... el doctor don Benjamín Victorica, y entonces me respondió, a ése lo rechazo, y primero aceptaría a Leiva que al hijo del Gefe de Policía de Rosas y emigrado, además, y yerno de Urquiza"). López lo

gra que Urquiza nombre enviados aceptables por Buenos Aires y ofrece como sede de las conferencias el vapor "Tacuarí", lo que acepta Buenos Aires, a realizarse en las cercanías de San Nicolás. En este lapso se registró la batalla de Cepeda, la fuga de la caballería porteña, el embarque de la infantería y la defensa de la ciudad. López, con persistencia, insistió en que los comisionados deberán reunirse en campo neutral, aún cuando nadie sabe en la ciudad dónde se encuentran las líneas del Ejército Confederado.

El gobierno de Buenos Aires puso a disposición de López dos ayudantes y soldados, y éste los remitió al campamento de Urquiza quien se encontraba ya en el Fortín de Areco: allí le informó que Buenos Aires aceptaba ahora la suspensión de hostilidades y se con vino en recibir los comisionados en Morón, pero como la provincia aún no los ha nombrado, con la urgencia del caso, establece que ha de hacerse en campo neutral: Morón, San José de Flores, San Justo o San Isidro. El nombre de San José de Flores aparece, pues por primera vez en esta negociación. Urquiza le pide al general López la posibilidad de que todos los mediadores trabajen de común acuerdo, pero el general paraguayo trata de desembarazarse de sus colegas considerando que resultan un estorbo para el logro de la paz.

Nombrados los comisionados, las designaciones han recaído en: Juan Bautista Peña, el doctor Carlos Tejedor y el doctor Antonio Cruz Obligado por la provincia de Buenos Aires y los generales Tomás Guido, Juan Esteban Pedernera y el doctor Daniel Aráoz, por la Confederación, quienes se reúnen por primera vez en la Chacra de Monte Caseros el 3 de noviembre, en cuya oportunidad intercambian sus poderes. Las restantes entrevistas, a

partir de la segunda, se harán en San José de Flores.

Las instrucciones de los comisionados porteños consisten en el retiro de las tropas de Urquiza fuera de la provincia, aduciendo para ello que se le quita libertad para actuar a los mediadores; mantenimiento del "statu quo" del tratado del 8 de enero de 1855, examen de la Constitución de la Confederación por las Cámaras de Buenos Aires, presupuesto de la provincia garantizado por funcionarios y empleados en cinco años y permanencia de sus cargos. En cambio, las instrucciones para los comisionados federales casi no varían de las expuestas con anterioridad.

Cabe agregar que en el trayecto desde el campo de batalla hasta el sitio de la ciudad todos los pueblos de la campaña han adherido a la Constitución y Urquiza engrosado su ejército con más de cuatro mil hombres llegando a tener ahora alrededor de 21.000 soldados de gran poder ofensivo. A tal efecto transcribo la nota fechada en el Cuartel de Caseros el 4 de noviembre de 1859 por Benjamín Victorica:

"Pronunciada toda la campaña en esta provincia a favor de la causa nacional, engrosado su ejército con los contingentes de ella que cada día aumentan sus filas, detiene por un momento su marcha sobre la ciudad, cuando sólo falta que sus fuerzas en cuádruple número, hagan un esfuerzo más para tomarla y pide a sus más encarnizados enemigos prescindan completamente de su persona **que en breve dejará el puesto que ocupa**, y mediten sobre los males que una resistencia tenaz puede causar a la patria común, a esta provincia y a su bella capital destrozada, como lo sería, mañana, por el cañón, y enrojecidas sus calles, con sangre argentina".

Pero la negociación se interrumpe el 7 de noviembre, cuando Urquiza pide indeclina-

blemente el cambio de todo el personal de gobierno, es decir, la renuncia de Valentín Alsina. La nota la recibe el mediador a las 11 de la noche y a las 11.30 la transmite al doctor Vélez Sársfield, en su casa particular, expresándole que supone que la exigencia indeclinable de Urquiza puede ser, sin embargo, discutida. El ministro mediador marcha al campamento de Urquiza y vuelve con esta seguridad a las 12 de la noche. Se presenta otra vez de regreso en casa del doctor Vélez; pues si la negociación se interrumpe el comandante en jefe de las fuerzas confederadas le ha asegurado que iniciará el ataque sobre la ciudad al día siguiente. El ministro recibió la nota a la una de la mañana y el mediador esperó contestación hasta las seis de ese día, 8 de noviembre; Como no recibió respuesta marchó otra vez al campamento de Urquiza y al pasar por la plaza Once de Setiembre, punto terminal de las carretas que abastecían a la ciudad, pudo ver a la vanguardia federal que marchaba en posición de guerra hacia la ciudad. A su pedido Urquiza detiene el ataque por un sólo día. Pese a la buena voluntad de Urquiza de no hacer hincapié en la renuncia de Alsina, el día 8 éste se aleja del Gobierno y toma el poder el Presidente del Senado, don Felipe Llavallol.

En los círculos de gobierno de la ciudad, Alsina y un grupo de sus partidarios parecían vivir un mundo totalmente alejado de la realidad. Pretendían retirar el gobierno de la ciudad, marchar hacia el sur de la provincia, formar otro ejército, destruir la escuadra. Mitre fue llamado en consulta. En este lapso el jefe militar de la ciudad estaba completamente enfrascado en los problemas de la defensa y su posición estaba en las calles de la ciudad. Su respuesta fue clara y terminante: los planes

elaborados por el gobierno no tenían ninguna posibilidad de éxito. Ni la escuadra podía ser vencida, ni había ejército alguno que levantar en el sur de la provincia.

A raíz de la renuncia del gobernador, el general López pide una prórroga en la suspensión de las hostilidades, lo que logra. Y por su parte, Llavallol expresa su deseo de lograr una paz honrosa para la ciudad. El día 9 el general López envía al vapor paraguayo Tacuarí para que la escuadra confederada suspenda el ataque a la isla Martín García. El día 8 ha tenido lugar la tercera conferencia; el día 9, la cuarta. Tras la nueva presentación de los poderes por el cambio de autoridades, el día 10 ocurre la quinta conferencia, lográndose pleno acuerdo. A lo largo de estas discusiones el mediador actúa con inteligencia y tacto, encauzando las discusiones en aquellos puntos donde hay acuerdo y tratando personalmente y por separado aquellos puntos en discusión. El día 11 se canjean los prisioneros, se firma y se ratifica el pacto que se ha convenido. Por la tarde de ese día Urquiza se dirige al embarcadero del Tigre para retirar parte de su infantería.

Cuando el Pacto de Unión fue conocido por la ciudad, un sentimiento de alivio fue notorio en la población y la mayor parte del público comentaba elogiosamente la actitud de Urquiza. Se esperaba la reacción de Mitre pero éste expresó que Urquiza "era el hombre más expectable del país, que había ganado en Buenos Aires el derecho a no ser vilipendiado". Los acérrimos enemigos del entrerriano criticaron estas palabras del jefe porteño, mas éste las ratificó demostrando que eran el fruto de su convicción sincera.

El ministro mediador fue objeto de numerosos agasajos. Se ofició un Tedeum en la Catedral y por decreto del Poder Ejecutivo de la provincia, una

delegación oficial lo acompañó hasta el embarcadero para su regreso, empañado éste por exigencias de la escuadra británica, a raíz de antiguos conflictos con la República del Paraguay, que impidió su viaje fluvial, debiendo hacerlo en diligencia hasta el Rosario.

Por el convenio del 11 de noviembre, la provincia de Buenos Aires regresa al seno de la confederación, tras una separación de siete años y dos meses exactos. Para ello se compromete a convocar a una convención provincial mediante el mecanismo de las leyes de la provincia, para revisar la Constitución, cuyas reformas serán comunicadas a la Confederación para que a su vez otra Convención Nacional las acepte o rechace. El territorio de la provincia no sería dividido sin su consentimiento y quedaba, por lo tanto, planteado el problema de la sede de la Capital de la República que habría de estallar en 1880. La provincia se abstenía de mantener relaciones diplomáticas con el exterior, como si fuera un Estado soberano; se le respetaban sus propiedades y edificios públicos, pero la aduana y sus rentas debían pertenecer a la Nación, aunque ésta le garantizaba por cinco años su presupuesto de 1859. Este punto era un éxito personal del doctor Carlos Tejedor porque el presupuesto de 1859 era desusadamente alto por los gastos de guerra que la provincia había realizado. Se olvidaban los agravios, el ejército federal se retiraba de inmediato y la provincia enviaría los electores necesarios para el nombramiento de nuevo presidente de la República, que reemplazaría al general Urquiza, cuyo mandato fenecía. La República del Paraguay sería garante del cumplimiento del Pacto y de la unidad de los argentinos, lo que, al decir de Cárcano, no era más que una gentileza para con el mediador y un homenaje a su labor.

Con motivo de la actuación del brigadier general Francisco Solano López, el general Urquiza quiso testimoniar su gratitud y le remitió una carta fechada en su casona de San José el 27 de diciembre de 1859, mes y medio después de los sucesos que hemos narrado, en la que le decía: "La apreciable carta de fecha 19 ha venido a hacerme perder la esperanza que me halagaba de su visita, oportunidad que hubiera aprovechado para ofrecerle las mejores demostraciones de reconocimiento que abrigo por los esfuerzos nobles e inteligentes en obsequio de la unión y de la paz argentina...". "... Quiero tributarle un testimonio del aprecio que hago de sus virtudes y no he encontrado un objeto que pueda recordarlo mejor que la espada que ceñí en Cepeda. Le presento a V. E. esta modesta prenda de amistad. Dígnese V. E. aceptarla...".

La provincia de Buenos Aires pertenecía definitivamente a la Nación, merced a la obra del vencedor de Caseros y organizador de nuestras instituciones, a su talento militar, a su perspicacia política y a su grandeza de miras. Toda la opinión pública de Buenos Aires miró con asombro al hombre que parecía enemigo irreconciliable de sus fueros. Antes de retirarse, Urquiza regaló a la provincia los ocho mil caballos de remuda de su ejército para que aquella pudiera combatir con éxito a los malones indígenas. En julio de 1860, con motivo del aniversario de la Independencia, Urquiza fue invitado a presenciar las fiestas en Buenos Aires. Era gobernador de la provincia el general Mitre y presidente de la República, el doctor Santiago Derqui, quien acompañó al general Urquiza. Una carta de Mariquita Sánchez al doctor Alberdi describe los hechos de esta manera: "Imagínese Ud. la sorpresa de oír decir

si venían Urquiza y Derqui desde que salió de aquí Vélez (Sársfield), en que por los viejos antecedentes de los Tratados de San Nicolás... no tenían mucha confianza...".
 "... Más de seis mil almas llenaban el bajo. Los buques de todas las naciones ofrecían sus botes... Siguieron en sus coches después de haberse abrazado en el muelle al desembarcarse el señor Derqui y el señor Mitre y después el

no tiene instrucción, no ha leído, todo en él es instinto, pues, y naturaleza, no imitación. Perdona con grandeza y esto a mis ojos vale mucho. ¡Cómo han insultado a este hombre esos niños Varela! Hasta el último momento lo han llenado de injurias con el tono más bajo y miserable...".

Un año más tarde, Urquiza recibe en San José el 11 de noviembre, al general Mitre que venía acompañado de su

meses antes, en mayo de ese año del nombre que habría que darle a la Nación Argentina, Domingo F. Sarmiento, diputado, por la misma, ardiente tribuno de palabra fluida expresó un profundo sentimiento nacional cuando dijo: "Pongo las palabras Provincias Unidas del Río de la Plata al frente de la Constitución para reunirme a los que fueron mis enemigos, olvidar nuestras antiguas disensiones y abrazarnos como hermanos que vuelven a verse, después de largos años de separación. Pero para hacer efectivo ese clamor, es preciso que esta Convención lo diga, que aquella palabra mágica sea un vínculo de unión entre las diversas opiniones que hayan podido dividirlos y que se levanten todos con nosotros diciendo: Queremos ser Provincias Unidas del Río de la Plata, a fin de que no haya motivos de desunión en lo sucesivo". El presidente de la Asamblea, su secretario, los convencionales de la mayoría y la minoría, se pusieron de pie, e igualmente la barra y todos vivaron a las Provincias Unidas del Río de la Plata, a Buenos Aires y a Sarmiento. De hecho la proposición quedó sancionada por aclamación y así se clausuraron las sesiones de la convención.

Y así, aunque la historia siguió un curso vario y difícil, porque nada se logra sin esfuerzos, y, pese a todas las desentelignencias y luchas posteriores, la República estaba unida y a partir de ese momento obró como una Nación con la plenitud de sus derechos y obligaciones en el ámbito internacional. La obra estaba hecha y la justicia histórica así lo ha comprendido.

EL PACTO ANTE LA JUSTICIA HISTORICA

La geografía condicionó la historia en nuestro caso y la sigue condicionando. El hombre forzó aún más esos lazos



Mitre según el periódico "El Mosquito". Los caricaturistas de ese diario unieron a la calidad del dibujo una aguda concepción crítica de la política tradicional.

general Urquiza con Mitre...". El general Urquiza, muy conmovido, a cada momento estaba enternecido. Tiene gran corazón este hombre. Está alojado en la quinta que se conoce, cerca de Barracas, que fue de Mr. Kinlay, y que hoy es de Lezama (actualmente Museo Histórico Nacional)...".
 "... Esto es una romería. No hay un momento que no esté lleno de gente rica y pobre, a las que socorre con liberalidad. Yo observo hace largo tiempo, a este hombre, y creo, mi amigo, que tendrá en la Historia una hoja de oro para el que escriba con imparcialidad. Encuentro tanto más grande a este hombre que, según dice,

ministro de Guerra, el coronel Gelly y Obes y otros jefes del ejército. Allí le rindió homenaje a su antiguo rival y le entregó el bastón de mando de la provincia de Buenos Aires, símbolo de la época de su autonomía separatista, a la vez que le decía: "Gracias a vuestro patriotismo y magnanimidad, la provincia de Buenos Aires es parte integrante de la República. Su gobernador no poseerá más este bastón que señala la época de la disgregación. Os toca conservar esta prenda de seguridad como una conquista que habéis hecho".

Al tratarse en la Convención Provincial el problema, unos

y la revolución industrial que amplió las posibilidades humanas y mejoró los recursos cotidianos, sirvió en este caso concreto, para acentuar las diferencias y merced a la actividad de los primeros Presidentes, un aluvión inmigratorio procedente de la vieja Europa, se localizó en la pampa húmeda. Hombres marginados del proceso social europeo, sometidos a estamentos más rígidos y compelidos a ocupar un

diferente y una fractura generacional rompía para siempre la imagen de la Argentina criolla para dar lugar a la Argentina europeizada, alrededor del puerto, de espaldas al interior y de cara a Europa. Dando la espalda a la Argentina atrasada y con ella a toda la Idoamérica subyacente, se afirmaba su superioridad, renegaba del pasado colonial, copiaba moldes de la cultura francesa y del librecambio inglés, des-

tugueses, que formaba parte de nuestros ejércitos libertadores; luego se acorraló al indio, que defendió en su ingenua libertad su vida salvaje, bárbara y sanguinaria, hasta marginarlo primero y extinguirlo, prácticamente, después, en sus tierras concedidas de favor. Dueño el hombre blanco de todo el territorio, repartió las tierras según sus intereses y forjó el sistema político de su agrado sobre la base de las



Urquiza y Francisco Solano López son ovacionados en Buenos Aires, después del tratado de paz. Grabado de "El Correo de Ultramar".

lugar prefigurado en la sociedad, primeros marginados de la nueva relación entre la producción y el consumo, se alejaron de sus lugares de origen, arraigados desde siglos, en pos de nuevos horizontes y animados de las mejores esperanzas. Las colonias que se instalaron desde los albores del gobierno de Urquiza, en Santa Fe y en Entre Ríos y las que facilitaron con posterioridad los gobiernos de provincia, como Pujol en Corrientes o Pastor Obligado en Buenos Aires, fueron los comienzos de una política poblacional que alteró todo el régimen económico de la pampa y toda la estructura de la sociedad argentina. Así, en menos de medio siglo, el país presentaba una fisonomía

deñaba a la España católica, comulgaba con el positivismo anticlerical y progresaba a un ritmo nunca igualado, ni antes, ni después, en toda su historia, estableciendo la férrea dictadura del cuero, del ganado vacuno, de la lana y ahora, además de los cereales. La tecnología, incipiente primero, diversificada después, no vino a nivelar el progreso de las regiones, sino a usufructuar según un criterio utilitario, los beneficios de la zona que en sí misma le daba todas las garantías de la riqueza.

Cuando expresamos que nació un país nuevo, señalamos la nueva estructura de su sociedad. Desapareció primero el negro, aquel esclavo africano traído por ingleses y por-

pautas que la Constitución de 1853 y el Pacto de Unión Nacional establecían. Entonces presionó sobre el gaucho, el último representante del país viejo y lo hizo morir con el alambrado, los códigos y los títulos de propiedad, negándole el derecho al acceso a la tierra ajena. Y el gaucho sin hábitos de trabajo, se hizo compadrito, pasó del rancho al comité y en lugar de entevros bravíos a campo abierto, hizo sus escaramuzas de combate en el atrio comicial.

El Pacto de San José de Flores es un tajo abierto en la historia argentina, que transformó a la Nación y la dividió en dos períodos delimitados con meridiana claridad: la Argentina criolla, inconexa, pri-

mitiva y bárbara, y la Argentina moderna, unida, progresista, blanca, de la pampa húmeda. La primera despoblada y aislada; la segunda, inmigratoria y unida por los hilos del telégrafo y "el rail del camino de fierro".

Se cumplía una de las premisas que el ilustre proscrito y penetrante pensador Juan Bautista Alberdi, señalara en sus "Bases" y que resultó ser un axioma, no sólo para nuestro país, sino para todo el continente: "gobernar es poblar".

Alberdi vio con claridad el problema del aislamiento, del atraso y la distancia: los hombres de buena voluntad de todo el mundo debían venir al país a sumar sus esfuerzos y con ello los capitales que trajeran ferrocarriles, para unir esas distancias. Adviértase que Córdoba distaba 45 días de Buenos Aires, y 60 Tucumán, y desde el pueblo de San José de Flores, se demoraban varias horas para llegar a la Plaza de la Victoria. Amante del progreso utilitario de Jeremías Bentham, quería combatir al gaucho que carecía de oficio y merodeaba las pulperías. Sus armas no debían ser ni el Remington ni la tercerola, sino el hábito del trabajo fecundo, a lo que el sanjuanino Sarmiento le agregaría otro elemento contundente y letal: la alfabetización por la escuela primaria.

Lo cierto es que el gaucho fue absorbido por el peor de los sistemas y se transformó con el correr de los años en el peón de la estancia de sus patrones, carente de capacidad económica, a cuyas necesidades subordinó sus derechos políticos, hasta desaparecer en los avatares de las luchas políticas del presente siglo.

Cuando hablamos de la historia de América, hablamos de la historia del hombre blanco de América. Nosotros no esperamos a Colón desde los matorrales de la isla de Gua-

nahaní, sino que viajamos con él, padecemos por sus vicisitudes y gozamos de sus hazañas, y con él descubrimos el nuevo continente, amparados en la espada de Castilla y en la cruz Romana. Con nosotros la isla se llamará en buen castellano: "San Salvador", con criterio religioso de nuestro Dios y con el idioma de nuestros mayores. La Argentina no es una excepción y su historia es, finalmente, el señorío del hombre blanco español de la época de la conquista y de la colonia, y el dominio del blanco criollo o del blanco inmigrante en el período de la independencia y la organización nacional, instalado bajo los beneficios de la pampa húmeda y usufructuario de esa riqueza. Es la medida histórica, con que estableció los parámetros de la actuación humana robustecida desde el Pacto de San José de Flores.

Su mérito esencial consiste, sin embargo, en haber proyectado un tipo de país, que pudo sobrevivir a las dificultades internacionales, crecer y desarrollarse hasta ocupar un rango importante entre las naciones del mundo, lo que merece nuestra gratitud y nuestra admiración. Quizá parezca excesivo decir que toda nuestra época tiene una relación directa con este breve tratado de efecto a causa. Buenos Aires, conjuntamente con el Uruguay estuvo a punto de formar un país independiente y tal es la tesis del periodista Juan Carlos Gómez, sostenida por un grupo importante de la intelectualidad porteña. Se habría desnaturalizado la fusión del Plata y el interior. El Pacto de Unión aventó estas posibilidades y creó en un marco de libertad jurídica, los elementos que conforman la Argentina de nuestros días.

Quizá nos reste agregar unas pocas palabras para con su verdadero realizador, el general Urquiza. En la guerra con el Paraguay vio cómo su an-

tiguo amigo, Francisco Solano López, que tanto sentido común, equilibrio, dignidad y buena voluntad, puso a las delicadas negociaciones que le tocó realizar, hasta poder afirmar que muchas vidas fueron salvadas merced a su labor, cómo este hombre, decimos, se transformaba en un férreo dictador de su país, iniciaba una guerra desastrosa en pos del ideal de restablecer el "equilibrio del Plata amenazado", atacaba inconsultamente nuestra patria y terminaba cayendo como un héroe troyano en los confines de la selva, en Cerro Corá, a orillas del río Aquidabán. Sin duda había desenvainado su espada de Cepeda con honor pero había destruido un pueblo, el suyo propio, con valor, pero sin prudencia.

Urquiza permaneció en esas circunstancias, fiel a los intereses de su patria y en correspondencia con Mitre puede advertirse su preocupación por este lamentable episodio de nuestra historia que nos obligó a intervenir sin proponérselo.

En los días de su presidencia, Sarmiento se reconcilió con él y en una serie de cartas, ambas figuras, dominadas las pasiones de la juventud, reconocieron muchos de sus errores con franqueza y altura. Tras una visita del Presidente que realizó en la casona de San José, el vencedor de Caseros cayó inicuamente asesinado bajo el puñal de una partida de Simón Luengo el 11 de abril de 1870, lo que habría de costar a la nación la sangrienta guerra civil contra las huestes de Ricardo López Jordán.

La vida argentina se siguió desarrollando como lo hacen los pueblos, agitando sus propias leyes, pero unida definitivamente. Por eso la memoria del gran entrerriano sigue viva en el recuerdo de la historia y de toda su obra, el Pacto de Unión es el más importante de sus hechos. □

DICCIONARIO DE ARGENTINISIMOS

por Emilio J. Corbière

Lisandro de la Torre y la "década infame"

"No es, señor presidente, la civilización del mundo la que quieren salvar; es la civilización que toca directamente a sus intereses, sus goces, su poderío y su dominio del mundo por el dinero."

La vida de Lisandro de la Torre está íntimamente vinculada a la formación y desarrollo del Partido Demócrata Progresista, a través del cual estructuró las ideas y los intereses de los pequeños ganaderos y chacareros santafecinos logrando el apoyo de algunos sectores intelectuales liberales pertenecientes a la pequeña burguesía porteña.

Es que la historia de la democracia progresista, desde que su fundador y líder rompiera con el radicalismo en 1896, fue de algún modo la búsqueda de una alternativa que expresara los sentimientos e intereses de fuerzas políticas minoritarias pero globalmente importantes, postergadas por los partidos dominantes.

El PDP fue un típico partido de cuadros, que se desarrolló en Santa Fe, precisamente en el sur de esa provincia (la "pampa gringa"), y alcanzó cierta importancia en la Capital Federal, Chaco, provincia de Buenos Aires, Corrientes y las colonias galesas de Río Negro. En el resto del país, su accionar fue limitado. Junto a de la Torre se destacaron políticos de talento como Luciano F. Molinas, Juan José Díaz Arana, los hermanos An-

telo, Francisco "Pancho" Correa, Julio A. Noble, Agustín J. Alvarez, Roberto Rois, Hilmar Di Giorgio, Camilo Muniagurria y los hermanos Bordabehere.

El viejo liberal progresista, que fue de la Torre, en su última etapa política redefinió una clara orientación nacional y democrática: la defensa de vastos sectores de la población y de las riquezas nacionales, enfrentándose a los monopolios.

Ya lo había preanunciado cuando trató de diferenciarse de los políticos oligárquicos de extracción conservadora. "Ustedes son conservadores, dijo, clericales, armamentistas, antiobreristas, latifundistas, etc., etc., y nosotros somos demócratas progresistas, de un colorido casi radical socialista. ¡Vaya usted a fusionar eso!... Ustedes no son conservadores únicamente de nombre, lo son de espíritu, y no quiero que existan dudas respecto de mis tendencias absolutamente liberales y progresistas".

Político a la europea, quiso llevar a su partido —después del treinta— las ideas corrientes en los partidos de centroizquierda (el radical-socialismo francés): laicismo, un programa li-

beral aunque alejado del liberalismo económico clásico, defensa de las riquezas naturales del país y de los pequeños ganaderos frente a la acción de los invernaderos y de las grandes empresas monopolistas inglesas.

La Liga del Sur, de 1907, que reunió de la Torre, sus amigos y los sectores más progresistas del conservadurismo —entre otros, Joaquín V. González e Indalecio Gómez—, fue un experimentado federalista y municipalista, dos principios que serían mantenidos por el PDP. Toda la política de esos años llevó la impronta de una profunda aversión hacia Hipólito Yrigoyen y por lo tanto hacia el radicalismo. Eso limitó por años una evolución, que recién tras la crisis del treinta y el fallecimiento del caudillo radical, permitieron definir las pautas programáticas definitivas de la singular concepción laterrista.

Algunas de esas ideas habían estado presentes en la reforma constitucional de 1921, en Santa Fe, alentada por el PDP, constitución derogada por el gobernador Enrique Mosca, a instancias de Yrigoyen. En ese cuerpo legal se establecía la concesión a ca-

da distrito rural del derecho a elegir por el voto de vecinos contribuyentes a las autoridades policiales, comisión de fomento, justicia de paz y consejo escolar; el intendente municipal electivo, nueva ley electoral estableciendo la representación de las minorías; reforma del sistema tributario sobre la base de hacer libre al trabajo; la separación de la Iglesia y del Estado, el laicismo en materia de instrucción pública.

Pocos meses antes de quitarse la vida, de la Torre supo recordar al viejo caudillo radical, con quien se enfrentara durante largos años: "Régimen falaz y descreído, dijo un día Hipólito Yrigoyen. ¡Profunda verdad a pesar de la mala retórica!". Porque los mismos enemigos de Yrigoyen fueron los que armaron la mano criminal que buscando su cuerpo, asesinó por la espalda a Enzo Bordabehere, entrañable amigo y camarada del líder demoprogresista.

Sobre ese crimen prohibido por los testamentos de la oligarquía supo decir el senador socialista Mario Bravo: "No ha sido este crimen el final de un duelo de pasiones o de ideas. Ha sido la ejecución calculada, prevista, preparada. Se encontró al asesino y se pactó con él un contrato de locaciones y servicios. Se le abrió el camino desde el hampa hasta el Senado de la Nación".

Después del 30

En los años cruciales que comienzan con la crisis nacional e internacional del 30, de la Torre enderezará directamente hacia causas populares. Es cuando realiza la investigación del comercio de car-

nes. El 1 y 8 de septiembre de 1934 sostiene en el parlamento: "el ministro argentino, señor Duhau, parece el ministro de algunos de los dominios británicos". "El ministro de Agricultura sabe perfectamente que los frigoríficos constituyen un monopolio escandaloso; el ministro de Agricultura sabe perfectamente que realizan ganancias ilícitas; el ministro de Agricultura sabe mejor que yo que se quedan con la mitad de los cambios". "Esta es obra del monopolio...; pero nunca se ha visto un gobierno como el actual y sobre todo un ministro de Agricultura como el actual, entregado desembozadamente a la tarea de impedir que comience, aunque sea débilmente, la exportación cooperativa del ganado argentino".

Más adelante, de la Torre denunciaba los beneficios que los intereses monopolistas obtenían del gobierno de la "década infame": "Incumplimiento de leyes; suspensión del cobro de multas; falta de fiscalización en el pago de impuestos, regalo de un 25 por ciento de divisas; tolerancia del apoderamiento de los beneficios en el cambio; ocultación de los bajos precios de compra de los novillos; mediante la publicación de estadísticas inexactas; ignorancia igualmente oficial de los precios de venta, persecución a las compañías frigoríficas argentinas; regalo de la cuota del 11 por ciento durante dos años a los frigoríficos del pool extranjero; aceptación de que los argentinos sean inhibidos por Inglaterra sea dueña de mantener un monopolio sobre la exportación del 85 por ciento de la carne argentina, eligiendo ella los importadores, condición deprimente esta



Lisandro de la Torre fue denominado por la opinión pública "El Fiscal de la Patria". Enfrentó la política económica y el fraude electoral durante la década del 30.

última que no se ha atrevido a imponer ni a sus propios Dominios".

Una línea popular

Tras el asesinato de su compañero Enzo Bordabehere, el líder de la democracia progresista señala a los culpables: "Las oligarquías financieras se entrelazan con las oligarquías y del conjunto surge una reacción antidemocrática".

El 1º de Mayo de 1936, el hombre de la Alianza Demócrata-Socialista, de 1931; concurre al mitin or-

ganizado por la Confederación General del Trabajo. Allí, de la Torre proclama: "Adelante, para construir una nueva patria en la que la riqueza nacional y el trabajo manual no sean inicuamente explotados". Tres meses después, en un dramático discurso en el Senado recapitula su larga vida pública: "He aquí bosquejada mi larga y estéril vida pública. Ni las oligarquías, ni las dictaduras, ni el desorden demagógico, me han tenido a su servicio y por eso no he llegado a ninguna parte". En su intervención par-

lamentaria del 21 y 22 de diciembre, junto a Bravo y Laurencena, formuló su oposición a un proyecto de represión de actividades comunistas. Tras ese proyecto se trataba de reprimir las ideas: "No soy comunista, señor presidente. Trabajo en contra de la revolución comunista, mientras los reaccionarios trabajan a favor de ella en su incompreensión de las ideas y de los tiempos".

Con la muerte trágica de Lisandro de la Torre, el país perdió a uno de sus hijos más lúcidos en la lucha por el progreso social. Polemista agudo —sufrieron sus duras críticas Juan B. Justo, Federico Pinedo y Gustavo Franceschi—, escritor parlamentario periodista usó de todas las armas que la democracia ofrece para contribuir a la transformación nacional y el bienestar popular. Fue uno de esos tres jefes —junto a Yrigoyen y Justo—, que inspiraron las fuerzas de la democracia argentina en los años finiseculares frente a las élites y los representantes del atraso económico, político y social.

De él dijo con acierto Raúl Scalabrini Ortiz, al recordarlo cálidamente en 1957: "¡Lisandro de la Torre —viejo macanudo— te evoco para que nos asistas con la presencia de tu recuerdo! Nuestra lucha es aún más ardua, porque no tenemos ni tu prestigio, ni tu elocuencia, ni tus conocimientos, ni tu experiencia; ni tu barbita consular, ni tu inteligencia, ni tus inmunidades parlamentarias. Te evoco para que no nos hurten tu figura los enemigos de la patria y estés, como debes estar —incrédulo santo laico— sentado a la diestra de la verdad ciudadana!". □

ROCA, PIONERO RURAL

por María Sáenz Quesada

El general Roca en "La Paz", Ascochinga, la estancia que aportó Da. Clara Funes al matrimonio. Pero allí Roca no se sintió estanciero...



La Generación del Ochenta no innovó sólo en cuestiones políticas: su interés se orientó muy especialmente a impulsar ciertas modificaciones indispensables en la estructura agropecuaria del país. Fue así como los mejores talentos literarios y políticos, los hombres de negocios destacados y en general las figuras relevantes de la sociedad de la época, demostraron en escritos y discursos tanto como en su obra pública ese afán por promover las industrias rurales argentinas. Casi todos ellos corroboraron su vocación campesina fundando prósperas estancias.

Julio A. Roca, Estanislao Zeballos, Miguel Cané, Eduardo Casey, Rafael Obligado, Manuel Quintana, los hermanos Duggan, Miguel A. Lima, Ramón J. Cárcano, Dardo Rocha, entre otros, son buenos exponentes de esa inquietud colectiva típica de una época en la que cualquier prestigio de índole política, económica, social y hasta cultural, necesitaba del sólido apoyo de un establecimiento rural para consolidarse.

EL NUEVO MODELO DE ESTANCIA

Pero la cuestión no era exclusivamente comprar o heredar tierras

en un punto de la pampa húmeda y dejarlas libradas a la buena de Dios. Estaba pasado de moda el viejo modelo de estancia, poblada con hacienda criolla, a menudo alzada, alimentada con pastos duros y expuesta a frecuentes sequías y a la voracidad de los perros cimarrones. Tampoco resultaba admisible que el casco consistiera en unos míseros ranchos de techo de paja, similares a los que albergaban a la peonada; ni era conveniente que en las propiedades bien administradas, parientes y agregados, vecinos y peones, disfrutaran a su modo de los bienes del hacendado, sembrando gratis en el predio, boleando avestruces sin permiso o carneando subrepticamente reses. Con todo, la novedad más importante consistía en la desaparición de los malones que periódicamente pusieron a prueba el coraje de los pobladores de la frontera.

En el período que se cerró en 1879 con la expedición al Río Negro, cualquier habitante de las zonas fronterizas, fuera modesto ocupante o gran estanciero, debía contar con sus propias aptitudes para superar las dificultades del medio. El hacendado que se aventuraba en esas soledades carecía de la protección estatal, sólo visible en los pre-

carlos fortines instalados aquí y allá en medio de la llanura. Por eso únicamente triunfaban los hombres audaces al estilo de Clemente López Osornio en el siglo XVIII, de Juan Manuel de Rosas o de Francisco Ramos Mejía a principios de la centuria siguiente o de los vascos resistentes y astutos como Pedro Luro y Ramón Santamarina durante la Organización Nacional.

Una historia relatada por John W. Maguire en **Loncagüé**, demuestra a qué grado de fortaleza llegaban estos pioneros. Este autor narra la aventura de Diego Gaynor, Juan Maguire y Patricio Mac Donnell, tres socios de origen irlandés que fundaron el establecimiento Loncagüé en 1860. En cierta oportunidad el último de los nombrados, don Patricio, enfrentó acompañado por sus peones un malón de los muchos que asolaron esos pagos de Nueve de Julio. Trabado en combate de a pie con dos indios, el gigantesco hacendado que media dos metros de altura, golpeó las cabezas de sus enemigos con ambas manos hasta que les partió el cráneo.

Consumada la conquista del desierto, tales prodigios no eran necesarios. Bastaba el dominio de las destrezas crólicas tradicionales y la habilidad suficiente para evitar la



puñalada con que uno u otro gaucho díscolo procuraba **madrugar** al patrón. Incluso autores camperos muy respetables, como Carlos Lemée se atrevían a sostener que con el precio que en 1887 habían alcanzado los campos, "los intereses del capital que representan no se pagan con jinetear". Y Estanislao J. Zeballos que a sus talentos de político unía el manejo de su cabaña El Carmen (Lobos), fundada en 1883, ponía como ejemplo el establecimiento rural Poronguitos de don Claudio Stegmann donde faltaban boíeadoras, lazos y hasta gauchos auténticos.

Los pioneros rurales del Ochenta tenían clara conciencia de las ventajas de que disfrutaban. Sobre todo agradecían la paz establecida por el régimen roquista, que alejaba la guerra civil endémica que retrasó por tantos años el desarrollo agropecuario rioplatense. Todavía en pleno año 80 las tropas del general Racedo, vencedoras en el combate de Olivera, no vacilaron en prepararse un asadito de oveja con los mejores ejemplares de la célebre cabaña vecina, Las Acacias, propiedad de la familia Olivera gran promotora de la mestización lanar. Y este episodio no era sino la repetición de otros que habían ocurrido en la década de 1820 por obra de los cau-

dillos, o en 1840 cuando los ovinos de los Ramos Mejía fueron ajusticiados por ser **extranjeros y sarnosos**. Con razón Zeballos se admiraba al comprobar los progresos realizados por la ganadería argentina en medio de luchas cruentas. Los consideraba superiores comparativamente a los obtenidos por otros países productores en el mismo período.

Roca era el artífice de la nueva paz obtenida en la República. Los hacendados reconocían su liderazgo. Miguel A. Lima, dueño de la floreciente cabaña La Rosa (Zárate) que ganaba numerosos premios en las exposiciones de la Rural, le dedicó su libro **El hacendado del porvenir** en 1885, pues gracias a la paz implantada por su gobierno el país se hallaba en condiciones de trabajar, de desarrollar el espíritu de asociación y de extender la agricultura sobre bases colosales.

Con notable optimismo Eduardo Casey, uno de los hombres de negocios más audaces de la década, expresa su confianza en el futuro argentino diciendo: "Europa no es nada al lado de nuestro país, el más rico y grande del mundo. Allí se paga por un **beefsteak** más que por una res ovina aquí. Tendremos que luchar hasta conseguir el medio de hacer conocer allí nuestros

productos. Buscaremos formar frigoríficos y el medio de transportar haciendas en pie a Europa"... Todo un programa económico inmediato surge de las palabras que Casey repetía a sus amigos y que él mismo, en su meteórica carrera, logró concretar parcialmente.

El entusiasmo del pionero irlandés, fundador de Venado Tuerto, no representaba una actitud aislada sino un sentimiento colectivo que hoy resulta difícil imaginar. Lo compartían argentinos eminentes como Zeballos y el propio José Hernández, entonces senador provincial, en su obra **Instrucción del estanciero** (1881).

Hernández aplaudía la inserción de la república en los mercados mundiales. La **Instrucción**, que agotó sucesivas ediciones, afirmaba: "Como país productor tenemos asignado un rol importante en el gran curso de la industria universal... Por muchísimos años todavía, hemos de continuar enviando nuestros frutos naturales, para recibir en cambio los productos de sus fábricas, que satisfagan nuestras necesidades, nuestros gustos o nuestros caprichos. Nuestro país con su industria ganadera gira y se desenvuelve dentro del círculo de las naciones civilizadas. La América es para la Eu-



El viejo arreo: hasta que llegó el ferrocarril la hacienda, magra y guampuda, se llevaba en tropas.

ropa la colonia rural. La Europa es para la América la colonia fabril".

Sin duda el crecimiento sostenido de la Argentina justificaba ese optimismo. Ni siquiera la crisis de 1890, que quebró muchas fortunas e hizo bajar los valores de los campos, logró interrumpir el progreso agropecuario. Entre las ventajas más notorias estaban las facilidades del transporte internacional, abaratado gracias a la caída de los fletes marítimos, el aumento de los ferrocarriles cuya llegada a un punto del territorio modificaba el panorama económico de la región, la presencia de nuevos rubros exportables, sobre todo cereales y carnes congeladas. De este modo, la joven república rioplatense enviaba lanas a las fábricas de Francia, Bélgica y Alemania, ovi-

nos congelados a Inglaterra, animales en pie a los países limítrofes, tasajo —negocio decadente, pero todavía rentable— a Brasil y Cuba. Los cereales constituían al finalizar la década sólo un 16 % del total de exportaciones, pero mantenían un ritmo ascendente que no hizo más que intensificarse.

Tantas oportunidades de buenos negocios impulsaban la renovación agropecuaria. Por un lado estaba la infraestructura básica que nadie sino el Estado podía ofrecer y que Hernández resumía en el reclamo de una red de caminos generales y vecinales; la construcción de puentes, muelles y ferrocarriles, la difusión de la enseñanza especializada de agricultura, zootecnia y veterinaria y una enérgica policía de cam-

paña que reprimiese a los cuatreros y asegurase el ejercicio de la propiedad. El gobierno nacional cumplió en parte tales expectativas con la ejecución de las obras de los puertos de Buenos Aires y Bahía Blanca, la mejora del de Rosario, la fundación de la Escuela Agronómica de Santa Catalina y el tendido de nuevas líneas férreas.

Lo demás en ese esquema liberal y positivo de desarrollo económico corría por cuenta del estanciero. Este, por otro lado, no veía cuestionado su derecho a poseer el número de hectáreas que quisiera, pero sus colegas y la sociedad misma a través de sus voceros más autorizados, criticaban a aquellos que dejaban sus establecimientos al arbitrio de una mala administración. Entre los nue-

En coches como éste se trasladaba la familia del patrón a las estancias, todavía lejanas.



vos hacendados surgidos de la política del Ochenta había algunos tan progresistas que desdeñaban todo consejo inspirado por la tradición. Ramón J. Cárcano escribe en *Mis primeros ochenta años* que cuando fundó la Ana María (1886) en el nordeste de Córdoba, no contempló la experiencia de sus rústicos y rutinarios vecinos, que "tienen poblada la cabeza de prejuicios y errores". El juvenil líder de la juventud liberal de la dócta, que mostró su anhelo de sentar cabeza al organizar una estancia, la convirtió en "establecimiento experimental, laboratorio y taller de trabajo" en el que por primera vez en la Argentina se vacunó contra el carbunco y se importó la raza Polled Durham. Veinte años más tarde la Ana María figuraba entre los campos mejor administrados de la República.

Otros hacendados siguieron una línea similar y aplicaron cada vez mayor capital e inteligencia a sus explotaciones de acuerdo a las necesidades de la época y a las posibilidades de los mercados. Muchos escucharon la sugerencia hecha por Benigno del Carril, que aplicó un ingenioso sistema de cultivos combinados con ganadería en sus campos de Rojas. Carril informó de la novedad en un artículo publicado por los *"Anales de la Rural"*, en 1892, mencionado por Horacio Giberti en su conocida *Historia económica de la ganadería argentina*.

De este modo se intensificó el cultivo de cereales en la provincia bonaerense a cargo de colonos italianos, centroeuropeos y españoles, que luego de tres años de sembrar trigo, lino o maíz, dejaban el campo sembrado con alfalfa, listo para engordar animales finos.

La discusión de tales experiencias, la compra de hacienda de mejor calidad, el estudio de las ventajas de la agricultura, la lectura de libros y revistas especializados, la adquisición de maquinaria rural en casa de don Miguel Lanús o en algún otro negocio autorizado, la asistencia a las exposiciones que periódicamente organizaba la Sociedad Rural, todo ello constituía el nuevo mundo del estanciero. De acuerdo al testimonio de Miguel A. Lima, bastó una década para modificar el quietismo de los terratenientes.

Cuando en 1876 este infatigable autor publicó *El estanciero práctico*, la obra pasó inadvertida pues nadie que no fuera un patán se ocupaba entonces de cuestiones agropecuarias. La gente prefería discutir de política y estar al tanto de las minucias de la vida europea. Sólo una minoría ilustrada —cuyo pionero había sido don Eduardo Olivera— se interesaba por las industrias rurales. Doce años más tarde, al editarse *Los centros agrícolas* la situación ha variado: "Todos leen tra-



Clara Funes, esposa de Roca, que introdujo al general en la sociedad cordobesa.

tados sobre ganadería, agricultura, etc., etc., en el Club, en la prensa y en las cámaras se tratan estas saludables cuestiones con atención, y los diputados y senadores de la provincia de Buenos Aires se encuentran hoy con sorpresa de ellos mismos, obligados a saber cómo se mata el acarius, se siembra en pelos o se ventean los linos, cebadas y avenas".

El auge de las revistas especializadas como *El Noticiero Agrícola* (1880); *La Revista Argentina de Ganadería y Agricultura* (1880/81) de

Daniel Nackiernan o la *Revista de Ganadería*, de Huss y Cía. (1881/82) además de los *Anales de la Rural* y del *Boletín del Departamento de Agricultura*, son índice de esa nueva inquietud por mejorar los establecimientos rurales. Una sola de estas publicaciones, *La Revista de Ganadería*, se ufana a un año de su aparición de contar con 1.600 subscriptores.

El nuevo modelo de hacendado que los escritores de la década ensalzaron, se personifica en el general Julio A. Roca.

EL ESTANCIERO DE LA LARGA

El planteamiento de la estancia La Larga en el entonces partido de Guaminí, puede servir de ejemplo del tipo de gran establecimiento rural en el sector oeste de la provincia porteña. El presidente Roca contó sin duda con las ventajas del poder para poblar su campo, pero supo aplicar a la explotación las mismas condiciones que aplicó en el terreno político: objetivos claros y tenacidad para alcanzarlos, prudencia, cuidadosa selección de los hombres, voluntad de triunfo y ese cariño por la obra iniciada sin el que toda empresa corre el riesgo de fracasar. Roca que por su doble condición de primer mandatario y jefe del partido autonomista nacional estaba al tanto de lo que ocurría en la República y en el mundo, se condujo con una visión global de los problemas de la producción.

La Larga surge de la donación de veinte leguas de terreno hecho por la Legislatura de Buenos Aires al conquistador del desierto en 1881.



La estancia vieja: alero, ventanas enrejadas y un mirador para distinguir el malón... Un fuerte en medio de la pampa.

José Arca explica que fue el Poder Ejecutivo quien designó el paraje y no el propio interesado, según decía inicialmente el proyecto y era corriente entre los agraciados con premios militares. Para el Zorro, La Larga significó algo más que un triunfo económico: socialmente tener campo en Buenos Aires resultaba una victoria moral que convertía al joven general tucumano, hasta poco tiempo atrás un desconocido en la capital porteña, en hacendado de la pampa húmeda. Por su casamiento con Clara Funes había heredado una estancia en La Paz en los faldeos de la serranía cordobesa, pero los campos de Guaminí eran otra cosa.

En 1883, en pleno ejercicio de su primer mandato presidencial, Roca inicia la población del establecimiento. No esperó —destaca Arce— que el premio en tierras se valorizara por obra de los demás. Prefirió convertir al desierto en una de las muchas buenas estancias de la zona. La empresa le llevó varios años.

No todos los militares premiados por el gobierno realizaron con éxito sus experiencias rurales. La mayoría careció del indispensable capital o de la vocación y la capacidad suficiente para crear un establecimiento rural. En cuanto a Roca, sus campos, potencialmente buenos, se hallaban expuestos a los inconvenientes de los que hasta poco tiempo atrás habían sido tierras de afuera: límites imprecisos en los predios, bandidaje, pastos duros sin refinar, lentitud en las comunicaciones, etc. Había desaparecido la amenaza del indio, pero el bandidaje y el vagabundaje seguían siendo de rigor. Todavía el ferrocarril no llegaba a esos pagos, que el general sólo conocía por planos. Ignoraba además la verdadera calidad de los pastos, el régimen de lluvias y el número de pobladores precarios que albergaba.

Todas estas cuestiones preocupaban a Roca cuando en 1883 encargó a Marcos Sastre, un capitán del ejército muy vinculado a su persona, empezar la población. La correspondencia entre el presidente y su mayordomo, publicada por José Arce, sirve de inapreciable testimonio para conocer por dentro los problemas de las nuevas estancias del oeste.

Sastre parte desde Azul, el centro importante más próximo a Guaminí, con el propósito de tomar posesión directa de las leguas concedidas. Piensa ocupar solamente seis. El resto será arrendado. El general autoriza tolerancia para con los pobladores sin títulos que habitan el pago y que comprenden tanto tolderías de indios sometidos como ranchos de blancos pobres. Como no se puede poblar todo de golpe, esta gente puede quedarse mientras no estorbe los planes del administrador. La toma de posesión efectiva será el primer paso. El se-

gundo, juzgado ya indispensable en un ganadero moderno, consistirá en cercar el predio.

El alambrado era la mejora indispensable que preconizaban los manuales camperos. Es este invento lo que hizo posible establecer un buen sistema policial, calcular lo que puede resistir un campo, y alejarlo de las *misturas* de hacienda y los conflictos entre linderos. Roca por el momento decide alambra las seis leguas que poblará de inmediato. En setiembre de 1883 escribe que sólo espera la llegada del ferrocarril a Sauce Corto para enviar el material.

Esta expectativa del presidente respecto a la llegada del riel, embargaba a todos los grandes criadores en circunstancias similares y explica la estrecha relación entre la

das de moda, exigidas por los recién creados frigoríficos. Se adecuaban mejor que los merinos a las necesidades de las necesidades de las fábricas de carne congelada que, debido a sus limitaciones técnicas, no estaban en condiciones de faenar vacunos. Y los estancieros argentinos, interesados en adaptarse a los requerimientos del mercado exterior, iniciaron hacia 1885 la conversión de sus 40 millones de merinos en otros tantos millones de Lincoln, según recuerda Heriberto Gibson en *La evolución ganadera*.

Roca marchaba a tono con la opinión de sus colegas hacendados. Criaba lanares pues su carne y su lana se colocaban a buen precio. Desdeñaba los vacunos que en esos campos del oeste tenían poco va-



Una comisaría de campaña, hacia 1870. Para los estancieros era importante manejar los mecanismos políticos locales.

política y el nuevo sistema de comunicaciones. Una estación ferroviaria cerca del campo garantizaba la valorización del predio y puede suponerse las intrigas a que daría lugar en el más alto nivel el trazado de una línea o la pequeña modificación en su recorrido que produciría el milagro. En setiembre de 1884 el ferrocarril Sur llegó a Bahía Blanca y facilitó no sólo la empresa del Zorro sino el crecimiento integral de la región.

Seis años después estaba completamente cercado el perímetro de La Larga. Merced al alambre pudo iniciarse la cría de animales finos. Como era de rigor en la década del 80, el establecimiento se dedicó prioritariamente a los ovinos. Ejemplares Lincoln, adquiridos a la excelente cabaña de Domingo Frías, poblaron el campo. Eran las maja-

lor; se los empleaba para refinar los pastos, pero la carne no la consumía el abasto local debido a la falta de centros poblados de cierta envergadura. El general recomienda a su mayordomo comprar novillos "Si son muy buenos y una pichincha" pues "este artículo tiene que desmejorar hasta que no encontremos una salida para nuestras carnes" (1886). Tampoco la agricultura resulta un negocio. Escribe Roca:

"Ma parece que las sementeras de trigo no han de convenir en estancias tan lejanas. Habrá años que no se saquen ni los gastos. Ahora, a pesar de los grandes precios por la pérdida de las cosechas en Europa, el beneficio será muy insignificante. Agregue a esto las contingencias de la agricultura. Lo mejor y más conveniente es consagrarse exclusivamente a la estancia, del

cuidado de los animales y no sembrar. Alfalfa sí, todo lo que pueda".

Hacia 1885 la agricultura del litoral bonaerense daba rendimientos superiores a los de las tierras ubicadas en lo que Roberto Cortés Conde denomina el eje bonaerense pampeano. Roca, el primer político de su tiempo, estaba empeñado en hacer de La Larga un negocio. Por eso postergó los cultivos y antepuso la cría de ovinos a la de vacunos: por razones estrictamente empresarias. Su doble condición de presidente y productor rural lo llevaba a tratar de encontrar salida para nuestras carnes y hallar así, en forma simultánea, soluciones para el erario público y para su propia economía familiar.

En la estancia, ciertos elementos recordaban que se trataba de la propiedad del victorioso general. Uno de los toros estaba bautizado con el nombre de Naembé —triumfo de Roca sobre los jordanistas—. Y el indiecito Daniel, muy vivo y alfabeto, que Roca envió a su mayordomo, evoca la servidumbre forzosa a que estuvieron sometidos los vencidos en la Conquista.

El Zorro mide el valor de la experiencia ajena sobre todo la de la élite especializada en cuestiones rurales. Consulta al señor Lanús, importador de molinos de viento, sobre problema del agua. Menos intransigente que Cárcano, o tal vez rodeado de propietarios más progresistas, recomienda a Sastre atenerse a las observaciones de don Gregorio Soler, vecino de confianza y, en general, tener mucho cuidado con las innovaciones que se aparten de las reglas que siguen los estancieros aconsejados por la experiencia, "se puede decir de siglos". Es curioso que el único libro especializado que cita esta correspondencia sean las *Instrucciones de Rosas a los mayordomos*, redactadas sesenta años atrás. Roca la envía a su administrador, haciendo la salvedad de que a pesar de algunas *sonceras*, la obrita contiene atinadas advertencias. No en vano el hacendado de La Larga es el mismo general que siguió el plan de Rosas en su expedición al Río Negro.

Otras experiencias felices y recientes estaban al alcance del presidente: en las tertulias de la capital, conversaba con los grandes criadores más entendidos que él en la materia. Fruto de esas charlas serían sugerencias oportunas y el envío de algún regalo principesco, como las 1000 ovejas Lincoln y dos manadas de yeguas con buenos padres que Unzué obsequió a Julito, hijo del general, a modo de soborno campero.

La Larga prospera gracias a la buena administración y al campo mismo que pronto demuestra su calidad inmejorable. El dueño lo visita



El general Roca y sus tres hijas, en su casa de Buenos Aires.

lo más que puede y exige informes quincenales a su mayordomo. En 1887 se edifican las casas, se forma un parque y se plantan casuarinas y álamos. Clara Funes da recomendaciones especiales para el cultivo de la vid. Labradores italianos se ocupan de sembrar alfalfa.

La politiquería local preocupa más en La Larga que la alta política nacional. Julio A. Roca participa de ambas pues controla a un tiempo la elección de Presidente, la de gobernador y la de juez de paz de Guaminí. Todas esas condiciones no logran evitar que en el pago muerdan los cuatrefos. "Si a usted —Sastre— que tiene un cargo y jerarquía lo saquean, qué no será a las pobres gentes que no tengan mayores medios de defensa. Escríbale al jefe de policía, señor Domínguez, avisándole todo lo que

pasa y le dice que lo hace por indicación mía".

En 1889 recomienda trabajar por la candidatura a gobernador de Julio Costa, "es el único candidato que hay y todo el mundo vota por el mismo", afirma burlescamente. En realidad la dirección de la politiquería local quedaba a cargo del mayordomo que a manera de pequeño dictador pueblerino reflejaba en el pago el poderío de su patrón. Ordena el general: "Mándeme a vuelta de correo los candidatos que tenga para juez de paz, substitutos, alcaldes, comandante militar, comisario de policía, etc., etc., que tenga para el nuevo partido, que el proyecto de un momento a otro será ley y el gobernador me ha prometido que nombrará a los empleados que yo le indique. Vea que sean buena gente", advierte y agrega:

"la residencia de la comisaría y del juzgado, por ahora pueden ser en la estancia, hasta que se determine el pueblo en los campos fiscales".

El mayordomo de una gran propiedad rural solía ser más mandón que el propio dueño. Algo de eso le ocurrió a Sastre. "Por las regiones oficiales de la provincia tiene usted fama de arbitrario y despótico y mucho me temo que si no se consigue la creación del nuevo partido de Solís, sea por el recelo de que en él vaya a dominar y convertirse en tirano", observa el general que por lo visto no imponía su voluntad tan despreocupadamente como su empleado, que en la capital dominaba el arte del diálogo y del acuerdo.

La Larga no había sido sino el comienzo de las propiedades de la familia Roca en la pampa húmeda: asociado con sus hermanos Ataliva y Alejandro, el Conquistador del Desierto poseía muchas leguas más, entre ellas La Carraga (Aresco) y un enorme campo cercano al Río Cuarto. Ataliva había colocado sus boletos de premios en la vecindad de La Larga. En suma, la familia practicaba la cría y el engorde sin salir de sus predios. Sin duda los Roca eran ya un poderoso tronco de estancieros.

En pocos años Roca se había encariñado tanto con sus estancias como con la política nacional y es probable que las primeras le dieran más sólidas satisfacciones que la segunda. Hallándose en Buenos Aires, lo mismo que en Europa, sus preocupaciones llegan hasta sus alejados campos del sudoeste bonaerense. Desde París o desde Londres mantiene esa obsesión del hacendado por los caprichos de la naturaleza de los cuales depende su fortuna. ¿Habrá seca?, se pregunta. Otras veces lee los diarios del continente y se alegra al saber que hay malas cosechas en Europa porque ello significa colocar a buen precio la producción argentina. Lejos de la patria, crecen sus añoranzas.

"A la distancia —escribe— se tienen deseos de conocer y con más detalles sus intereses y todo lo que deja. Es un medio también de no aburrirse tanto por estos mundos que no son tan divertidos como se cree por ahí"... Roca es ya el hombre mundano, casi forzado a viajar por necesidad de su situación social, las presiones familiares y las ventajas políticas de alejarse del teatro de los sucesos. Pero es también el hacendado nato, pendiente de las pariciones y las cosechas y disgustado porque sus administradores no escriben con suficiente frecuencia.

Ya viejo, el Zorro parece más afechado que nunca a sus propiedades rurales. Juzga "la vie à la campagne" útil y amena para él un estan-

ciero y la recomienda a su hijo, Julio, futuro vicepresidente de la república. A pesar de sus años el general se siente a gusto ocupado todo el día en la cada vez más sofisticada administración de La Larga. Lo atrae la sociedad de la campaña porteña, diferente del ajeteo casi ciudadano de La Paz (Córdoba), y considera su presencia allí indispensable. Poco antes de su muerte, ocurrida en 1914, expresa: "Dudo que nadie pueda suplirme en el gobierno de La Larga, como no me han suplido hasta ahora en el gobierno de la Nación".

Concluía en el mundo europeo la llamada *belle époque* mientras en una de las regiones marginales de ese mundo, la pampa húmeda, un



Capataz de estancia de la provincia de Buenos Aires, hacia 1880. Nótese el apero criollo y la estampa retacona del caballo.

ex presidente comparaba todavía el manejo del Estado con la administración de un establecimiento rural. En ambas actividades, la de gobernante y la de hacendado, se sentía exitoso. Roca, el más notable representante de su generación, había triunfado políticamente al organizar un régimen estable que se sostuvo con altibajos hasta la crisis de 1930. En el orden personal supo ser, según lo exigía el espíritu práctico de su tiempo, un eficaz estanciero, productor de carne y cereales para los mercados europeos en los que la Argentina se había insertado plenamente durante la hegemonía del Zorro en la dirección de la República.

BIBLIOGRAFIA

Arce, José. *Origen de La Larga*; con apéndice documental. Publicaciones del Museo Roca, Ministerio de Educación y Justicia, Buenos Aires, 1964 (Estudio III).

Cárcano, Ramón J. *Mis primeros ochenta años*. Buenos Aires, Sudamericana, 1944.

Cortés Conde, Roberto. *Los nuevos territorios argentinos*. (En: *Tierras nuevas, expansión territorial y ocupación del suelo*). (Siglos XVI y XIX). México. El Colegio de México, 1973.

Gallo, Ezequiel. *La gran expansión económica y la consolidación del régimen conservador, 1875-1890*. (En: *Argentina, La República Conservadora*). Buenos Aires, Paidós, 1972.

Gilberti, Horacio. *Historia económica de la ganadería argentina*. Buenos Aires, Solar/Hachette, 1970.

Gibson, Heriberto. *La evolución ganadera*. (En: *República Argentina, Censo Agropecuario Nacional*). Buenos Aires, Talleres Gráficos de Publicaciones, 1909, t. III. *La ganadería y la agricultura en 1908*.

Hernández, José. *Instrucción del estanciero*; tratado completo para la plantación y manejo de un establecimiento de campo destinado a la cría de hacienda vacuna, lanar y caballar. Buenos Aires, Casavalle, 1881.

Lemée, Carlos. *El estanciero argentino*; Instrucciones para la organización de un establecimiento de campo. Buenos Aires, Librería del Colegio, 1887.

Lima, Miguel A. *El hacendado del porvenir*. Buenos Aires, Imprenta Kidd, 1885.

Lima, Miguel A. *Los centros agrícolas*. Buenos Aires, Imprenta Kidd, 1888.

Maguire, John. *Loncagué*; relatos de frontera. Buenos Aires, 1967.

Paladino Giménez, José M. *El gaucho*; reseña fotográfica, 1860-1930. Buenos Aires, Palsa, 1971.

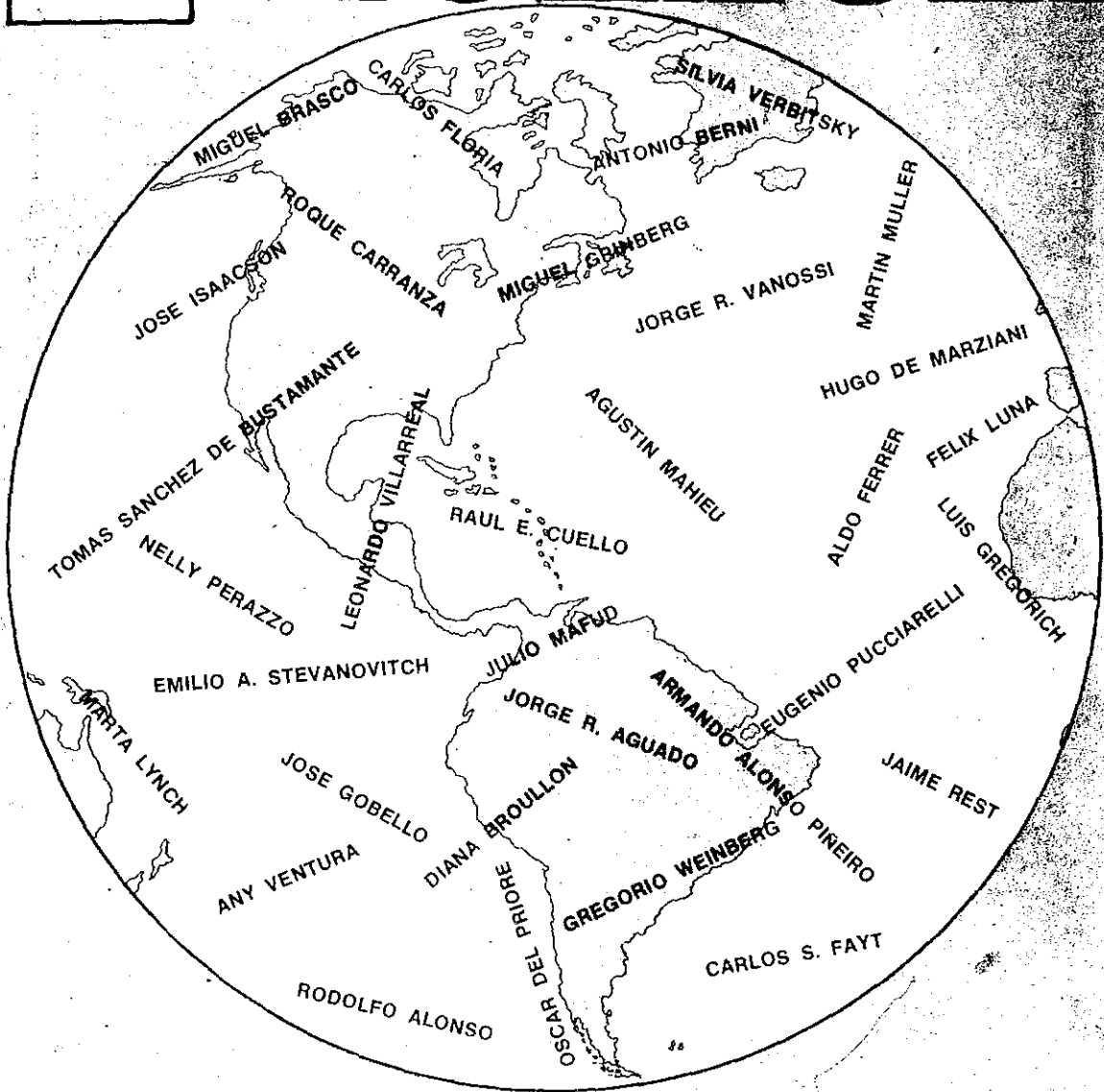
Revista Argentina de ganadería y agricultura. Buenos Aires, 1880-1881.

Sbarra, Noel H. *Historia de las aguadas y molinos*. Buenos Aires, Eudeba, 1973.

Zeballos, Estanislao J. *Descripción amena de la República Argentina*. Buenos Aires, Peuser, 1883, t. 3. *A través de las cabañas*.



VIGENCIA



**Proponemos la reflexión como noticia porque somos
el mensual de la gente inteligente**

**VIGENCIA está con usted
el primer martes de cada mes**

**Una publicación de la Fundación Editorial de Belgrano para
la Educación, la Ciencia y la Tecnología (e.l.)**

Teodoro García 2090, 1er piso (1426) - Teléfonos: 771-8485 y 773-4767

La conspiración de los franceses

por Héctor D. Viacava

El fusilamiento de Juan José Carrera. El recuerdo de este trágico episodio flota a lo largo del relato de la conspiración de los franceses.

A mediados de noviembre de 1818, alguien, **"un sujeto respetable, sin ambición para esperar, sin delitos para temer"**, según enfatiza el folleto con que el gobierno de las Provincias Unidas explicó a su manera los sucesos de que nos vamos a ocupar, se presentó ante autoridad competente y formuló una grave denuncia contra varios franceses, compatriotas suyos. Exigía la reserva de su nombre pues **"la idea del honor fijó siempre su resistencia a llevar el carácter de denunciante"**, como manifiesta el Dr. Simón García de Cossio, juez instructor del sumario que se inició poco después. El principal de los implicados en las revelaciones del por ahora misterioso personaje se llamaba Carlos Robert de Connant.

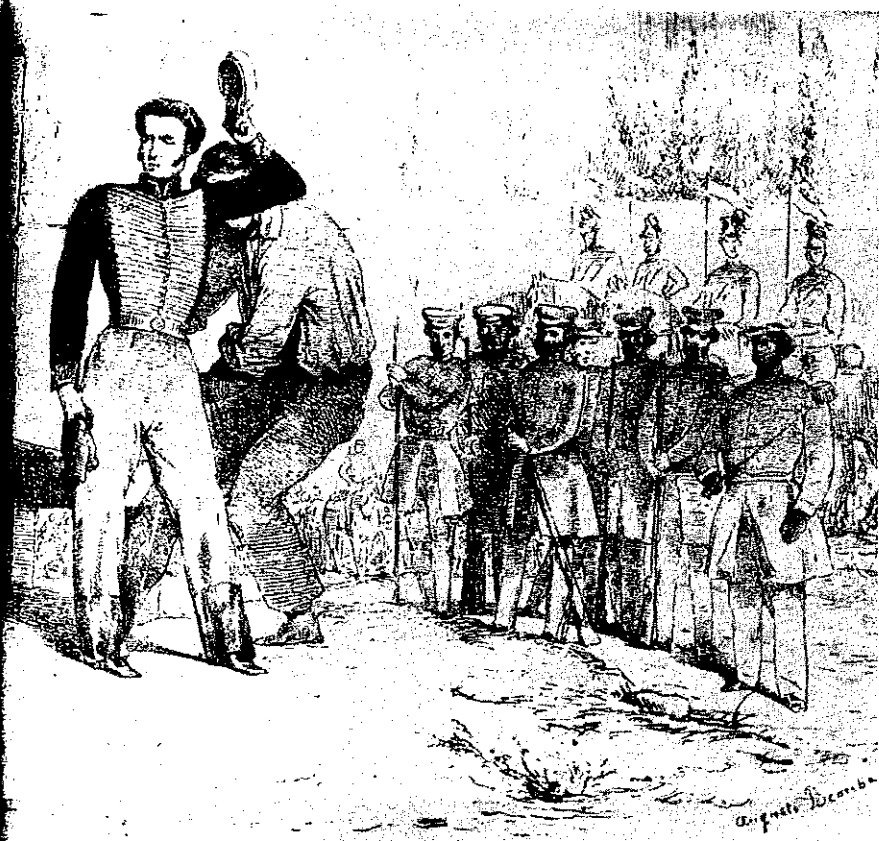
Lo que se sabe sobre los antecedentes franceses de Robert no es claro. Blasonaba

pertenecer a una ilustre familia bretona y en ocasiones dijo que era coronel. Afirmaba que había sido prefecto del departamento del Nièvre, pero otras versiones lo reducen a subprefecto. Es cierto que en sus maletas traía el recamado uniforme del cargo y a veces lo exhibía, pero esto no prueba nada y antes bien aviva las suspicacias. Conocía, según él, todas las grandes ciudades de Europa y particularmente las de Italia: un curriculum bastante nutrido considerando que al clausurarse en 1815 por la caída de Napoleón su poseedor tenía 27 o 28 años, ya que en marzo de 1819 declaró 31. En el ápice de su notoriedad nadie dudó de la ejecutoria que se atribuía —y en Buenos Aires no faltaban franceses— pero crece la perplejidad al comprobar que el general Fressinet —uno de los que no dudaron— había declarado que no fre-

cuentaba su trato por considerarlo alocado y de "rango inferior al suyo".¹ Todo bien pensado y medido, no creemos que fuera un embaucador ni siquiera radicalmente mentiroso: acaso narraba su historia adobándola un poco, mucho menos que otros en su caso, antes y después de él. Buffon observó que las especies animales prehistóricas disminuían de tamaño al cruzar el Atlántico, pero en materia de títulos y merecimientos ha regido siempre la ley inversa.

El carácter de Robert parece más claro que su biografía. Era nervioso, inquieto, insaciable de cosas nuevas logradas con poco esfuerzo, de una sensibilidad mudable y apasionada que deformaba cuando aprehendía y lo ofrecía de esta manera al juicio de una discreta inteligencia. Vivía en una contradicción constante entre los modelos de marmórea serenidad que





se proponía y el ser aventurero y descentrado que era, arrastrado por ideas cambiantes y mal ponderadas, intereses inconscientemente mezquinos y —sobre todo— por resentimientos que se transformaban en odios injustos, fugaces tal vez, pero violentos. A despecho de ello era capaz de desprendimiento y de constancia en la amistad y no le faltaban valor ni entereza. Le bullía un temperamento de escritor —no importa que lo fuera mediocre— nutrido de respetables lecturas, que se le desbordaba cuando hablaba con elocuencia o cuando llenaba carillas de papel con su letra nerviosa, de difícil interpretación, volando siempre sobre temas efímeros: artículos periodísticos, panfletos, traducciones que completaba con notas. Juzgándole a través de caracteres parecidos al suyo, es verosímil que careciese de aliento para las

grandes empresas. Su vanidad, su petulancia, lo hacían desagradable a la mayoría, pero no a todos. De estatura superior a la media, tenía los cabellos castaños, los ojos azules y la nariz afilada.

Robert llegó en agosto de 1817 provisto de una carta de recomendación de Bernardino Rivadavia, a quien había conocido en Francia. Alquiló una quinta a media legua de Buenos Aires y dejó correr los meses consumiendo su capital y reuniendo —tal vez— materiales para una historia del Río de la Plata que se ilusionaba en escribir, con típica ignorancia de las dificultades de la faena y de su propio carácter. Aquí conoció a Juan Lagresse, paisano suyo llegado poco antes, con quien se unió en confiada y estrecha amistad. Lagresse tenía 25 años, una carta de recomendación de Rivadavia —dato recurrente en esta

historia, según veremos— y era natural de Libourne, pueblo o ciudad pequeña de La Gironda, en el cual su padre, si damos fe a sus palabras, había sido el más alto juez durante 25 años. Aseguraba ser primo del célebre Descazes, entonces ministro de policía y posteriormente primer ministro. Había servido 8 años en el ejército con satisfacción de sus jefes y con un grado que no aclaró, por lo que es de suponer que fuese el de soldado. Prescindiendo de estas realidades o fantasías, Lagresse era, comparado con Robert, modesto y equilibrado, pero el otro lo encandiló desde el primer instante e hizo de él cera y pabilo. Había venido como agente de un ilusorio proyecto de colonización agrícola que pronto se disolvió en aguas de borraja, por lo cual invirtió su dinero en una tienda, para perderlo al poco tiempo. En marzo de 1818 ambos amigos, el uno por no hacer nada y el otro por malos negocios, tocaban fondo. Resolvieron unir sus escasas, vivir juntos y asociarse en una empresa adecuada —naturalmente— a las inclinaciones de Robert: fundaron un periódico. Apareció el 29 de marzo de 1818 y se llamaba **"El Independiente del Sud"**. Era bilingüe, en español y francés, y el primero en idioma extranjero que se publicó en Buenos Aires. La escasez de espacio —cuatro páginas, reducidas de hecho a dos, por la duplicación del texto— lo hacía más ágil que sus competidores argentinos. Traía noticias del país y del exterior, informes de precios y movimientos de barcos, reprimidos deseos de polemizar y otros, inocultables, de opinar. A poco de saltar a la palestra le aplicó un palmetazo a su colega "El Censor" por haberse atrevido a opinar sobre el abate Pradt, sentó durante varios números en un banco

de la Alameda a un inglés y un francés imaginarios y los hizo dialogar monótonamente sobre política europea, se asomó a la crítica teatral con ínfulas de dómine y criterio de aficionado, festejó la victoria de Maipo con despliegue de coherencia literaria, emprendió el análisis —que quedó inconcluso— de una obra del abate Pradt y disertó sobre actualidades sin sobrepasar nunca la raya del lugar común en aquel estrechísimo margen que separa al periodista o al escritor político de talento del adocenado. Los que padecen la gula de minucias pretéritas le agradecerán alguna noticia, casi oblicua, sobre el teatro de la época o la lista de las fondas en que se comía bien en el Buenos Aires de 1818, respaldada por la autoridad de Robert, adicto a la buena mesa. Todo en el periódico era suyo, desde la A hasta la Z, pues la labor de Lagresse se reducía a descifrar los manuscritos que le entregaba y a transcribirlos con su nítida caligrafía. La traducción de mano ignota —y no descartamos, sin mengua de la anterior afirmación, que haya tenido parte en ella Lagresse, cuyo castellano era bastante fluído— amén de masacrar a la lengua de Cervantes, se apartaba alguna vez ligeramente del original, guiada por un exceso de prudencia atribuible al editor, un inglés Cook, cuyas relaciones con los redactores pronto se avinagraron. Cook se negaba a publicar la totalidad del material que le remitían. Robert perorando en reuniones de franceses desocupados había cobrado fama de opositor al gobierno, lo que no adivinará quien lea "El Independiente del Sud", donde asimismo luce muy apagado su encendido bonapartismo. Como, además, el periódico, que debía salir los domingos, lo hacía con retraso,² y como, sobre todo, es presumible que



Don Manuel Sarratea: "espíritu intrigante y magros escrúpulos".

los abonados fuesen escasos, "El Independiente del Sud", tras tirar 6 números, se despidió de sus lectores y Robert y Lagresse tornaron a enfrentar un oscuro porvenir.

Eran dos descontentos más. La impopularidad del gobierno era universal y no existiendo en Buenos Aires una oposición orgánica, se conspiraba desde el mismo partido directorial. A principios del año anterior había regresado de Europa don Manuel de Sarratea, cuyo espíritu intrigante y magros escrúpulos estaban servidos por sus talentos de hombre de mundo, los únicos que tenía. Durante su ausencia los ocios de su camarilla —adscripta por la opinión pública al saavedrismo— habían sido entretenidos por su hermana doña Melchora, a quien los Robertson, amables exageradores, declaran al-

go así como la Madame de Stael del Plata. En el salón de doña Melchora se ejercía la oposición al gobierno a nivel de tertulia, entre jícaras de espeso chocolate, refrescantes panales, partidas de chaquette o malilla y discreteos aldeanos.

Si en casa de Sarratea se conspiraba casi deportivamente, muy otro era el clima en lo de doña Javiera Carrera. Allí siempre se conspiró con pasión, pero desde que se conocieron los fusilamientos de Mendoza se comenzó a conspirar con odio feroz y reconcentrados. Perdidos el mayor y el menor de sus hermanos, el amor de doña Javiera se condensó en don José Miguel, que por lo demás, siempre había sido el preferido. José Miguel Carreras —trágica figura que ha cegado y ciega a tantos historiadores chilenos— tendría gallarda planta, trato seductor, arrebatadora elocuencia y voluntad y constancias superiores a todas las desgracias, como lo pinta Vicuña Mackenna mirando de reojo el retrato de Bolívar, pero tenía también una cabeza ligera y en perpetua efervescencia. Refugiado en Montevideo y acogido por el general Lecor con una benevolencia que excedía las instrucciones del gobierno portugués, llevaba una guerra sin cuartel —como que era planfletaria— contra el Directorio. Se valía de una imprenta de historia accidentada, igual que todo lo suyo. La había traído de Estados Unidos, le fue secuestrada por Pueyrredón y haciéndola sustraer furtivamente y por partes, consiguió reunir la y armarla de nuevo en Montevideo. Aprendió a manejarla, la hizo sudar tinta y hiel y llenó a Buenos Aires de impresos. Tuvo muchos lectores, pero obviamente siendo extranjero carecía de partido. En casa de doña Javiera se reunían chilenos avecindados o transeúntes con las miras puestas del otro

lado de los Andes, pero la exigencia previa, abatir al Directorio, obligaba a anudar alianzas en el país. En estas circunstancias llegó a Montevideo, procedente de Río de Janeiro, don Carlos María de Alvear, como siempre muy suelto de cuerpo, más irresponsable que inmoral y con su propia carga de rencores, no muy arraigados en realidad, porque así era él. A tres años de su estrepitoso derrumbe y en medio de su impopularidad no le escaseaban adhesiones de oficiales (sin mandos importantes, es cierto), porque durante su gobierno había tenido la prudencia de pagar puntualmente al ejército y en la coyuntura presente había quienes añoraban aquellos días como los israelitas las ollas de Egipto. Puesto que uno tenía una imprenta y el otro un partido, Carrera y Alvear, que en algo (aunque no en todo) se parecían, se entendieron pronto.

Tras el fracaso de "El Inde-

pendiente del Sud", Robert y Lagresse pensaron dedicarse al cultivo del algodón en Corrientes. Visitaban al sabio Bonpland —el compañero de Humboldt y antiguo director de los jardines de la Malmaison— quien vivía modestamente y hacía vender los productos de su huerta en la plaza de Mayo. Tenía una personalidad compleja en que se hermanaban la bonhomía, la vocación de servicio, el amor a la ciencia y el sentimiento de la naturaleza con un agudo espíritu positivo y de empresa. Añoraba Francia, pero le encantaba el país, su futuro, su clima y el amor a las flores —explotable comercialmente— que observaba en todas partes. Recibió a los amigos cordialmente, les dio consejos, les prestó libros y una memoria sobre el algodón de su puño y letra. Pero el proyecto fracasó porque se les negaron los pasaportes para Corrientes, con explicaciones que juzgaron especiosas y

que se repitieron al solicitarlos al Paraguay.

Pero volvamos a Robert. ¿Qué lo había traído al Río de la Plata? Burócrata cesante, no podía subsistir en Francia de manera acorde a la importancia que se atribuía. Intelectual de tercer o cuarto orden, sólo caminos frágiles se le abrían en la patria de los "clercs". Pero el general trastorno que lo había puesto en la calle le permitió proclamarse y creerse —sinceramente, como tantos— un perseguido político. América aparecía a la distancia como el asilo de la Libertad, generoso y anhelante —en su parte sud— de las luces que se le quisieran traer luego de 3 siglos de gobierno inquisitorial. Pensó primeramente en los Estados Unidos, pero algunas conversaciones y comidas con Rivadavia bastaron para que se decidiese por Buenos Aires. Llegó, nadie reparó en él y, naturalmente, la desilusión fue proporcional a las esperanzas. No renegó de sus principios liberales (tampoco podía, pues eran los que daban prestigio intelectual en su época) y tuvo la nobleza de no descreer del Nuevo Mundo, pero su resentimiento se cebó en los hombres que lo gobernaban. Si pensaba en Rivadavia lo recordaba como un embelecador. Pueyrredón se convirtió para él en el ejemplo del gobernante inepto. Y cuando conoció al general Brayer —licenciado vergonzosamente del ejército de los Andes y que se encontraba en Buenos Aires cobrando sus sueldos e imprimiendo un panfleto contra San Martín— poco le costó inflamarse con las pasiones de su nuevo amigo y llegó a escribir que Chacabuco se debía a Cramer y el alto pie de disciplina del ejército de los Andes al propio Brayer. El vertedero de toda su acrimonia eran los cafés, donde corría unida a la de



Carlos María de Alvear: "más irresponsable que inmoral".

otros franceses en situación semejante a la suya. Estos excesos verbales y la frecuentación de Brayer y de Cramer terminaron por confirmar la desconfianza con que el gobierno lo miraba y hasta rodearon de un halo conspirativo o disolvente a las reuniones en casa de Bonpland, presididas por Adelaide, la mujer del naturalista.

Poco antes —la noticia se puede leer en el último número de "El Independiente del Sud"— había tomado puerto un bergantín con abundante pasaje de oficiales franceses, ocurrencia más que frecuente desde el fin de las guerras napoleónicas. El principal de los recién llegados, aunque tangencial a nuestra historia, era el general Fressinet. Venían también el coronel Jorge Jung y el sargento mayor de lanceiros polacos Juan Valerio Bulewski. Este último era un calavera que había servido a Napoleón y a Alejandro I adecuándose a los vaivenes de la política europea. Su fortuna se le escurrió sobre el tapete verde y venía a América huyendo de la mujer con la que se había casado con una pistola al pecho. Jung, su amigo de gancho y rancho, era un alemán analfabeto que militando en los ejércitos franceses se elevó de soldado a coronel y que había comandado guerrillas durante la invasión de los aliados a Francia. Algo después, de un barco distinto pero con cargamento semejante, había desembarcado el coronel Marto Antonio Mercher. Este joven aturdido, que conocía de vista a Robert y que (para no ser menos que nadie) se acompañaba con una carta de Rivadavia, se había desempeñado como ayudante en el Estado Mayor francés y era caballero de la Legión de Honor, dato que, como los precedentes, asentamos con beneficio de inventa-

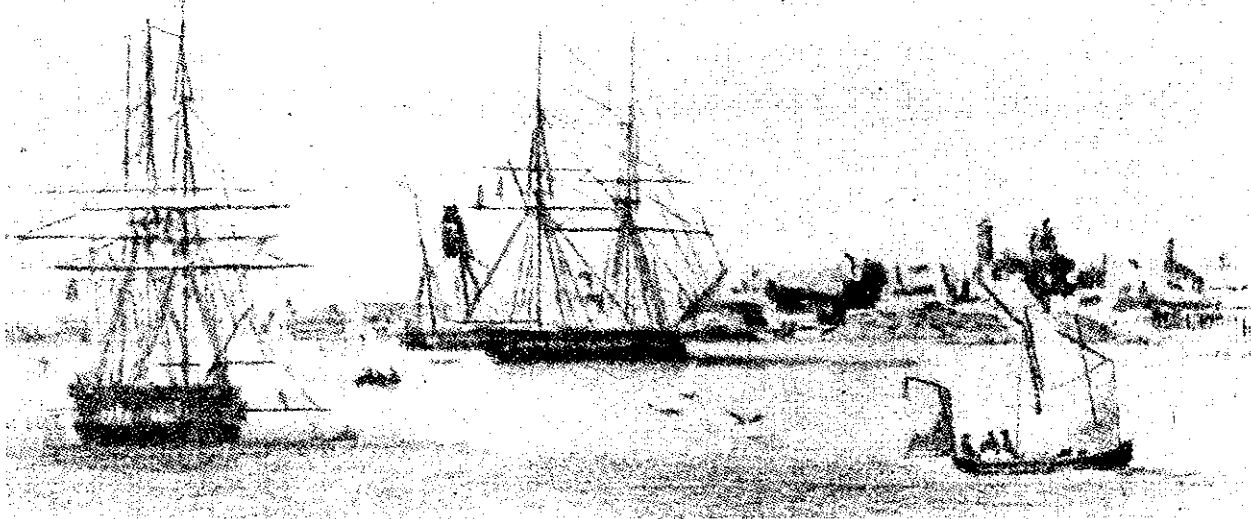
rio. No los creemos totalmente falsos, pero de modo más o menos objetivo sólo constan la desaprensión de Bulewski y el analfabetismo de Jung.

Un día, comiendo en una fonda, Robert y Lagresse conocieron a Bulewski y Jung. En días posteriores y siempre frente a una mesa bien servida, de la que no se privaba ni en las mayores estrecheces, Robert se esforzó en ejercer su magisterio intelectual. Era sin duda el clásico personaje que hemos visto muchas veces, de seducciones inoperantes sobre el grueso de la gente, pero capaz de convertirse en el caudillo de un minúsculo grupo. Inmediatamente tuvo quisquillas con el altanero Bulewski, pero a Jung y Mercher los hechizó. Las ojerizas de Robert se extendieron a toda la compañía y pronto aquello se convirtió en un pandemonium. El calmo Lagresse disputó violentamente con Bulewski y estuvo a pique de batirse con él y hasta Jung rompió su amistad de años con el polaco. Por fin Bulewski obtuvo sus despachos de sargento mayor en el ejército de los Andes y partió para Chile, sin imaginar que estas fugaces peripecias signarían su destino. Mercher y Jung por su parte, unieron su suerte a la de Robert y Lagresse.

Mientras tanto, desde Montevideo y ya acollarado con Alvear, Carrera seguía su guerrilla de papel impreso. Su periódico "El Hurón" y sus panfletos, las cartas con que Alvear procuraba animar a su alicaída bandería y reavivar fidelidades entre sus antiguos camaradas de armas, eran introducidos en Buenos Aires con las artimañas habituales, diabólicas comparadas con la eficacia de la Aduana: en bolsas de cal, entre ringleros de capotes. Abundaban los conductores serviciales. Uno era

el capitán Barroso, marino de guerra portugués, amigo de Lecor, que tenía pretextos —a veces oficiales— para viajar a Buenos Aires. Otro era doña Clara Tela (María Clara Taylor), una inglesa acriollada y bribona, dueña de una fonda y mujer de un corsario, comadre de Carrera. En realidad, debido a la abundancia de extranjeros —oficiales y artesanos franceses, comerciantes ingleses— el ramo hotelería rendía pingüemente y como Pueyrredón había legalizado el corso, a doña Clara le sobraban motivos para ser oficialista, de manera que alternaba discretamente sus fatigas conspirativas con la de informante de la policía, es de creer que ajustándose a la regla de oro de que el gobierno era un hecho y Carrera una remota posibilidad. El pasto propagandístico aportado por intermediarios como doña Clara y Barroso era distribuido de noche, entre otros, por el teniente coronel Tomás de Iriarte, reciente desertor del ejército español, quien no habiendo encontrado en el gobierno argentino la acogida que juzgaba merecer, iniciaba con estas modestas actividades su trayectoria de insatisfecho vocacional.

Con estos colaboradores y estos recursos, el plan sensato —acabar primero con el gobierno de Buenos Aires, relativamente más débil, para luego ajustar cuentas con San Martín y O'Higgins— podía desarrollarse con aceptables resultados pero ponía a prueba la paciencia de Carrera. Su obsesión era Chile. Sabía que conservaba en su patria una extendida popularidad y que su causa se había convertido en nacional porque el gobierno autoritario de O'Higgins aparecía como apoyado por un general y un ejército extranjeros. Pero las bayonetas que desmonetizaban al Director



Vista de Montevideo desde el río, hacia 1818. Allí conspiraban Alvear y Carrera e inundaban a Buenos Aires con impresos subversivos.

Supremo de Chile ante sus compatriotas eran la garantía de su poder y hacían imposible cualquier revolución sin encontrar una brecha entre ellas. Carrera creyó descubrirla. Los oficiales franceses, varios de los cuales habían venido con él y a sus expensas de los Estados Unidos, eran numerosos en el ejército de los Andes y dio en ilusionarse que en extremo descontentos. La separación de Brayer y la de Cramer, debieron de parecerle síntomas de un general desarreglo, confirmado por este lance y aquel otro, simples fricciones naturales, que su imaginación deformaba. Así autoestimulado decidió que era urgente buscar conexiones con ese complot en potencia y que en la opuesta orilla del Plata estaba el hombre indicado, audaz, activo, inteligente, que había venido de Francia con algunos de esos oficiales y alternado con otros en Buenos Aires. Le hizo sus propuestas a través de doña Javiera, pero Robert las rechazó —dejando sin duda abierto algún pórtillo— porque por el momento acariciaba otros planes.

Ocurría que el gobierno del

Brasil entregaba tierras en condiciones liberales a los franceses que quisieran dedicarse al cultivo del algodón y Robert y Lagresse, ahora unidos a Mercher y Jung, habían comenzado a urdir una variante corregida y aumentada de su quimera correntina. Pero hasta el costo de cuatro pasajes representaba un desembolso ingente para sus vapuleadas finanzas y tal vez hubiese bastado para retraerlos, si la fatalidad, en la figura ambigua del capitán Barroso, no los hubiera tentado con la protección de Lecor y pasajes gratis en un convoy que debía partir de Montevideo. La oferta fue aceptada con entusiasmo y a mediados de agosto abandonaron Buenos Aires.

Podríamos preguntarnos, conociendo el doble papel de Barroso, si el proyecto agrícola no fue sino la cortina de humo con que el sospechoso Robert cubrió su viaje a Montevideo, matriz de todas las conspiraciones contra el gobierno, de acuerdo al exagerado criterio de este. Es creíble que llevase —por si acaso— intenciones de vincularse con Carrera, pero por el mo-

mento su interés y el de Lagresse por el algodón alcanzaba la suprema sinceridad de quedarse con los papeles y libros de Bonpland, que este les reclamaba en una carta, respuesta a otra en que le narraban su llegada a Montevideo, la amable recepción de Lecor, la comilona con que el 15 de agosto habían celebrado el cumpleaños de Napoleón, su gozo de poder reír de nuevo. Desgraciadamente, a las esperanzas de los primeros días siguieron las realidades: cifras y condiciones que imponía el gobierno portugués. Número de esclavos que exigía por cada concesión. Precio de cada esclavo. Entonces sí, cayeron en las redes de Carrera.

Bonpland, en la misma carta en que les auguraba buena suerte y volvía por sus libros y papeles, daba cuenta de la vigilante atención con que el gobierno había desbaratado un temible complot y aprehendido a no menos de cincuenta complicados. El sabio exageraba con el fervor oficialista de quien teme que su correspondencia sea violada o de quien tiene prometida una cátedra bien paga. Sucedió sim-

plemente que se había puesto término a los manejos conspirativos de Olavarrieta, que no es verosímil que pudieran pasar a mayores. Las detenciones de los mandarines de la camarilla fueron tan efímeras como lo exigían las reglas del juego, pero la cabeza visible fue a dar a la Cárcel de la Cuna (así llamada por funcionar en la vieja inclusa) para escarmiento y penitencia.

Robert vivió en Montevideo tres meses de febril actividad. Además de las diligencias y cabildeos propios de la confabulación, tradujo al francés pasquines de Carrera y la "Exposición" de Brayer y los apostilló. Su móvil imaginación no se concedía reposo. El viaje a Chile le sugería nuevos horizontes intelectuales: ya que no le habían dado tiempo para escribir la historia del Río de la Plata ahora escribiría la historia natural de Chile. Proyectos, siempre proyectos y poco más que proyectos. Lagresse, en cambio, que algo habría heredado del sentido práctico de su padre, (si es verdad que éste perduró 25 años como juez del rincón natal), comenzaba a dudar de la infalibilidad de Robert, aunque sin acertar a liberarse de su influjo. Concurría a las reuniones en casa de Carrera pero las alternaba con visitas a comerciantes franceses radicados en Montevideo, tanteando medios de vida más seguros. En cuanto a Mercher y Jung, es de suponer que su papel fuese secundario y se dejasen guiar por el jefe del grupo. En todo caso, 3000 pesos que alguien le debía a Robert en Chile disolvieron sus últimas dudas o sus últimos melindres: si una vez en Santiago y estudiado el terreno, el empeño parecía irrealizable, les entregaría una parte de esa suma para que viajaran a los Estados Unidos. Ignoramos los detalles de lo que se fraguaba entre Carrera

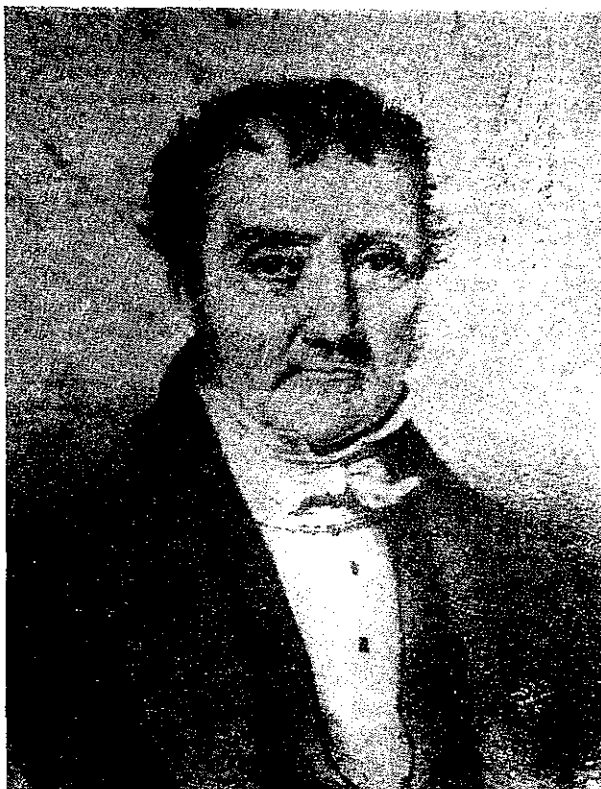
y Robert. ¿Tomó parte en las deliberaciones Brayer, que se hallaba en Montevideo? No hay constancia de ello. Desconocemos los nombres que se manipulaban, el rol ilusorio que se hacía jugar a los oficiales franceses y chilenos disconformes y si se asignaba alguno a las bandas carreristas. Y en realidad es probable que no abundasen los detalles en un complot urdido por dos improvisadores audaces y huérfanos de noticias equilibradas. La idea fundamental era asesinar a San Martín y O'Higgins.³

Robert —el liberal que de acuerdo a sus palabras había venido en busca de la libertad que se le rehusaba en su patria— iba en vías de convertirse en un asesino a sueldo, pagado con promesas a largo plazo, único capital con que giraba Carrera. No tenía razón alguna para odiar a San Martín y a O'Higgins. Lo dijo en su defensa. Pero asumía los odios de Carrera, mezclándolos con sus resentimientos

difusos, con la inmoralidad inconsciente de los espíritus inquietos, subjetivos y apasionados, que siempre encuentran un disfraz ético para los peores crímenes.

El 4 de noviembre los cuatro amigos estaban de regreso en Buenos Aires. Robert, imprudente y soberbio, se hizo ver con provocativa asiduidad en casa de doña Javiera. Lagresse la visitó lo menos posible. Se sentía vigilado. No daba un paso sin creerse seguido. Un desconocido al que vio en la fonda de doña Clara Tela lo puso en desasosiego. Vacilaba. Quería desligarse de la empresa, pero sin traicionar la confianza en él puesta y sin parecer cobarde.

¿Vacilaría también el hombre honrado, respetable —en concepto del gobierno— y misterioso, que los iba a delatar? Robert le había hecho peligrosas confidencias. Posiblemente casi todos los franceses de viso supiesen algo de sus proyectos, pero con este (pues era francés, si damos crédito



Amadeo Bonpland, el sabio francés, tuvo buena relación con algunos de los conspiradores.

al doctor García de Cossio) había sido más explícito, o simplemente y para su desgracia, más locuaz.

En casa de Monsieur Roguin, comerciante amigo de Robert y de Lagresse, conocieron estos pocos días antes del fijado para la partida a Agustín Dagrument y en la misma casa y en la de Bonpland frecuentaron a Narciso Parchappe. Uno y otro habían desembarcado poco antes y fueron superficialmente iniciados en el frangollo. Dagrument era un marino mercante, sobrecargo de una goleta, la "Angélica" e interesado en una parte de su cargamento. Dagrument no había vendido casi nada de su mercancía y su retorno se reducía a algunas docenas de cueros y a varios atadijos con plumas. Por ello deben de haberle brillado los ojos cuando le hablaron de Carrera. El armador de la "Angélica" le había vendido antaño fusiles al caudillo chileno y Dagrument pensó que el negocio podía repetirse y él resarcirse con una comisión. No tenía otro interés en el asunto. Parchappe, ingeniero militar e hijo de un general muerto en Rusia, venía provisto de una de esas cartas de recomendación que Rivadavia no podía abstenerse de escribir. Uno de los miembros de la activa y ubicua familia Lezica, don Sebastián, lo había asociado a su destilería, y debiendo realizar un viaje al Janeiro para comprar un alambique era útil como correo ocasional, a lo que se avino.

A su vez, Mercher había encontrado en Buenos Aires —quizá en lo de doña Javiera— a su viejo amigo Mariano Vigil, un chileno de piel atezada, barbilampiño, bajo y gordito, que había servido en el ejército francés como ayudante del general Gautier y que liberado luego de 3 años de cautiverio en España, regresa-

ba a su patria, de donde faltaba hacía 13. Era también una pieza de la conspiración carrerista —aunque no, posiblemente, de la misión específica de Robert— y resolvió viajar a Chile con los franceses, que habían elegido como medio de transporte el más barato: una tropa de carretas.

Faltando poco para el día de la partida, Lagresse decidió franquearse con Robert. Le dijo que podía ser más útil en Buenos Aires, sirviendo de contacto entre él y Carrera. Ignoramos si llevó su sinceridad más lejos. Robert, que tal vez intuía a qué hondos infortunios despeñaba a su amigo y que tenía sincero afecto por él, convino en sus razones.

El 12 de noviembre Robert escribió —en francés— su carta de despedida a Carrera. Le comunicaba la decisión de Lagresse pintándola con los colores más adecuados a las circunstancias y abundaba en noticias sobre la situación política en Buenos Aires y Santiago. Del propósito que los llevaba a Chile se ocupaba en un solo párrafo, suficientemente comprometedor, del que daremos cuenta más adelante, pero la misión de Lagresse en Buenos Aires se limitaba a transmitir la correspondencia que se le hiciese llegar y a lo que exponen las siguientes líneas optimistas: **"Hay aquí muchos franceses a quienes nada he dicho, por supuesto, pero dejo encargado a Lagresse que se los presente cuando Ud. pase en calidad de Director Supremo de Chile"**. No satisfecho con solo informar, el vanidoso salpicaba la carta con algunas reflexiones sentenciosas. Hasta un hecho baladí —una demora en su pasaporte— daba pie a la pendolada arrogante: **"nueva torpeza de ellos que prueba debilidad e irresolución, pues es preciso conceder de inmediato o negar decididamente"**. El go-

bierno sabía a qué atenerse, por lo menos en lo que tocaba a Robert.

Robert, Mercher, Jung y Vigil partieron el 14 de noviembre y tras ellos un chasque voló hacia San Luis. El Director Supremo ordenaba al teniente gobernador Dupuy examinar el equipaje de los viajeros y detenerlos si había motivos.

Lagresse se quedó con la carta de Robert y juzgó ocioso transcribirla en clave, como se le había indicado. El 18 pasó por lo de doña Javiera y retiró tres cartas para don José Miguel: dos de doña Javiera —en una de las cuales, a juzgar por su texto, iba ensoberada otra de Vigil para Carrera— y una firmada por "El Guascudo", corifeo carrerista. El 19 Lagresse escribió a su vez a Carrera. Le explicaba la resolución que había tomado y la paliaba con sus deseos de serle útil. Pero hasta el módico encargo que le había dejado Robert procuraba acortarlo a su mínima expresión: **"Nonobstante (sic) de lo que dice Robert, que me ha encargado de hacer partido en los franceses, no me fiaré de muchos, pues la experiencia me da que recelar"**. Le añadía elogios a doña Javiera, prevenciones contra la Clara Tela y ligeras referencias sobre Parchappe y Dagrument, con cuyos posibles servicios lo lisonjeaba. En una carta que acompañaría a esta y que dirigía a M. Cavaillon, amigo de Brayer, se manifestaba con un poco más de franqueza: **"Mis amigos han partido para Chile; mis votos los acompañan en ese largo y peligroso viaje. En cuanto a mí, quiero decididamente pensar en emplear mi tiempo de una manera conveniente a mi carácter y a mis intereses, lo que no me impedirá ser siempre el mismo y hacer en caso necesario todo lo que podría hacer otro"**.

Dagrumet y Parchappe debían entregar esta correspondencia aprovechando que la goleta "Angélica" en la que el primero regresaba a Francia y el segundo viajaba al Janeiro haría una escala en Montevideo. Los cinco sobres con seis, acaso siete cartas, si incluimos la de Vigil a Carrera, irían disimulados en un sobre más grande a nombre de M. Le Breton, director de la Real Academia de Brasil y amigo de Bonpland.

Pero en la tarde de ese mismo 19 de noviembre un piquete de Aguerridos al mando del coronel Rolón detuvo a Lagresse en la casa donde alquilaba un cuarto y lo condujo al cuartel del batallón, situado en los fondos de la iglesia de La Merced. Lagresse llevaba consigo los quemantes papeles y sin embargo no los destruyó. Había desertado a medias y por eso mismo quería cumplir cabalmente su misión. Curiosamente nadie pensó en registrarlo. Hizo llamar a Parchappe y le entregó las cartas. Parchappe fue inmediatamente detenido, pero la idea más elemental en tales casos seguía remotísima de la cabeza del coronel Rolón: Parchappe no fue revisado. Acudió Dagrumet a pedido de sus amigos y recibió los sobres de manera tan ostensible que ahora sí un soldado lo vio y lo denunció a su jefe.

Con las cartas en la mano Pueyrredón ordenó la instrucción del sumario y la captura de los fugitivos. Un capitán Juan Pablo Rodríguez condujo su partida celadora tras las huellas de la tropa de carretas. Hombre de confianza de Pueyrredón, ex subteniente de los Húsares por él fundados, su figura emerge de viejos sumarios como el prototipo de los mandones del "Martín Fierro": compadrito, prepotente y deshonesto.

Plaza principal de Santiago de Chile. "Mis amigos han partido para Chile; mis votos los acompañan en ese largo y peligroso viaje".



El 21 de noviembre el Congreso, convocado de urgencia, concedió amplios poderes al Ejecutivo. El 23 el Director Supremo, haciendo uso de ellos, dispuso el confinamiento en diversos puntos del interior de varios personajes. El más encumbrado, don Manuel de Sarratea, debía viajar a San Juan, porque el gobierno suponía, gratuitamente, pero con desconfianza natural y comprensible, que financiaba a Alvear y a Carrera. Es razonable que existiesen contactos — aunque no connivencias — entre Carrera y Sarratea, pero entre Sarratea y Robert no los había en absoluto. Los franceses buscaban su pan en Chile. El prurito de Sarratea se llamaba Pueyrredón y le tenían sin cuidado San Martín y O'Higgins. Pero este espejismo inicial permitió al gobierno caratular el legajo "Causa por conspiración contra este Estado y el de Chile" y fundamentar así su inexistente derecho de juzgar proyectos — y no he-

chos consumados — que debían concretarse fuera de su jurisdicción.

Diez o doce días después de la partida la tropa de carretas hacía un alto en la pampa, no lejos del Fortín de Areco. Robert, Mercher, Jung y Vigil, armas en mano, se dispersaron por los alrededores. Tenían que arrebatarse el almuerzo al desierto e hincarle el diente al menú del gaucho matrero. Pasado el mediodía volvieron agobiados y sudorosos, y se tendieron bajo las carretas. Al rato se dejó oír un rumor de voces y tropel de caballos. Pronto estuvo sobre ellos una partida de milicos malentrazados, que pedían agua. Les ofrecieron ron. Los jinetes ya los habían rodeado y descabalgando con rapidez prodigiosa los sujetaron y comenzaron a amarrarlos. Jung, de pie y algo apartado, contemplaba la escena. Uno de los celadores, amenazante, reparó en él. El aventurero hizo un movimiento indefinido con los brazos, chapurreando: "Amigo, amigo".



(¿En cuántos idiomas podía pronunciar esta única palabra y salvoconducto? ¿Sabría otra en castellano?). Un disparo de tercerola lo tendió en el suelo.⁴

Muerto Jung, emprendieron el regreso. Los detenidos fueron despojados de cuanto de valor llevaban encima, con la colaboración del capitán Rodríguez, que se alzó con los relojes. Tuvo que devolverlos por intimación del comandante del primer fortín por donde pasaron, pero durante el resto del trayecto siguieron las befas y las raterías, ante su sonrisa burlona.

En tanto el sumario ya estaba abierto, con el doctor Simón García de Cossio como juez instructor y don Ramón de Basabilvaso como escribano. Servían de cabeza las cartas ya mencionadas, a las que se agregaron algunas de Bonpland para M. Le Breton y para un M. Acard por la sola razón de estar escritas en francés y mantenerse por lo tanto indecifrables hasta la llegada de

refuerzos, representados por los traductores Juan Cruz Varela y José M. Pacheco. Las llevaba encima Parchappe al ser detenido. Faltaba en cambio la carta de Vigil a Carrera que debía ir adjunta a una de doña Javiera. Del conjunto de estos documentos resultaba evidente el intento de producir una conmoción en Chile, cargo del cual quedaba excluido Lagresse por su misma permanencia en Buenos Aires. Sólo podían aducirse contra él los deseos de ser útil, expuestos en su carta a Carrera. De todos modos, y de acuerdo al tenor literal de las cartas, no era más que un enlace. Parchappe y Dagrument aparecían como correos conscientes, pero circunstanciales, entre conspiradores. Aunque el papel que posiblemente más comprometía a Vigil —su carta a Carrera— se había esfumado, lo seguían acusando una de las cartas de doña Javiera y la del "Guascudo", en las que se hablaba de él, claramente, como un agente carrerista. Era por-

tador, además, de una misiva de Carrera para un señor Ursúa,⁵ de Chile, cuyo texto saldría a la luz cuando se examinase el equipaje incautado por el capitán Juan Pablo Rodríguez. Para saber si Robert y Mercher más que muñidores de una revolución eran simples asesinos a sueldo, había que atenerse al fragmento clave de la carta del primero: "El ejército (de los Andes) está impago. Creo que si llegamos a Chile nuestra tarea será fácil y los resultados rápidos: no se trata sino de deshacerse de dos hombres. Cuando se está decidido no es difícil. Creo, pues, poderle asegurar, mi general, que pronto será Ud. dueño de sus enemigos o que le habremos probado nuestro celo, nuestra devoción de la manera más inequívoca".⁶

Llegados los prisioneros a Buenos Aires, Robert fue conducido al cuartel de Aguerridos (donde estaban sus amigos) y Mercher y Vigil al de Dragones. Los documentos habidos a los viajeros se agregaron al expediente en forma de un segundo cuaderno: lo constituían borradores de Robert, en su mayor parte traducciones al francés de libelos carreristas. Brillaba por su ausencia la carta de Carrera a Ursúa que viajaba en las petacas de Mariano Vigil.

Parchappe y Dagrument habían sido interrogados cuatro o cinco días después de su detención. Se defendieron con tranquilidad y exactitud. Inmediatamente había sido citada doña Javiera. Se le exhibió una de las tres cartas que había entregado a Lagresse, pero de las otras dos ni se hizo mención. Eran, precisamente, las que comprometían a Vigil.

Tras poner bajo custodia en su domicilio a doña Javiera, el doctor Cossio se dedicó a Lagresse. Fue un interrogatorio largo y abrumador. En una pausa y hablando confidencialmen-

te con el juez, el acusado perdió la calma y se desahogó contra Carrera: **"ahora comprendo** —prorrumpió en sollozos— **que ese hombre quería sacrificarnos a sus venganzas personales"**. Pero nada dijo, ni aún al margen del acta, que agravase su situación.

En este punto —27 de noviembre— se había abierto un paréntesis, destinado no sólo a aguardar el arribo de los nuevos detenidos, sino probablemente también a tareas de investigación policial, porque el gobierno tenía conciencia de la endeblez de sus pruebas.

El 10 de diciembre se reanudó el sumario. El juez se constituyó en el cuartel de Dragones e indagó a Mercher, sin apurarlo demasiado. Al día siguiente y en el mismo lugar tomó declaración a Vigil, a quien trató con la deferencia con que lo había tratado el azar, escamoteador de papeles. Nada le preguntó sobre los perdidos y menos aún sobre los conservados. Prefirió ver en él a un visitante obsequioso de doña Javiera y a un ocasional compañero de viaje de los franceses.

El acta siguiente la labró el escribano Basavilbaso en casa de los Zamudio, donde vivía y estaba detenida doña Javiera. El doctor Cossio le pidió a la pugnaz señora que reconociese las dos cartas hasta ahora celosamente guardadas, pero omitió cualquier investigación sobre su contenido. Luego de esta visita de la Justicia, el sumario se desentiende de la señora de Valdéz (este era el apellido del ignoto, por no decir fantasmal, marido de doña Javiera), aunque existía conciencia de que ella era el palito urdidor de los tejemanejes carreristas en Buenos Aires. No es posible dudar, por lo tanto, de que las autoridades ya habían calibrado la exigüedad del complot.

Por fin el 17 le llegó el turno

a Robert, cuando en el cuartel de Aguerridos se hizo presente el juez instructor acompañado del escribano y del intérprete Juan Cruz Varela. A pedido del acusado fue testigo del trámite el cónsul francés Antonio Leloir, vinculado al gobierno y sobrino político de Pueyrredón. En una jornada tensa e inacabable Robert se defendió como pudo. Soberbio al principio, se desmoronó cuando lo acorralaron esgrimiéndole su carta: **"trémulo de pavor, los brazos desfallecidos y el semblante de muerto, la nariz afilada y los labios lívidos, perdió la voz tanto que a la distancia de una vara no pudo oír lo que decía"**, afirma el juez instructor, pero sin duda se reportó, pues el doctor Cossio nada nuevo pudo agregar a lo que ya sabía.

Visto que conduciendo el sumario como él lo hacía no se avizoraba la menor posibilidad de que Vigil resultase culpado, el doctor Cossio, con buen acuerdo, resolvió ponerlo en libertad. La pesquisa siguió su curso. Compareció doña Clara Tela. Compareció Bonpland. Declaró el general Fressinet —mencionado circunstancialmente en uno de los papeles de Robert— y negó toda vinculación con quien consideraba de **"cabeza ligera y rango inferior al suyo"**. Fueron citados otros franceses —el comerciante Roguin, el capitán de la "Angélica", Rudereaux— sin aportar nada capital. En suma, el expediente no avanzaba más allá de las constancias de las cinco cartas que lo encabezaban.

El juez comisionado apremiaba al misterioso denunciante. Quería presentarlo a los acusados. Apabullarlos con su testimonio. Pero el incógnito personaje rehuía todas sus instancias y se refugiaba, inalcanzable, en sus escrúpulos. No aceptaba la ignominia de ser un delator.

A su vez el gobierno urgía al juez comisionado. A una conspiración sucedía otra, o mejor dicho, las dos o tres conspiraciones en curso renacían sin pausa, porque sus cabezas —salvo tal vez Carrera, a buen recaudo en Montevideo— eran intocables. ¿Quién se atrevía a fusilar a don Miguel de Irigoyen, a don Feliciano Chiclana, a don Manuel de Sarratea? Hasta el aborrecido Alvear habría sido tabú para el verdugo. Y sin embargo era necesario un castigo ejemplar, porque el gobierno tenía la impresión de caminar sobre un campo minado. Hasta había españoles —tal cual vasco, gallego o catalán que conservaba un trabuco enterrado en los fondos de su casa desde los tiempos de Alzaga— que entonados por el siempre anunciado arribo de la Gran Expedición cavilaban complots, barajando nombres de oficiales realistas prisioneros en San Luis o en Las Bruscas. Pero también ellos eran intocables: les salían de valedores la ingenuidad de sus planes y las raíces profundas echadas en el país, los intereses y los afectos. ¿Se podía entonces dejar escapar la presa que se tenía entre las manos? Varios franceses sin vinculaciones y, sin embargo, importantes —detalle fundamental para un golpe de efecto. Uno de ellos había sido en su patria algo así como gobernador de provincia. Había incluso quien le colgaba del cuello la estrella de la Legión de Honor. Los otros también eran de rango. Uno coronel (y éste sí decía ser caballero de la Legión). Otro ingeniero militar, egresado de la Escuela Politécnica. Si en los títulos había inflación o exceso de hojarasca, el gobierno no tenía interés en escarbar. Por añadidura, la colectividad francesa —algunos profesionales y comerciantes y muchos artesanos— no era importante ni



Doña Javiera Carrera, la Ninfa Egeria de los conspiradores.

mirada con cariño, y, además y sobre todo, era asaz improbable que el gobierno de Luis XVIII se inquietara por la ventura o desventura de cinco bonapartistas.

Inesperadamente el doctor Cossio consiguió algo que a primera vista parece increíble. Logró —así nos lo asegura él— que el denunciante prestara declaración, confidencialmente y sin acta, en presencia de Mariano Vigil. Prescindiendo de lo estafalario del lance, asombra que el insalvable doctor D —como lo llama el juez— tan celoso de su honor y de su anonimato, accediese a quitarse el antifaz nada menos que delante de Vigil, el compañero de viaje de Robert y el amigo íntimo de Mercher. Sea lo que fuese, dijo lo siguiente, en el estilo desflechado del doctor Cossio: "Robert me dijo después que llegó de Montevideo

que se iba para Chile a fin de entablar una correspondencia con la familia de Carrera y promover una revolución en Chile y Buenos Aires dejando aquí de corresponsal suyo a Lagresse. El plan debía ser matar a San Martín y al Director de Chile con algunos otros jefes. También me dijo Robert que de Montevideo debía venir Carrera para reunirse a los malcontentos de Buenos Aires y con ellos romper la revolución particularmente contra el Director Pueyrredón, para cuyo caso debía venir y desembarcar una noche después que hubiesen entrado mil hombres poco a poco con destinos varios y fingidos, cuya estratagemma llevaba por objeto distraer la atención y vigilancia del gobierno y finalmente también me dijo Robert que Artigas debía hacer de su parte todo el posible esfuerzo para

el mismo intento". Se conseguía así dar una interpretación inequívoca a las palabras "des-hacerse de dos hombres", pero que Robert se trasladase a Chile para "promover una revolución en Buenos Aires" se daba de las astas con el contenido explícito e implícito de las cartas y con el sentido común.

El 14 de enero Mercher dirigió una nerviosa esquila a Vigil. Puesto que estaba condenado de antemano —decía— no le quedaba otro recurso que la fuga. Sabía por Alfonso Durand —un médico amigo de ambos— que huir en opinión de Vigil no era imposible. Le rogaba por lo tanto que se encargara de los preparativos.

Dos días después un soldado encontró la carta en una escalera del cuartel y Vigil fue arrestado. Se ignora cómo viajó el papel desde la celda hasta la escalera porque las autoridades no se preocuparon de averiguarlo.

El sumario indagatorio se había cerrado y con el informe del doctor Cossio pasó a estudio del Director Supremo, en cuyo despacho —o en el del ministro Tagle— durmió mes y medio. Acaso se debatiere la suerte de los franceses entre los amigos de la "mano fuerte" y los de la "mano suave", que convivían en el gobierno, como en todos los semejantes, y que, con cierta latitud, se podrían asimilar a los dos partidos existentes desde el 25 de mayo, fusionados entonces en el de Pueyrredón. También es posible que no hubiese unanimidad sobre el informe del doctor Cossio, el cual está fechado el 22 de enero y ocupa las fojas 99 y 100 del sumario, pero fue cosido con posterioridad, porque la foja 98 corresponde a un documento del 14 de febrero. Es preciso señalar, además, que el "22" de la datación está trazado sobre un "19" al

que corrige. El error es muy común y habrá sido inocente, pero la enmienda era forzosa porque Cossio mencionaba las actuaciones por la fallida fuga de Mercher y estas concluyeron el 21. Lo que está fuera de dudas es que Pueyrredón, que sentía amenazada su vida y que veía su honor roído por las habillitas calumniosas y el enjambre pasquintero, exigía la creación de un Tribunal Militar que encarase las causas por conspiración con procedimientos radicales y en única instancia. El levantamiento de los prisioneros españoles en San Luis vino en su ayuda.

A fines de febrero el teniente coronel Iriarte ingresó en la celda vecina a la de Lagresse y frontera a la de Robert. Vinculado tardíamente a la facción de Sarratea —luego del destierro del jefe— había fomentado, con onzas facilitadas por doña Melchora, el descontento de los negros del Tercer Tercio Cívico, a quienes el gobierno quería acuartelar de noche, en ausencia de las tropas de línea. Pero la viaraza de los morenos no pasó de una reunión tumultuosa en la plaza Montserrat, matizada con algunos tiros al aire e insultos a sus oficiales y antes de que corriesen dos semanas Iriarte había sido arrestado. En su primer día de calabozo unos golpes secos y regulares en la pared le hicieron conocer el alfabeto del condenado: tantos golpecitos como el número de orden con que se ubica cada letra en el abecedario. Por este medio y probablemente también por el trato personal en los corredores y patios del cuartel, trabó relación con cuatro de las muy contadas personas a quienes retrata con nobleza en sus memorias.

Los franceses se sentían atrapados por un mecanismo destinado a triturarlos y Parchappe y Dagrument no se resignaban a ello. Comenzaron a

preparar la fuga con paciencia. Todas las tardes, a la hora de la siesta, Parchappe ataba un candelero con una vela encendida al extremo de una soga y la hacía correr por la viga del techo. De este modo, en un trabajo de días, iba quemando las alfajías del cielorraso hasta abrir un boquete por donde debía huir con Dagrument. Luego con un cuchillo de mesa escarbaba en el muro para abrirle al amigo un camino hacia su celda.

Robert, con su sumisión de vanidoso a las exterioridades, que en él rozaba lo heroico e imponía respeto, se esforzaba

en mantener un continente orgulloso y digno, a pesar de eventuales desfallecimientos. No ocultaba, empero, el odio que le inspiraban sus verdugos. El 7 de marzo Iriarte cumplía 25 años y se lo dijo. Le agregó: **"siento morir sin haber conocido los placeres de la vida"**. **"Yo —le respondió Robert— tengo 31 años⁷ y no siento morir por los goces de la vida. He disfrutado largamente de ellos. Lo único que me mortifica es morir sin venganza"**.

Dos días después el coronel Rolón acompañado de varios soldados irrumpió en la



Vicente Dupuy, gobernador de San Luis, a quien se encargó la intercepción de los conspiradores.

celda de Parchappe y le hizo poner grillos. Luego repitió la operación con Dagrument y Lagresse. El intento de fuga había sido descubierto. Al día siguiente —el 10 de marzo— Pueyrredón y Tagle remitieron el sumario a la Comisión Militar que se acababa de nombrar a su demanda, haciendo redactar y firmando el decreto correspondiente en el margen del oficio del doctor Cossio, para que no quedasen dudas de que dicho oficio —cuyo meollo lo constituía la entrevista entre Vigil y el doctor D— formaba parte de lo actuado. Al conceder tanta importancia a lo que no se diferenciaba mucho de una denuncia anónima el gobierno confesaba la precariedad de sus pruebas.

Para armar la causa fue designado Juez Fiscal el capitán Luis Argerich y abogado defensor el de igual grado Saturnino Perdriel. Los miembros del tribunal militar —presidido por el general Rondeau— estimaron que las pruebas bastaban o que yendo al grano podían obtenerse otras nuevas y resolvieron prescindir del informe de Cossio, por lo cual el juez fiscal dio recibo por un sumario compuesto solamente de 98 fojas. Argerich inició sus tareas con bríos juveniles. Condujo los interrogatorios siguiendo a su predecesor, pero con mayor brevedad y concisión. Como las lagunas de la indagatoria a Vigil —quien continuaba detenido tras el intento de fuga de Mercher— eran palmarias, resolvió inquirirle por su carta a Carrera y por la de este a Ursúa. A ambas preguntas contestó el chileno con desenfado más o menos lo siguiente: **“Esas cartas no existen, la prueba es que no aparecen”**. Satisfecho con lo cual, y para no desmentir que el juicio militar era el heredero del sumario civil, Argerich lo puso

en libertad. Robert debió explicar el sentido de la frase que en mala hora había escrito y lo hizo puerilmente. Afirmó que no sabía quiénes eran los dos hombres de que había **“que deshacerse”**: Carrera le había dicho que en Chile sólo tenía dos enemigos pero no le dio sus nombres. **“Su tarea”** no era otra que la de llevar una carta a un cacique araucano y por eso la calificó de **“fácil”**: luego de la toma de Talcahuano por los patriotas el camino al sur de Chile quedaba expedito.

A los tres principales acusados se les permitió redactar sendas defensas pero sin darles acceso al sumario, derecho reservado al defensor que se les había designado.

La defensa de Mercher se redujo a la exposición de sus penurias. Lagresse se batió con uñas y dientes, menudeando en razonamientos y pruebas y en apelaciones a la equidad de los jueces. Robert fue admonitorio y soberbio, más allá de algún elogio a los miembros de la Comisión, inevitable en quien conserva alguna recóndita esperanza de salvarse. Adujo, en esencia, que él, Carlos Robert de Connant, no podía ser un asesino a sueldo, se remitió al juicio de la posteridad —que casi ha olvidado este episodio marginal de la historia— e insistió en la inocencia de Lagresse.

El alegato de Perdriel resultó de pobreza franciscana, lo que explicaremos ingenuamente arguyendo que el capitán de Aguerridos había optado por los arreos de Marte y no por la tribuna de Cicerón. Por su parte, Argerich encontró que eran inocentes Parchappe, Dagrument y Mercher (casualmente el amigo de Vigil) y para Robert y Lagresse pidió la pena de muerte. El 30 de marzo la causa estaba en estado de sentencia, pero como la labor del fiscal no satisfizo

a quienes podían juzgarla, a fojas 99 y 100 del expediente reaparecía el oficio de Cossio.

El Tribunal se expidió con rapidez y en un todo de acuerdo con el dictamen de Argerich. El 31 de marzo, en un seco fallo, Robert y Lagresse fueron condenados a la pena de horca, procedimiento nominal, pues no existiendo verdugo en Buenos Aires, los reos debían ser fusilados.

En el cuartel de Aguerridos y desde mucho antes, el desenlace no era un misterio para nadie. Cuando Robert y Lagresse cavilaban sobre el misterioso personaje que había sellado su suerte y cuya sombra pasaba sobre el proceso, se les ocurría el nombre de Bonpland, aunque sin llegar nunca a la certeza. Ambos aguardaban el trance insondable con valor, pero con muy distintas tensiones psicológicas. Lagresse acogió la idea de la muerte con falta de imaginación burguesa o campesina y con toda la entereza posible en tales casos. Robert se revolvía contra ella, pero le espantaba menos como misterio metafísico que como apariencia y vanidad mundanas, lastrada por prejuicios seculares. Al noble de provincia que era o que se decía, le horrorizaba ser ejecutado en un patíbulo. Al caer la tarde del 1 de abril le hizo pedir a Iriarte su navaja de afeitar. Iriarte, receloso, se la negó. Robert recibió la negativa con una risa sardónica e insistió, pero le fue otra vez negada. **“Robert me aseguró esta mañana —le explicó poco después Lagresse a Iriarte— que nuestros verdugos no tendrían el placer de verlo en el patíbulo. Encuentro que hay más nobleza y coraje en presentarse con la frente serena en un patíbulo, que en suicidarse por evitarlo: en mi opinión la acción de Robert habría puesto en duda su valor”**.

Al amanecer unos golpes en la pared despertaron a Iriarte. Oyó una voz y le pareció entender "Adiós para siempre". Se vistió apresuradamente y mirando por la rejilla de su puerta vio a Lagresse sentado en el umbral de la suya. Se acababan de leer las sentencias, que los condenados escucharon de rodillas. Robert, arreglado con pulcritud, entrevistó a Iriarte detrás del ventanillo. "**Vénguese si algún día puede hacerlo**" le conjuró y en prenda de que no olvidase la promesa le hizo entregar "La Pucelle d'Orleans", que lo acompañaba en su celda. El cuartel estaba en movimiento. Patios y corredores se agitaban con actividad nerviosa y grave. Lagresse vio cruzar al coronel Rolón y lo llamó. Tras una vacilación y con el rostro demudado,⁸ el jefe de los Agueridos se acercó. Lagresse le sacudió fuertemente la mano, diciéndole: "**Sea Ud. hombre**". Concluyeron los preparativos y tras despedirse de sus compañeros los dos condenados salieron con semblante sereno y fueron colocados en capilla.

En su última noche Robert y Lagresse cenaron juntos. Recibieron los auxilios de la religión y escribieron a sus familias. Robert dijo a su madre que se le negaba el consuelo de abrazar antes de morir al pobre Lagresse, con quien tantas veces habían comido, bebido y brindado juntos. Lagresse juró a los suyos que moría inocente. Uno y otro afirmaron que perdonaban a sus enemigos.

El 3 de abril en el Retiro—ámbito casi suburbano de tierra pelada, con los cuarteles de espaldas a las barracas, rodeado de cercos agresivos y de casas chatas y dominado por la mole octogonal de la Plaza de Toros— y ante una concurrencia curiosa, anhelante, nutrida y abigarrada

fueron fusilados los dos amigos. Eran las diez de la mañana y ambos murieron con valor. Por gracia especial del presidente del Tribunal sus cuerpos no fueron colgados y expuestos como mandaba la ley.

La colectividad francesa hizo rezar un funeral en la Merced. La iglesia estaba tapizada de negro y hombres y mujeres vestían de luto. Presidió las honras el general Fressinet. Pero el gobierno de Luis XVIII no se inmutó. Cuando tres meses más tarde la noticia llegó a Europa, "Le Moniteur" la publicó entre otras muchas de las recibidas vía Londres: "**Se dice que dos franceses han sido fusilados en Buenos Aires**", y no se ocupó más del tema. Fueron por lo tanto innecesarias las precauciones del ministro Tagle, quien aconsejaba al canónigo Valentín Gómez, nuestro agente diplomático en Francia, la difusión de un folleto justificativo impreso con premura y que había sido leído en sesión pública del Congreso, ante la sala colmada de franceses.

El 10 de abril Mercher, Par-chappe y Dagrúmet fueron embarcados en la "Angélica" y remitidos a Montevideo, ya que la sentencia de la Comisión Militar los obligaba a abandonar el país. Hacia fin de mes llegó Bulewski. Había sido arrestado en Santiago por su supuesta amistad con Robert y se le instruyó un sumario que debía proseguir en Buenos Aires y que se cerró en septiembre sin que, naturalmente, se le probase nada. El complot de los oficiales franceses era una máquina fantasmagórica que debía montar Robert a su arribo a Chile y tampoco se volvió a hablar de la encamisada contra Buenos Aires a cargo de mil mercenarios o montoneros disfrazados que el **doctor D** dijo haber oído de labios del aventurero.

¿Quién era el **doctor D**?⁹ El trato privilegiado que recibió Vigil y la absolución de su amigo Mercher parecerían acusarlo. No cuesta mucho imaginar la entrevista entre el **doctor D** y el chileno como una conversación confidencial entre Mercher (o Robert) y Vigil anterior al viaje a Chile, aderezada y corrida en el tiempo por el doctor Cossio. Pero de la comunicación del Directorio al general San Martín es posible inferir que la denuncia del **doctor D** se produjo cuando ya la tropa de carretas había partido. En efecto, conforme a dicho oficio, al teniente gobernador de San Luis se le habían expedido órdenes de revisar el equipaje de los franceses, pero no de detenerlos a todo trance. Las disposiciones drásticas se habrían adoptado después, cuando las denuncias vagas o las sospechas del gobierno habrían sido confirmadas por un testimonio concreto y posterior a la salida de los viajeros: el del **doctor D**. Si esto exculpa a Vigil ¿tendremos que orientar nuestras especulaciones hacia Bonpland, de quien sospechaban los desgraciados? ¿o hacia M. Roguin, quien debía recibir la correspondencia de Robert para Lagresse y que meses más tarde estaba en tan buenas relaciones con las autoridades como para ser el portador de los pliegos de Tagle para Valentín Gómez que mencionamos más arriba? Lo cierto es que si maliciamos el título y la inicial atribuidos al denunciante como un amaño destinado a despistar a la posteridad o a algún presumible infidente o bien con vistas a una publicación que parcialmente se hizo, nos perderíamos en conjeturas. Pero si dejamos de lado suspiros inspirados por las irregularidades del proceso y por el carácter ambivalente del propio documento, que no pone las cartas sobre la mesa, y

aceptamos que el informe de Cossio a Pueyrredón fue secreto —como el expediente todo— y que en él se hablaba de una persona por Cossio y Pueyrredón conocida, reduciendo por discreción el apellido a la inicial, del texto mismo del sumario surge un nombre que satisface todos los datos del problema.

El doctor D habría sido el

Mercher. Imaginemos al chileno deseoso de arrebatarse a su amigo a una muerte casi segura e instando a Durand (quien, si no lo calumniamos, tenía razones para saber a Mercher a salvo), apremiándolo, hasta no dejarle más efugio que entregar la carta del prisionero a las autoridades o extraviarla candorosamente en las escaleras del cuartel. Y

Durand era varón de temple y agallas, como lo demostró en 1821 en un brutal incidente que tuvo con Bulewski por cuestiones ajenas a nuestra narración. No era un villano.¹¹ Lo movieron sin duda el deseo del bien público, de evitar posibles represalias contra la colectividad francesa, y, si era Durand, de ahorrar males mayores a sus dos amigos. Pero



De izquierda a derecha: Juan José, José Miguel y Luis Carrera, los hermanos chilenos de infortunada suerte.

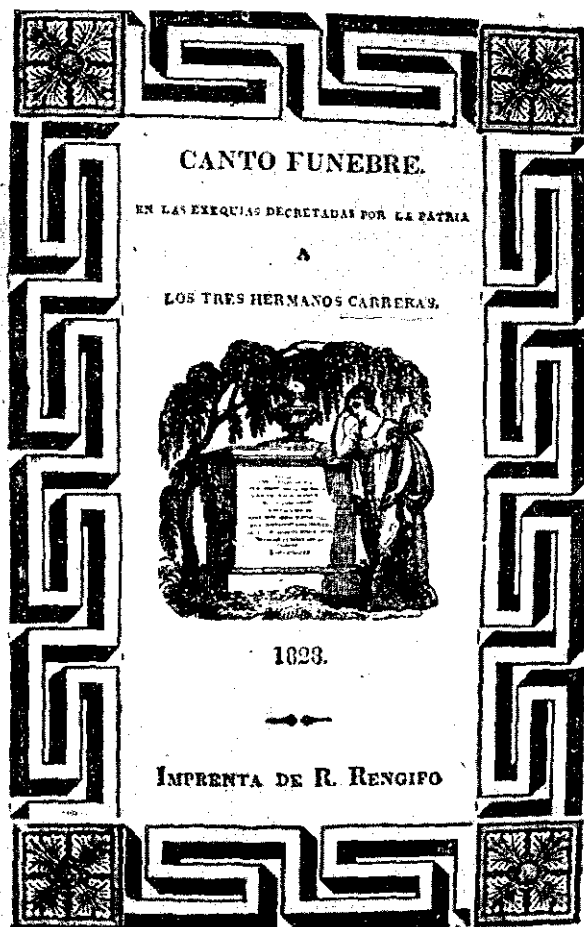
doctor Alfonso Durand,¹⁰ amigo de Vigil y de Mercher. Tal amistad explica la buena suerte del primero y la indulgencia que favoreció al segundo, ya que obviamente la denuncia habría estado condicionada a ellas. Además, el doctor Durand no fue detenido en ocasión del intento de fuga de Mercher, a pesar de que estuvo complicado en él, y su amistad con Vigil haría más aceptable lo increíble: la entrevista del chileno con el doctor D. En realidad esta entrevista se tornaría no ya plausible sino estrictamente necesaria y buscada por Durand, con sólo suponer que Vigil había descubierto en él al delator, lo cual pudo ocurrir, precisamente, cuando la frustrada evasión de

aquí vendría como servida la mediación del doctor Cossio, ponderándole a Vigil los favores que le debía a Durand, demostrándole que de todos modos habrían sido detenidos en San Luis y en agravadas condiciones, encareciéndole el abismo a que arrastraba al bueno de Mercher el extraviado Robert, etc. Adviértase, de paso, que hasta ese momento Vigil tenía derecho a creerse el ahijado de su propia estrella y nada más, pues, no conociendo las pruebas que obraban en poder del gobierno, ignoraba la evaporación de las que lo comprometían, salvo la carta de Carrera a Ursúa, que pudo haberla substraído el mismo o darla por perdida en el saqueo de su equipaje.

nada corrobora la segunda parte de su denuncia, que fue el supuesto golpe de mano de los 1000 hombres deslizados clandestinamente en Buenos Aires, que es arduo columbrar de donde hubiesen salido, pues no podían armarlos y pagarlos Carrera ni Alvear, cuyos agobios de numerario corrían casi parejos con los de Robert y sus cófrades. Hay que descartar también que pudiesen cederlos Ramírez o López, que no mandaron en Cepeda un ejército más numeroso y menos aún Artigas, que rechazó a Carrera cuando en fecha posterior intentó acercarse y a quien estrechaban los portugueses. En cuanto a la bolsa de Sarratea —desvelo del gobierno— no estaba abierta para

los exiliados de Montevideo. No obstante, y a pesar de lo absurdo de sus noticias, el doctor D no mintió. Contó lo que le oyó a Robert, es decir las exageraciones canónicas en cualquier conspirador que se precie, aunque sea imposible determinar si Robert novelaba por su cuenta o si se limitaba a repetir lo que le había fingido Carrera. Tampoco es factible precisar si la exposición del doctor D confundía dos intrigas hermanas pero distintas: el complot contra San Martín y O'Higgins en que los franceses tenían parte principal, y la conspiración contra el gobierno de Buenos Aires, que conocían pero en la cual no estaban directamente complicados, o si la confusión fue solapadamente introducida por el doctor Cossio.

En Montevideo Mercher, Parchappe y Dagrumet se unieron a Carrera. Mercher lo acompañó en julio de 1819 en su travesía a Entre Ríos, pero a fines de septiembre se despidió de él con una carta en que lo exhortaba a abandonar sus desatentados proyectos. Cabe suponer que haya regresado a Francia. Poco antes, remontando el Paraná en compañía de doña Mercedes Fontesilla de Carrera, mujer del proscrito, habían llegado a la Bajada Parchappe y Dagrumet, pero no hemos encontrado traza alguna de que siguieran a Carrera en sus andanzas por territorio argentino. Ambos se nos pierden en este punto y Dagrumet definitivamente. Parchappe reaparece algunos años más tarde ejerciendo con éxito la agrimensura, primero en Corrientes y luego en Buenos Aires. Participó en la fundación de Bahía Blanca, colaboró en la obra de D'Orbigny, prosperó, fundó familia y dejó descendencia en nuestro país, pero murió en Francia al promediar el siglo. Fue el único, entre sus accidentales amigos,



que justificó los elogios de Rivadavia.

En cuanto a Bulewsky ya hemos dicho que su encuentro con Robert torció su destino. Fue separado del ejército de los Andes y, tal vez, de la gloria. Era valiente, se consumía en Buenos Aires y multiplicaba vanamente sus representaciones solicitando que se lo destinase a cualquiera de los dos ejércitos que combatían con los españoles. Su carácter violento y díscolo le valió tres sumarios en dos años. Por fin, en 1824 se le presentó la primera ocasión, bastante gris, de desenvainar el sable. No contra los realistas, sino contra los pampas. Y el jefe no era San Martín sino Martín Rodríguez. En un parlamento con los salvajes se ofreció como rehén y fue alevosamente lanzado con siete compañeros.

A poco de llegar a Chile, Vigil fue comprendido en una medida preventiva de O'Higgins que desterró a Nueva Granada a buen número de carrerinos. El chileno enraizó allí, sirvió con Bolívar, gozó de su confianza y murió con un alto grado en el ejército de Colombia. Se le imputa — como a sus camaradas de la emigración carrerina — haber predispuesto el ánimo de Bolívar contra San Martín.

La moraleja de este relato es obvia. El Directorio, que tan sin piedad aplastó las fantasías conspirativas de Robert y que hubiese sobrevivido indefinidamente a las maquinaciones de los Sarratea y los Alvear, se desplomó como un castillo de naipes cuando meses más tarde se desataron las auténticas fuerzas históricas. □

1 Según Dauxion de Lavaysse, Fresinet había comenzado su carrera militar como peluquero de los Dragones de Orleans. (Carta a Lally Tolland, Museo Mitre).

2 Los dos últimos números aparecieron con una semana de retraso. El 5° contiene una "perla", trasunto del desorden en que se debía de trabajar: está fechado el "domingo 2 de mayo de 1818", pero el 2 de mayo de ese año cayó en sábado.

3 Esto es indudable porque se trataba de una idea ya endurecida en Carrera. En carta del 27/6/1818 —un poco anterior a sus contactos con Robert— y supuestamente dirigida a Tomás José de Urrea, se preconizaba el asesinato de San Martín y O'Higgins. (Documentos del Archivo de San Martín, Vol. VI, pág. 304 y sig.). Pero aisladamente consideradas las pruebas reunidas contra los franceses no fueron concluyentes, como se verá.

4 De acuerdo al testimonio directo (y suficiente) de Mercher y a dos testimonios indirectos e independientes, Jung fue muerto por un ceclador y no por el jefe de la partida. Pero en carta a San Martín del 2/12/1818 (Doc. del Arch. de S. Martín, Vol. IV, pág. 607) Pueyrredón afirma que como Jung se resistió, Juan Pablo Rodríguez, "oficial de mi confianza"... "lo dejó en el sitio de un pistoletazo, con arreglo a las órdenes que llevaba". Esta transmutación, consciente o inconsciente, de la muerte de Jung, casi en una ejecución sumaria por mano del propio Pueyrredón, ilumina el momento psicológico del Director Supremo, confirmado por los fragmentos pertinentes de su correspondencia con San Martín y por las confidencias que Iriarte adjudica a Tagle [La Independencia y la Anarquía, página 382].

5 Sin duda Manuel Muñoz Ursúa o algún pariente de éste.

6 En el dictamen del fiscal Argerich y en el cuerpo del extracto publicado por el gobierno (no en el apéndice, en donde se reproduce íntegra la carta de Robert) al transcribir este párrafo se suprime "el ejército está impago", con lo cual se refuerza la interpretación de "deshacerse" como "asesinar". En ambos casos podía corresponder la pena de muerte, pero la catadura moral de los acusados resultaba muy distinta.

7 En la edición de las Memorias se lee "tengo 36 años", pero Robert declaró 31 en 3 ocasiones distintas.

8 El malpensado de Iriarte lo atribuye a miedo de ser asesinado. Las causas pudieron ser otras, pero hay que reconocer que Rolón tenía fama de flojo.

9 En 1874 para Vicente Fidel López

en su "Cuadro General y Sintético de la Revolución Argentina" (Rev. del Río de la Plata, vol. IX) el denunciante era "una persona muy conocida en la ciudad (según las palabras con que se la designa en el proceso)", que en 1888 en el tomo VII de su Historia se transforma en "un señor chileno muy conocido en la ciudad (según las palabras con que lo designa el proceso (!) y que podríamos nombrar)". Como en el interín don Diego Barros Arana había colmado la medida de la malquerencia que le profesaba López al publicar en la "Revista Chilena" la detonante carta de Mitre sobre "Literatura Americana", nos permitimos barruntar en la segunda versión una referencia insidiosa a don Diego Barros, padre del ilustre historiador chileno. Al desencadenarse los sucesos de que tratamos, don Diego Barros, ferviente o'higinista (y cuñado de Felipe Arana), ya estaba de vuelta en Chile, como se ve en Ricardo Donoso: Diego Barros Arana. México 1967, pág. 7.

10 Ruiz Moreno, Risolia y D'Onofrio han sido los primeros en señalar que existen "indicios vehementes" contra Durand, pero como no reparan en las irregularidades que beneficiaron a Vigil y Mercher, dejan escapar el único indicio en verdad vehemente. Por el sumario nos enteramos también de la presencia en Buenos Aires de un amigo de familia de Mercher, el cirujano Detroyat, quien el 14/1/1819 se encontraba en Montevideo o en el Janeiro y a quien el 6/11/1818 se le había expedido pasaporte para Montevideo, gratis por indigencia, lo cual abre perspectivas inquietantes (A. G. de la N.: S 10/C 10/A 9/N 7). Aunque este individuo no era, casi con certeza, "doctor en medicina" sino "médico cirujano", su nombre no debe ser desechado. Bastante traído de los cabellos sería interpretar "el dr D" como "el dr Denunciante".

11 Salvo que haya sido Detroyat (véase nota anterior).

BIBLIOGRAFIA Y FUENTES

- J. M. BERUTI: "Memorias curiosas". Buenos Aires, 1960.
P. GROUSSAC: "Los dos fundadores de Bahía Blanca". Revista Humanidades. Universidad Nacional de la Plata. Vol. XIV.
T. de IRIARTE: "La Independencia y la Anarquía". Buenos Aires, 1944.
G. RODRIGUEZ: "Contribución histórica y documental". Buenos Aires, 1921.
A. RUIZ MORENO, V. RISOLIA y R. D'ONOFRIO: "Aimé Bonpland. Aportaciones de carácter inédito sobre su actividad científica en América del Sud". Publicaciones del Instituto de Historia de la Medicina. Vol. XVII. Buenos Aires, 1955.
B. VICUÑA MACKENNA: "El ostracismo de los Carrera". Santiago de Chile, 1938. "Resumen documentado de la causa criminal seguida y sentenciada en el Tribunal de la Comisión Militar de esta capital contra los reos Carlos Robert, Juan Lagresse, Agustín Dragumette, Narciso Parchappe y Marcos Mercher". Buenos Aires, 1819.
COMISION NACIONAL DEL CENTENARIO: Documentos del Archivo de San Martín. Buenos Aires, 1910. Vol. III, IV y VI.
ARCHIVO GENERAL DE LA NACION: S 10/C 29/A 10/N 5
— S 10/C 29/A 10/N 2
— S 10/C 2/A 1/N 7
— S 10/C 3/A 9/N 7
— S 10/C 10/A 9/N 7
— S 10/C 1/A 4/N 6
— S 10/C 1/A 6/N 11
— S 10/C 11/A 5/N 7
— Biblioteca Nacional N 510 y N 514.
ARCHIVO HISTORICO DE LA PROVINCIA: Congreso de Tucumán. Oficios del Director Supremo al Congreso. Vol. III. IV y V. Oficios dirigidos al Congreso por Instituciones, etc. Vol. IV. Peticiones de particulares. Vol. III.
MUSEO MITRE: A 18/C 6/C 48
— A 18/C 6/C 36 bis.

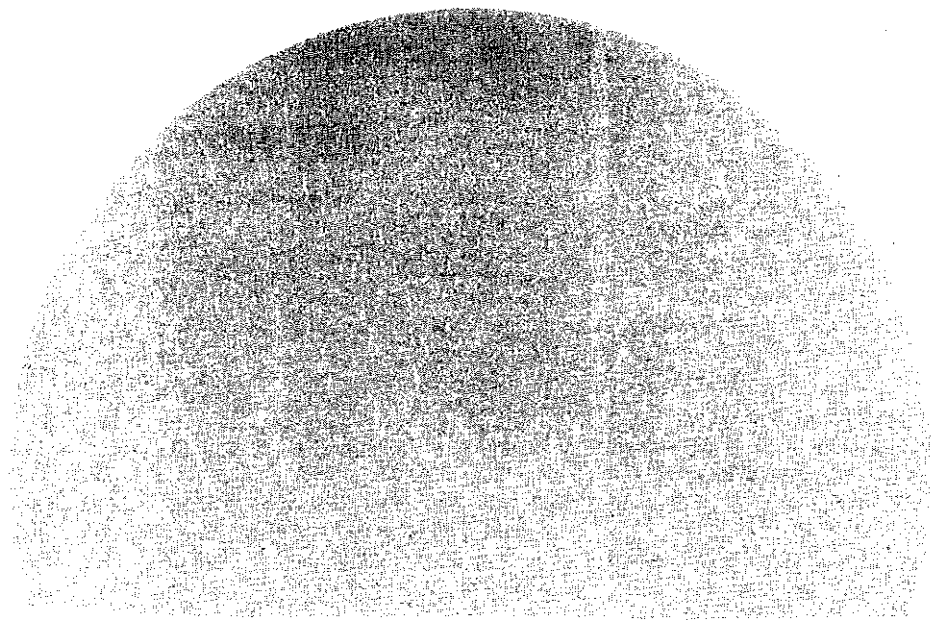
AHORA TOKYO

Inauguramos una oficina de
Representación en la moderna
y pujante capital japonesa.
Estamos convencidos de que
nuestra presencia en la misma

será un eficaz medio para facilitar
el objetivo que nos hemos
propuesto: incrementar las
relaciones comerciales entre
el Japón y la Argentina.

Representación en Tokyo: Yurakuchō Denki Building -N-
Room 1901, 7-1, Yurakucho, 1 chome, Chiyoda-ku, Tokyo 100
Tel.: (03) 213-7351/2 — Tx.: 02224018 BNATYO.

 **BANCO DE LA
NACION ARGENTINA**
en su nación, su banco



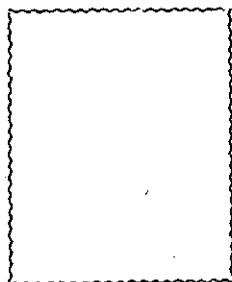


*Un regalo
imaginativo
que usted puede
ofrecer*

**Con la moda
de regalos,
el regalo que
nunca pasará
de moda**

UN INCENTIVO PARA SU IMAGINACION
Y LA DE SUS HIJOS.
PARA SUS FAMILIARES.
PARA SUS AMIGOS.
PARA SUS CLIENTES.
EN EL PANORAMA MAS AMPLIO DEL DEVENIR
QUE FORJO LA ARGENTINIDAD.
REGALE —Y REGALESE— UNA SUSCRIPCION
ANUAL A TODO ES HISTORIA, LA PUBLICACION
UNICA EN SU GENERO QUE, DESDE HACE
TRECE AÑOS ININTERRUMPIDOS, INVESTIGA
EL PASADO PARA DAR CON LAS CLAVES
DEL PRESENTE.
POR ESO
PARA LAS FIESTAS DE FIN DE CURSO

DE NAVIDAD
DE AÑO NUEVO
DE REYES
EDITORIAL "TODO ES HISTORIA" Y SU
DIRECTOR, DR. FELIX LUNA, LE SUGIEREN EL
MAS IMAGINATIVO DE LOS REGALOS:
LA CRONICA VIVA DE LOS ARGENTINOS,
AUDAZ, PERO SIN PREJUICIOS, VERIDICA
PERO SIN PRECONCEPTOS.
CON LO VERAZ
LO INSOLITO
LO ANECDOTICO
Y CON LA MEJOR FUENTE DE INFORMACION
PARA ENRIQUECER SU BIBLIOTECA.



Editorial

TODOS ES HISTORIA

**Cangallo 1558 4° piso
(Código 1037) Capital Federal
Buenos Aires - Argentina**



**Un regalo
imaginativo
que usted puede
ofrecer**

Usted quiere saber y que sus hijos sepan todo sobre las luchas de una sociedad que cimentó nuestra argentinidad.

Por eso EDITORIAL TODO ES HISTORIA Y SU DIRECTOR, DR. FELIX LUNA, le sugieren un regalo muy especial de fin de curso, Navidad, Fin de Año o Reyes.

Haga llegar como regalo una suscripción paga de revista TODO ES HISTORIA por un año, y nuestra editorial enviará, a la persona por Ud. elegida, una tarjeta con su especial saludo y que le acreditará como suscriptor por 6 meses o un año de nuestra revista, garantizándole su recepción mensual. Un regalo imaginativo que usted puede ofrecer a sus hijos, a sus amigos, a sus clientes. Una inagotable fuente de consulta que enriquecerá cualquier biblioteca.

El pasado histórico argentino desde un punto de vista distinto y audaz. Desde la colonia hasta la actualidad, sin prejuicios ni preconceptos. Lo insólito, lo veraz, lo anecdótico.

Solicito suscribirme a la revista "TODO ES HISTORIA"

seis (6) números \$ 21.000.—

doce (12) números \$ 42.000.—

A partir del número del mes de

debiendo remitirse a:

Nombre y Apellido:

Domicilio:

Localidad: Código Postal:

Provincia:

A tal efecto adjunto la suma de \$

.....

Cheque o giro n°

.....

Firma

JUAN BAUTISTA ALBERDI:

Estudio
Patográfico



Por Armando Mario Pérez de Nucci

Juan Bautista Alberdi nació en San Miguel de Tucumán un 29 de agosto de 1810 y murió un 19 de junio de 1884. Entre ambas fechas media la gloria y la enfermedad. De la primera, de sus acciones y sus obras, muchos se han ocupado. De la enfermedad y la muerte, pocos. A ellas habré de referirme en estas líneas, pero sin hacer abstracción de los principales sucesos de la vida de Alberdi, ya que todo hombre debe ser estudiado médicamente en su medio, dentro de sus posibilidades y a través de sus obras. Sin todo esto, el contexto de historia en medi-

Juan Bautista Alberdi en su juventud. Eran los años del "Salón Literario" de Marcos Sastre. Ya, en esa época, sufría crisis depresivas.

cina se pierde en meras especulaciones técnicas que no tienen otro valor que el meramente enunciativo perdiendo de vista al hombre total en su historia.

Alberdi se injerta en este mundo el año del nacimiento de nuestra patria, una patria a la que él conocería a la distancia, ya que permaneció fuera de ella casi por cincuenta años, en un periplo que abarcó Chile, Uruguay y diversas naciones de Europa.

Último de los hijos de Don

Salvador Alberdi y Doña Josefa de Aráoz y Balderrama, tuvo una infancia feliz y sana. Durante este período la enfermedad estuvo ausente de la vida de Alberdi. De su niñez nos quedan los recuerdos del 9 de julio de 1816, fecha de la declaración de nuestra independencia: "...Aún llegan a mis oídos los ecos de la música del baile...", escribiría muchos años después.¹

De personalidad melancólica y triste, tendiente por épocas a la depresión marcada,

Alberdi era un típico representante del Romanticismo: soñador, idealista, patriota y republicano, fascinado por amores lejanos o imposibles. La depresión le acuciaba con alguna frecuencia, como cuando afirma que "mi madre había cesado de existir con ocasión y por causa de mi nacimiento...", para agregar más adelante que "puedo decir, como Rousseau, que mi nacimiento fue mi primera desgracia".² Esta es una afirmación de Juan Bautista a la que no he encontrado asidero en la documentación estudiada, no pudiendo determinar que su nacimiento haya causado el deceso de la madre, como él afirma. Lo cierto es que quizás esa sensación de culpa pudo haberlo acompañado durante toda su vida, pero de ella heredó "una sensibilidad especial, poetisa de corazón, que sabía cultivar las bellezas del país de los azahares, con frases llenas de armonía..."³ De su padre, heredaría Juan Bautista la energía y rectitud de carácter.

Por aquellos años, San Miguel de Tucumán contaba con 2.137 habitantes, de los cuales 862 eran criollos, 38, españoles, 884 indios y 353 negros o mulatos, según nos relata Lizondo Borda⁴ para alrededor de 1812. En 1816, año de la declaración de la Independencia, el mismo autor estima, por no contar con las estadísticas censales un total de 45.000 habitantes para toda la provincia, de los cuales unos 5.000 correspondían a la ciudad. Los recuerdos de Tucumán quedarían grabados para siempre en el espíritu de Alberdi, y lo acosarían en horas de infortunio y depresión. Rememoraría con fruición "...el campo de las glorias de mi patria, es también el de las delicias de mi infancia. Ambos éramos niños: la patria argentina tenía mis propios años. Yo me acuerdo entre el pasto y las flores veía los ejercicios disciplinares del

FRAGMENTO PRELIMINAR

AL

Estudio del Derecho

ACOMPAÑADO DE UNA SERIE NUMEROSA DE CONSIDERACIONES FORMANDO UNA ESPECIE DE PROGRAMA DE LOS TRABAJOS FUTUROS DE LA INTELIGENCIA ARGENTINA.

POR J. B. ALBERDI.

El saber de las leyes non es tan solamente en aprender o decorar las letras dellas, mas el verdadero entendimiento dellas. (L. 13. t. 1. p. 1.)

BUENOS AYRES:

IMPRESA DE LA LIBERTAD.

Calle de la Paz num. 55.

1837.

Portada del Fragmento Preliminar al estudio del Derecho (Imprenta de la Libertad, 1837). Un libro con influencia saintsimoniana.

ejército. Me parece que aún veo al General Belgrano, cortejado de su plana mayor, recorrer las filas; me parece que oígo las músicas y el bullicio de las tropas y la estrepitosa concurrencia que alegraba esos campos... más de una vez jugué con los cañoncitos que servían a los estudios académicos de sus oficiales en el tapiz de su casa de campo de la Ciudadela..."⁵

Presentó Alberdi enfermedades periódicas durante su

juventud y adultez, casi todas ellas constituídas por accesos febriles y crisis depresivas, una de las cuales nos la relata él mismo: "Tuve que salir (del colegio) a curarme en casa de una tía mía, la señora de Sosa, donde no hacía sino empeorar a pesar de los más delicados cuidados, hasta que el doctor Almeida y sobre todo el doctor Owghan consiguieron restablecerme la salud. La medicina conque me curó este último consistió en la prohibición más

absoluta de todo medicamento. No abra usted un libro, pasee mucho y vaya a los bailes... Vaya usted a ver bailar, respire usted el aire de una sala de baile... Este método, seguido fielmente, sentó tan bien a mi salud, que de régimen medicinal se convirtió casi en un vicio, mi afición a la vida de salones y fiestas. Ese fue el origen de mi vida frívola en Buenos Aires que me hizo pasar por un estudiante desaplicado".⁶ Esta crisis de Alberdi fue descripta por los médicos tratantes como una "fatiga depresiva". Ya desde esta época alternaban en Alberdi períodos de euforia marcada con lapsos depresivos profundos. El mismo nos lo hace notar, en el relato de este primer episodio: "Adquirí (en el Colegio) dos amistades, fueron Miguel Cané y el estilo de Juan Jacobo Rousseau; por el uno fui presentado al otro... Rousseau fue desde ese día, por muchos años mi lectura predilecta... En la Universidad y en el mundo, Cané y yo quedamos inseparables hasta el fin de nuestros estudios...".⁷ Entre esta declaración y su crisis depresiva media un esfuerzo desmesurado y prácti-

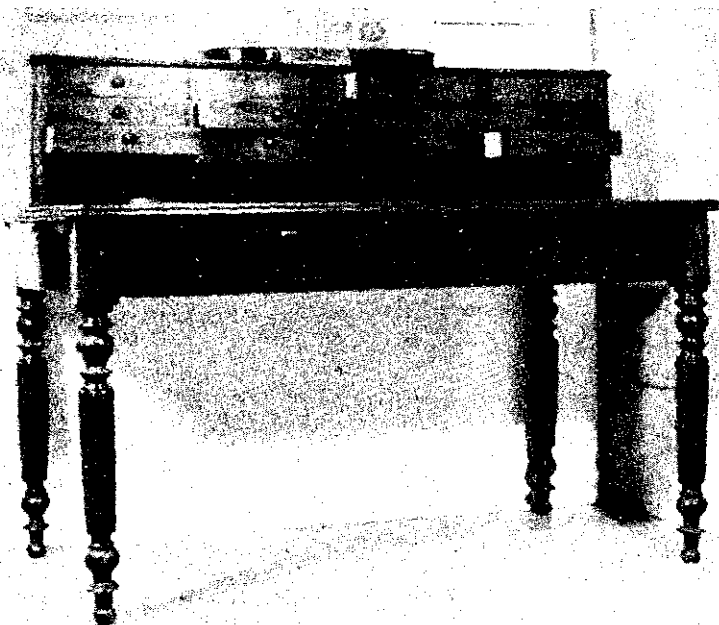
camente inagotable, que le llevó a leer horas y días a Rousseau, hecho que probablemente fue el desencadenante de la enfermedad.

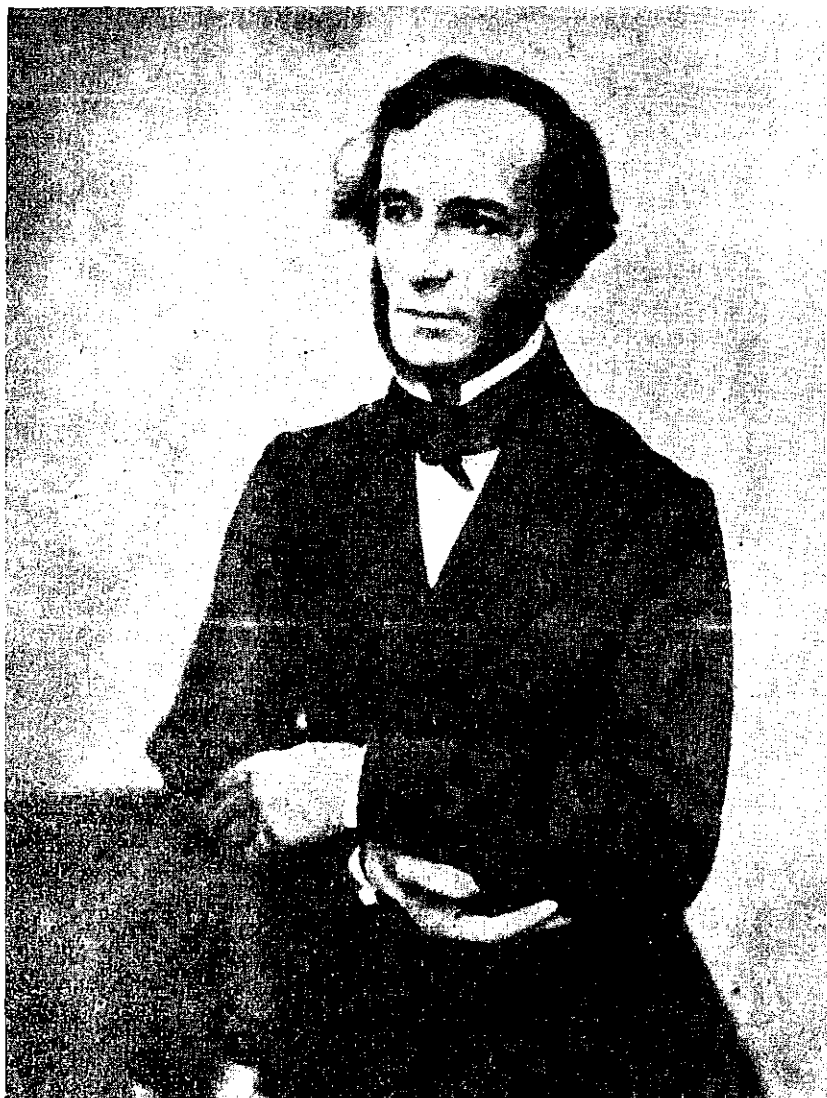
Ya en Francia, en el año 1843, aparece de nuevo en su vida la enfermedad, esta vez bajo la forma de un cuadro de fiebre muy alta a la que siguió una terrible depresión, que lo abate en medio de una de esas profundas crisis nerviosas que le eran conocidas y característicamente repetitivas. ¿Enfermedad de trasfondo psicósomático? La lógica así lo hace parecer. Lo cierto es que esta vez permanece en cama durante una semana. Este hecho, así aislado, podría servir para esbozar un perfil patográfico de Alberdi, bastante aceptable desde el punto de vista médico. Pero, ya he dicho al comienzo, y lo he expuesto ya en otras oportunidades, el individuo sin contexto histórico y cultural poco o nada hace a la personalidad.⁸ Esta indisposición impidió a Alberdi concurrir a una comida que compartiría con el General San Martín, a quien ya no volvería a ver con vida. Este simple hecho aumentó notablemente y alargó en tiempo su cuadro de-

presivo. "Al respecto, vale la pena transcribir la descripción que del Libertador nos hace Alberdi: "...Qué diferente le hallé del tipo que yo me había formado, oyendo las descripciones hiperbólicas que me habían hecho de él sus admiradores de América. Yo le esperaba más alto, y no es sino más alto que los hombres de mediana estatura. Yo le creía un indio, como tantas veces me lo habían pintado; y no es más que un hombre de color moreno de los temperamentos biliosos... Me llamó la atención el metal de su voz, notablemente gruesa y varonil. Habla sin la menor afectación, con toda la llanura de un hombre común... Su bonita y bien proporcionada cabeza, que no es grande, conserva todo su cabello, blancos hoy casi totalmente; no usa patilla ni bigote, a pesar de que hoy los llevan por moda hasta los más pacíficos ancianos. Su frente, que no anuncia un gran pensador, promete sin embargo una inteligencia clara y despejada; un espíritu deliberado y audaz...".⁹

A fines de 1883 y comienzos de 1884, cuando regresaba de Europa y rumbo a Chile, sufrió

El escritorio de trabajo de Alberdi que se conserva en el Museo Histórico Nacional.





Alberdi adulto. Una vida al servicio del país, sin ambiciones políticas personales.

otra intensa crisis depresiva, esta vez con deseos de quitarse la vida al bordear la costa del Plata, en el trayecto de Río de Janeiro a Santiago. Días más tarde, volvía a recuperar el ánimo perdido, como él mismo lo atestigua: "...Comencé a reirme del deseo que había tenido de suicidarme..."¹⁰ para recaer en forma más aguda días más tarde: "Poco falta para llorar a gritos y deseo que el temporal me acerque a la costa (del Plata)". El frío, el mar y las tempestades influenciaban negativamente sobre su estado de ánimo: "El agua salada y los pescados, he aquí mis dos enemigos mortales.

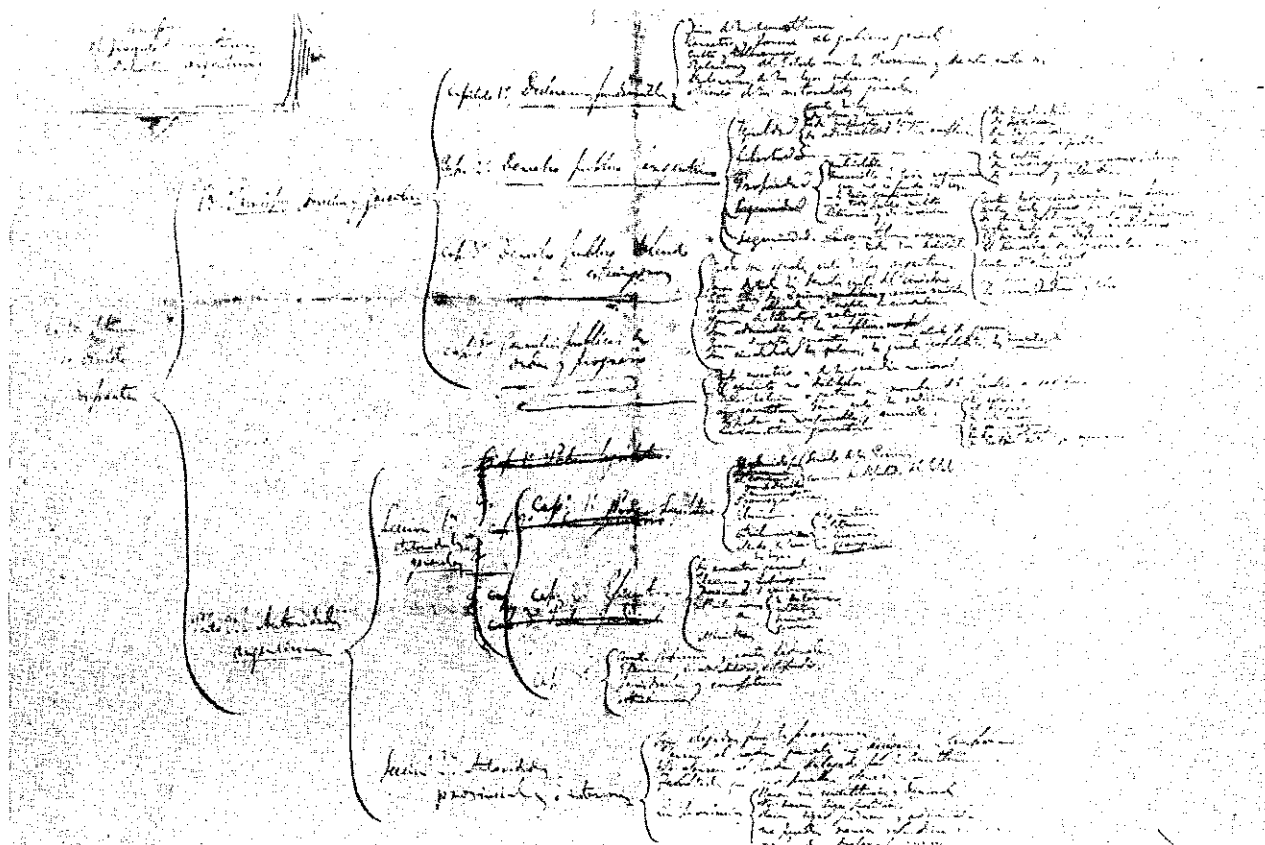
No les daré el gusto, porque si el buque naufraga, me encerraré en mi camarote y me degollaré..."¹¹ Aterrorizaba a Alberdi la idea de naufragar y morir ahogado; tenía siempre a mano una navaja de afeitar. Durante el día la llevaba en sus bolsillos. En la noche, sobre la mesa de luz, cerca de sí. Además, con frecuencia padecía de insomnio por la misma razón, sobre todo cuando el mar no se hallaba calmo. No he podido recoger información sobre otros viajes por mar de Alberdi. Hubiera sido un elemento de valor para considerar este temor fóbico al mar y los peces, que integra

el cuadro depresivo del prócer durante esta época de su vida.

En 1864, ya Embajador Plenipotenciario de la Confederación Argentina en Europa; suspende un viaje a Londres "por estar afectado de la vista" enfermedad que le impidió concretar entrevistas importantes para el desarrollo de las negociaciones que nuestro país había emprendido. No se han descrito enfermedades oculares de Alberdi con posterioridad, lo que me hace suponer de que pudo tratarse de una conjuntivitis o una blefaritis aguda, que cedieron sin dejar tras de sí ningún rastro.

A pesar de su delicada constitución, Alberdi pensaba que la condición enfermiza de su organismo era un factor que le predisponía a la longevidad, como lo manifiesta a su amigo Sarratea en una carta desde París, fechada el 16 de diciembre de 1868, con motivo del fallecimiento de su amiga y protectora, Madame de Mendeville: "...Como desesperar en vistas de estas largas existencias que tendremos la dicha de vernos nosotros que no somos octogenarios. Usted y yo tenemos, como Madame de Mendeville, la ventaja de ser enfermizos y débiles, condición frecuente de la longevidad. Cuatro años le han faltado para un siglo, y ha muerto de presidenta de la Sociedad de Beneficencia..." Esta aseveración resultó, a la larga, una verdad histórica.

En 1878, a los sesenta y ocho años de edad, Alberdi envejecía lenta y dignamente en París, agotado espiritualmente por los enfrentamientos y luchas políticas que sufría nuestro país, herido por las diatribas y las calumnias, cansado de contestar con su pluma lúcida y a veces mordaz el ataque de sus adversarios. Creía en él el deseo de retornar a la Patria pero, en pleno trabajo (redactaba una biografía de Gutiérrez), la falta de sueño y el esfuerzo continuado lo



Apuntes de Alberdi para sus libros "Bases". Supo unir el romanticismo con el historicismo.

agotaron nuevamente, ocasionándole una "pérdida de sangre por el pulmón". ¿Enfermedad de romántico? Si bien no hay pruebas concluyentes, todo lo hace suponer así, sobre todo que esta enfermedad era típica del siglo y es probable que Alberdi sufriera el contagio desde muy joven. Esta sintomatología ya se había presentado en varias oportunidades desde su juventud y era la tercera en los últimos quince años: "Desde mi niñez he estado expuesto a pérdidas de sangre. Mi reciente ataque en París es el tercero que en quince años he experimentado. Examinado por grandes médicos, todos me han dicho que no tengo vicio orgánico en el pecho... La falta de ambición es el secreto que me preserva de estar viejo, siéndolo en efecto", escribía a Reynal en 1878. A pesar de estas afirmaciones, los médicos que le asistieron en esa oportunidad,

le recomendaron un cambio de clima y Alberdi se dirigió a Saint André Sur Orme el 5 de junio de 1878. Cabe acotar que en esa localidad francesa Alberdi pasó muchos meses de descanso durante un período que abarca veinte años de su vida. En la actualidad una de las calles de ese pueblo se denomina Rue Alberdi en su honor, existiendo el proyecto de erigir una plazoleta, ya sancionado por el ex-Concejo Deliberante de Tucumán en el año 1975.

Por aquel entonces, le visita en Saint André el hijo de su amigo Vicente Quesada, de nombre Ernesto, quien en una conferencia en el año 1919 nos pinta el siguiente retrato de Alberdi en su vejez: "Iba llegando a la vejez y parecía a ratos que comenzaba a faltarle el calor, se adivinaba una eminente ancianidad venerable. Su estatura mediana hacía resaltar una hermosa y típica

cabeza, de frente amplia, algo agobiada la fisonomía y con aquellos inolvidables ojos melancólicos que de tarde en tarde llameaban con fulgor sombrío... Se adivina que en aquella alma había abrigado pasiones iracundas... Se le notaba congojoso y pensativo... Soltó la rienda Alberdi de sus recuerdos de la Patria, volviendo a su memoria las hazañas de los tiempos pasados. La cabeza en el acto se irguió: centelleaban los ojos, los movimientos se tornaron más nerviosos y la pasión comenzó a inspirarle... Dijo: ...Mi espíritu está demasiado amargado, mis fuerzas han terminado... Ya he dejado de ser, soy una sombra que espera a la muerte. El martirio que he sufrido, pocos lo comprenderán..."¹² A pesar de la enfermedad, viajó en septiembre de ese año a Londres, regresando a Saint André debilitado y agotado. Tuvo una recaída



Reloj de mesa que perteneció a Alberdi, actualmente en el Museo Histórico Nacional.

que le obligó a permanecer en esa localidad hasta marzo de 1879, informando a Félix Frías desde París en mayo: "Me veo solo, de muy mala salud, sin dependientes ni auxiliares de ningún género, teniendo que hacerlo todo por mi mismo..." Su estado empeoraba día a día y, al abandonar Francia rumbo a la República Argentina el 9 de agosto de 1879, decía sentirse cada vez más débil y alicaído, llegando al borde de sus fuerzas a Montevideo donde se vió obligado a descansar durante algunos días para reponerse antes de seguir viaje a Buenos Aires. Durante esta travesía, regresó a él su temor al mar, a las tempestades, al naufragio y al peligro latente que para su imaginación representaba el océano: "He temido que el viaje y el mal tiempo me hagan vomitar, en cuyo caso sería sangre lo que echara... sa-

lí de este país cerca de 30 años, como prófugo, dejando pendiente muchas cosas que tenía viva curiosidad de examinar y rectificar... Persuadido de que es mejor que allí pase mi enfermedad, estoy preparándome para trasladarme sin demora (a Buenos Aires), en un vapor que me ocupo de elegir..." escribía a su amigo Borbón desde Montevideo el 12 de septiembre de 1879. En Buenos Aires experimenta otra recaída que le impide concurrir a la Cámara en su carácter de Diputado por Tucumán durante el resto del año. En esta oportunidad presenta trastornos en el habla y la escritura, como el propio Alberdi lo expresa en dos oportunidades: "...hallándose hoy mi salud afectada precisamente en los órganos de la palabra y la voz".¹³ Esta sintomatología induce a pensar en algún trastorno de tipo ence-

fático, determinado por una arteriosclerosis, y de acuerdo al cuadro que habría de presentar más adelante.

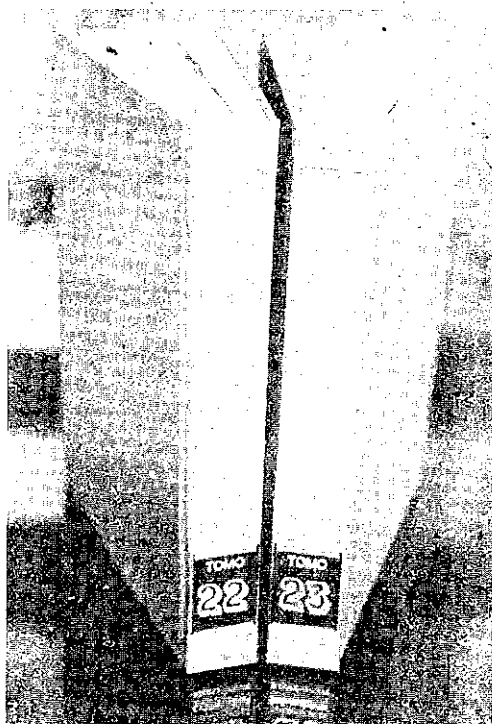
El estado de su salud era por demás evidente y visible. En una carta de Sarmiento a Posse, aquel expresa: "Aquí se ha echado a correr la candidatura de Alberdi para la presidencia, a pesar de lo averiado que ha llegado por la edad y el deterioro físico por su estado valetudinario..."⁽¹⁴⁾ En la colación de grados de la Facultad de derecho, no pudo terminar su discurso: "...sentado en los sillones académicos junto al rector, de las altas autoridades de la nación, con su cara enjuta, su nariz prominente, su frente espaciosa y libre... A veces al inclinarse en el brazo de la silla, recordaba la imagen de Voltaire enfermo. Porque era un Alberdi de la decadencia, que traducía en su cara de intelecto-

LA COLECCION DE

HISTORIA

TODO ES

le ofrece
una visión
diferente
del pasado
argentino,
su política,
sus aspectos
más insólitos.



Desde
la colonia
hasta la
actualidad. Sin
preconcepos
ni prejuicios.

TODO ES HISTORIA
en Tomos encuadernados
de 6 ejemplares a partir del Nº 101

YA SALIO EL TOMO 25

Solicítela a:

Editorial **TODO ES HISTORIA SRL** -
Cangallo 1558 piso 4º - Tel. 46-6965

tual, de raza pura y sin mezclas, todo el martirio de una vida y un pensar muy tormentoso... Habló con voz lenta, en proceso de extinción. No era orador, le faltaba el gesto, el tono, pero traía ese prestigio místico de las reliquias...". La conferencia versaba sobre una síntesis decantada de sus doctrinas y, después de pronunciar las primeras palabras, Alberdi entregó las carillas a Enrique García Merou para que terminara el discurso.(15)

El mismo Alberdi presentía que los años le habían desgastado y que el fin físico podía hallarse próximo. El 13 de junio de 1881 redacta su testamento que seguía las mismas líneas de los de 1853 y 1869.

Después de controversias y enfrentamientos políticos que aumentaron aún más su desazón y contribuyeron al decaimiento de su estado anímico y físico, resuelve regresar a Europa, convencido totalmente de que era el adiós final a la patria, a su Tucumán inolvidable, a los amigos y a los recuerdos de años felices. Se embarca el 3 de agosto de 1881 en el vapor Cosmos hacia Montevideo y allí trasborda al Galicia que le llevaría a Europa. El 20 de agosto, mientras el barco bordeaba la costa de Senegal, un ataque lo derriba bruscamente. De acuerdo a las descripciones, se trataría de lo que llamamos un "accidente cerebrovascular", es decir una hemorragia o una trombosis cerebral. Me inclino a pensar, por lo agudo del cuadro, que podría tratarse de una hemorragia, pero de pequeña magnitud, ya que solamente le produjo una parálisis de la mitad derecha del cuerpo y trastornos del habla, sin poner en peligro realmente su vida. Además, le permitió proseguir el viaje prácticamente sin atención médica y llegar a Europa sin mayores problemas.

Los diagnósticos de la época

ca fueron variados, una vez llegado a Francia. El doctor Salvarezza opinaba que el mal era el llamado "aire" y le indicaba baños termales. El doctor Hardy diagnosticaba "debilidad muscular". Su amiga, la señora de Borbón le enviaba parches porosos "convenientes para su dolencia". El mismo Alberdi, por su cuenta, intentó la "electrohomeopatía", de moda en la Francia de aquellos tiempos. Lo cierto es que su estado mejoró paulatinamente por efecto de la diversa medicación aplicada, o a pesar de ella, recuperando bastante el uso de la mano derecha y pudiendo deambular, aunque con alguna dificultad. Poco duraría su mejoría. Una recaída febril, de características intermitentes, vuelve a agravar su parálisis. A este cuadro se agregan nuevamente "vómitos de sangre" y, como consecuencia de esta última afección, sufre una severa anemia. En esta oportunidad, es asistido por el Doctor Damourette, quien le aconseja regresar a Saint André, vida al aire libre, baños termales y fricciones calientes balsámicas. En esa localidad, el estado general mejora algo, pero se agrava el cuadro depresivo que ya le acompañaba desde su estancia en Buenos Aires agudizado en esta oportunidad por el forzado aislamiento y la imposibilidad de escribir, hecho que lo torturaba constantemente.

A partir de este momento, comienza lenta pero inexorablemente un deterioro paulatino de sus facultades mentales. Comienza a ver visiones en la que se le aparecen los muertos queridos. Durante estas alucinaciones, dialoga con los fantasmas y les pregunta sobre su porvenir. En sus conversaciones diarias, Alberdi confundía las fechas y los lugares, las nacionalidades y los acontecimientos importantes, hacía reproches injustificados a sus mejores amigos. Una

confirmación de este estado mental la podemos obtener de detalles observados en su último testamento. Estaba fechado en París, y se hallaba en Saint André y tildaba de argentino a Flores y éste era el ministro ecuatoriano en París. La letra es vacilante y deformada. En este estado, deja Saint André rumbo a París y allí se interna en el sanatorio del Doctor Defant. El 4 de junio de 1884, con motivo de una citación para comparecer a un juzgado, el administrador de la clínica responde que "le etat de Monsieur Alberdi ne lui permet pas de déplacement".

Falleció en el delirio el 19 de junio de 1884. En sus últimos momentos habrá visto pasar frente a sus ojos la infancia en el querido Tucumán, el baile del 9 de julio de 1816, los amigos y mártires de la Nueva Argentina, el general Belgrano, los amores distantes o imposibles. Quizás también haya podido ver panorámicamente su vida: una existencia productiva, exenta de toda ambición política pero incrustada definitivamente a través de su obra en el espíritu de la Nación Argentina.

Su aspecto, aún en la muerte, era el de un hombre excepcional: "...El color de su rostro era terroso, sus hermosos cabellos se veían hermosos aún..." (16) El 22 de junio su cuerpo fue embalsamado y el féretro depositado hasta octubre en un nicho de la iglesia de San Juan Bautista. De allí fue trasladado hasta el cementerio de Neully. Todavía debía esperar aún más para que sus restos pudieran descansar en su patria y recibir los honores a los que se había hecho acreedor a lo largo de una prolongada, fructífera y desinteresada vida, signada permanentemente por la enfermedad.

¹ Juan Bautista Alberdi, Escritos Póstumos (en adelante EP), tomo XV, pág. 268, tomo XVI, pág. 512.

² Juan Bautista Alberdi, EP, tomo XV, pág. 268.

³ E. Corbalán y M. Lizondo Borda: Alberdi. Coni, Buenos Aires, 1910, pág. 30.

⁴ Manuel Lizondo Borda: Historia de Tucumán, Siglo XIX, edit. Univ. Nac. Tucumán, Instituto de Historia, 1948, pág. 36.

⁵ Juan Bautista Alberdi: Obras Completas (en adelante OC), tomo I, pág. 78.

⁶ Juan Bautista Alberdi, EP, tomo XV, pág. 227.

⁷ Juan Bautista Alberdi, EP, tomo XV, pág. 279.

⁸ Armando M. Pérez De Nucci: San Martín en Tucumán, estudio patográfico. Primer Congreso Internacional Sanmartiniano, noviembre 1978. En este estudio, posterior al presentado durante el Encuentro de Historia Sanmartiniana realizado en Tucumán en septiembre del mismo año, se analiza la necesidad, además del contexto médico, de que el médico historiador cuente con formación en investigación histórica, para no presentar simples relatos patológicos desgajados de una realidad cultural e histórica. También se planteó la situación inversa, la de proporcionar los datos médicos fundamentales a los historiadores para obtener trabajos completos en ambos sentidos. Este concepto deberá lograrse mediante el intercambio y conexión permanente entre unos y otros.

⁹ Juan Bautista Alberdi, OC, tomo II, págs. 335-336.

¹⁰ Juan Bautista Alberdi, EP, tomo XV, pág. 35.

¹¹ Juan Bautista Alberdi, EP, tomo XV, págs. 59 y 80.

¹² E. Quesada: Revista de la Universidad Nacional de Córdoba, tomo II, 106, 110, 111, año 1919.

¹³ Juan Bautista Alberdi, EP, tomo IV, pág. 142.

¹⁴ Carta de Sarmiento a Posse, 24 de septiembre de 1879 en Sarmiento - Posse, Epistolario, tomo II, pág. 476.

¹⁵ J. A. García: La patria de Alberdi, en La Prensa del 26 de diciembre de 1914.

¹⁶ En nuestro estudio Las enfermedades de Alberdi, presentado a las IX Jornadas de Historia de la Medicina, Buenos Aires, diciembre de 1977.

**Los temas
que el país
debate.**

Todo es Historia los publica
Libros de tesis, polémicos, actuales.

DIRECTOR
FELIX LUNA



Solicítelo a:

EDITORIAL TODO ES HISTORIA S.R.L. - Cangallo 1558 piso 4° - Tel. 46-6965

JUAN CARLOS DAVALOS



Y la medicina
popular
en Salta

por Carlos G. Romero Sosa

Durante el desarrollo de las últimas jornadas Anuales de Historia de la Medicina, organizadas por la Cátedra especializada del ramo y por el Ateneo

Juan Carlos Dávalos, poeta y escritor salteño, que fue un agudo observador de las costumbres populares.

subsidiario de la misma, ha sido justicieramente recordado el poeta y escritor salteño Juan Carlos Dávalos en un aspecto trascendente y, sin embargo, poco o casi nada conocido dentro de su extensa y bien valorada obra de sentido costumbrista. Nos referimos al aspecto vinculado con sus acertadas y útiles contribuciones a la historia de la medicina popular hispano-americana, en relación directa con el ámbito salteño.

La personalidad científica de Dávalos ha sido destacada y divulgada hace ya unos años, en un libro especializado de que es autor el Profesor Amadeo Rodolfo Sirolli y al que titula "**Juan Carlos Dávalos y su obra**". En él se valorizan, particularmente, las cualidades de fino observador, aunadas a su talento de investigador para el mejor conocimiento de las ciencias biológicas en general, cualidades todas ellas que hasta le permitieron proporcionar útiles aportes a la zoología y a la botánica.

No trata sin embargo, el referido libro de Sirolli, la faceta referente a la incidencia más que esporádica de Dávalos dentro de la Historia de la Medicina Popular que, justamente, nosotros hemos hecho resaltar en un breve trabajo, titulado: "**Algunos intentos para el estudio de la Medicina Popular en Salta**".

Para ubicar a Dávalos dentro

del tema, hemos querido valernos de sus propias palabras, en las cuales dicho autor nos ha dejado el testimonio valedero de su especial preocupación por esos temas que captó, desde luego, en su continuada labor de exclusivo tipo folklórico, realizada como resultado de sus habituales y frecuentes comunicaciones con los más variados representantes del saber popular en las regiones y sitios por él transitados dentro de los límites de la Provincia de Salta, su tierra natal.

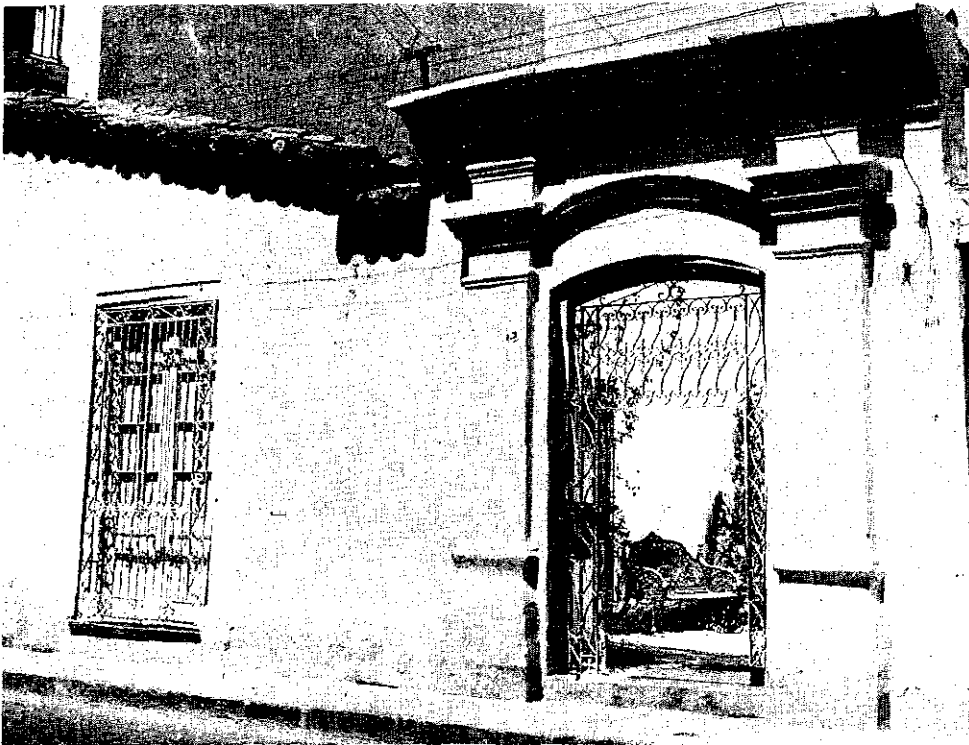
Fue Dávalos, en efecto, un ocasional pero prolijo y serio investigador, como así también difusor, de aspectos variados relacionados con la historia de la medicina popular en Salta, en cuyo ambiente provinciano, en las lomadas de "La Montaña", en San Lorenzo, a las puertas mismas de la capital salteña, vió la luz primera en 1887.

Desde su infancia bebió muchos conocimientos empíricos al respecto, conservando en su privilegiada memoria una serie de noticias y expresiones verbales, escuchadas —entre los trece o catorce años de edad, allá por el año 1900, en pleno Valle Calchaquí— de labios de su abuela paterna: la señora Dña. Asunción Isasmendi de Dávalos de Molina, ex magistrado, político y gobernador constitucional de Salta.

La referida señora acostumbrada a pasar largas tempora-

das ocupada en la atención de sus propiedades rurales en el Calchaquí, especialmente en el "oasis" de Colomé (Departamento de Molinos, Provincia de Salta), dentro de lo que fue parte integrante de la vieja Encomienda del progenitor de ella: del Coronel Don Nicolás Severo de Isasmendi y Echalar, cronológicamente el último Gobernador representante de la Corona de España en la Real Intendencia de Salta del Tucumán.

De aquellos años infantiles del 900, al lado de su abuela, son los nítidos recuerdos que el afamado escritor salteño, consigna en su libro autobiográfico "**Estampas Lugareñas**", editado en la ciudad de San Miguel de Tucumán, en 1941. En ese libro, en uno de los capítulos en los que se refiere a la simpática personalidad de nuestra común antecesora, Dña. Rosaura Urruti de Layne—, describe Dávalos las modalidades peculiares de dicha dama salteña, perteneciente a lo más granado de la vieja aristocracia argentina pero que, a pesar de su origen hidalgo, nunca desdeñó la sabiduría popular de la cual se valía, incluso, para sus propios menesteres domésticos. De tal abuela recibió el nieto un buen bagaje de útiles informaciones y noticias, como así también leyendas y supersticiones de arraigo popular.



Frente de una casa típica salteña. Lo autóctono se une al pasado colonial.

Añorando alguna de aquellas sus conversaciones con Dña. Asunción —la "mamita Anchón" como él acostumbraba nombrarla—, Dávalos escribe reproduciendo el siguiente diálogo que él —niño entonces de sólo trece años, como antes decimos— mantuvo con su abuela, a propósito precisamente de medicina popular, en la amplia despensa allá entre los meses de diciembre de 1900 y de enero o febrero de 1901, durante aquel inolvidable verano cumplido por el autor de "El Viento Blanco" en aque-

llos sus recuerdos de infancia.

He aquí la transcripción fidedigna del diálogo al que aludimos:

—Mamita: ¿la **chuchoca** es una planta?

—Es el maíz tierno, el choco secado al horno con la chala, y desgranado luego.

—¿Y para qué guarda Ud., mamita, semilla de zapallo?

—Para curar la lombris.

—¿Y la semilla de chirimoya?

—Es un veneno que mata ciertos parásitos de las chinascuchinas.

—¿Y la cáscara de naranja?

—Para sahumeros.

—¿Y este yuyo peludo?

—Borraja, para hacer sudar a los que tengan calenturas.

—¿Y estas hojas de rosa?

—Para preparar un jarabe laxante.

—¿Y este yuyo que apesta a zorrino?

—Pues esto es **quinpi**, y al que le duele la garganta se lo dará en tizana, y a quien se lastime le lavaré la herida con infusiones de esta hierba.

—¿Y estos pedacitos de corteza, que son?

—Quina calisaya que los yungueños traen de Bolivia y sirve para curar el chucho...

—¿Y qué son los yungueños? —debió preguntarse el absorto niño—.

—Son los herboristas del altiplano —le habría contestado la "mamita Anchón"—. Y la misma bien informada señora en remedios usuales entre el

pueblo, proseguiría informan-

do: —Esto es paico.

—¿Y para qué es?

—Santo remedio contra el curso forzoso.

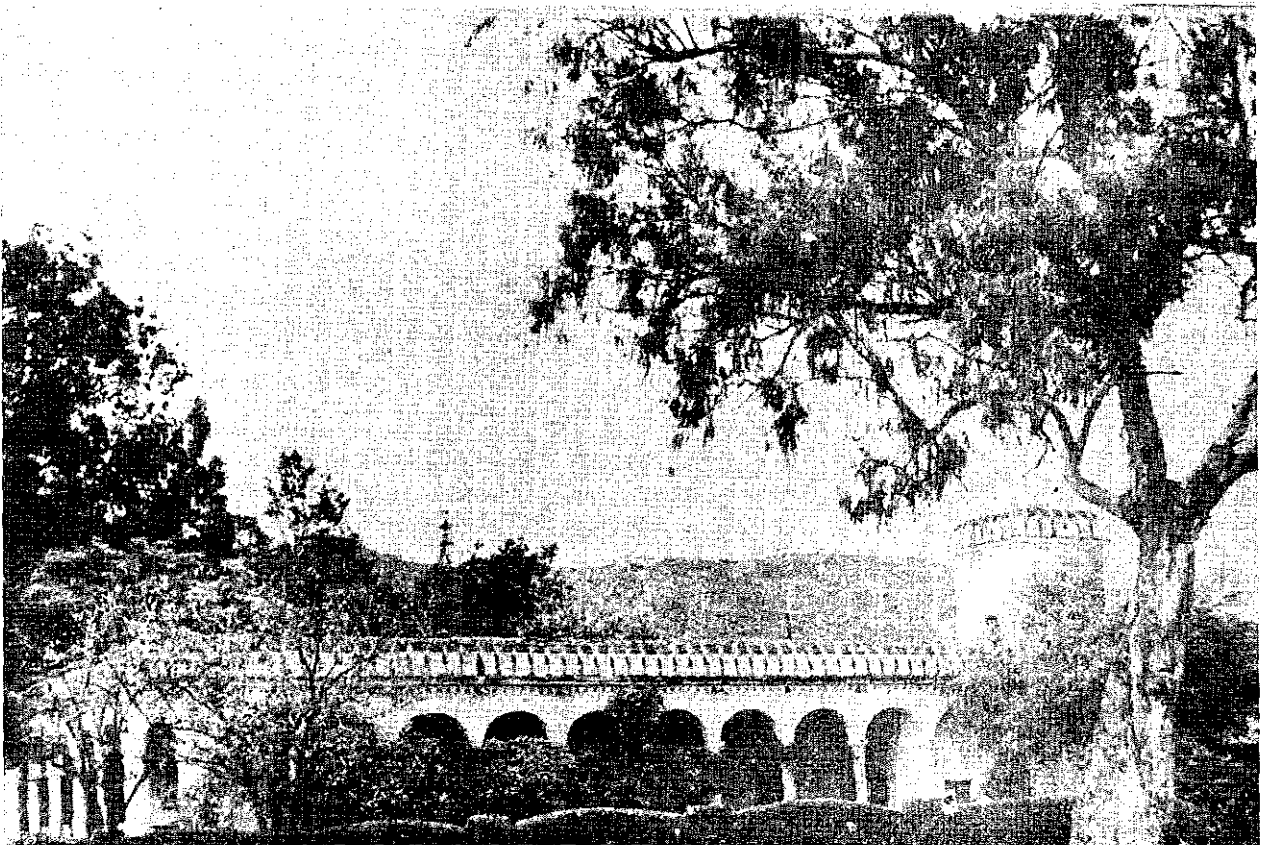
—¿Y qué es el curso forzoso?

—¡Menos pregunta Dios, y perdona!

—¿Y estas semillas?

—Son de tártaro y sirven para aliviar al quisquido. ¡Una solita, basta!"

Hasta aquí, con un breve agregado explicativo nuestro acerca de los "yungueños", todo el diálogo intercambiado entre abuela y nieto, diálogo en el cual Dávalos debió explicar que "curso forzoso" es el nombre que sirve de eufemismo



Finca de Castañares. Antigua estancia y casa de campo próxima a la ciudad de Salta, donde pernoctaron Belgrano y su ejército el 17 de febrero de 1813.



para nombrar a la menstruación y que el regionalismo "quisquido" quiere decir estreñido, como que en realidad, "quisquido" proviene de quisco, es decir el fruto de la tuna o hijo de las pencas o nopales. Tal fruto jugoso y pletórico de semillas que, por cierto, no se ingieren, es un tremendo astringente intestinal.

Aparte de las simples conversaciones que le informaron sobre remedios y enfermedades, Dávalos no desdénó jamás la lectura en el tema referente con la medicina popular americana. En ese sentido, como en otros, sus conocimientos estuvieron muy lejos de ser avaros. Estaba muy al tanto de lo esencial que, al respecto, se había publicado en nuestro país y lo oí lamentarse de que el grande Roberto Lehmann Nitsche, que era médico, no hubiese escrito un breve manual sobre "Medicina Popular en la Argentina".

Era lector e incluso comentador de trabajos de arqueólogos europeos y peruanos que escribieron sobre sífilis y leishmaniosis tegumentaria en la América prehispánica. Difundió en Salta, entre profesionales del arte de curar, amigos suyos, un curioso folleto del médico santafesino Rodolfo Borzone, reproduciendo huacos con signos visibles de deformaciones y huellas de aque-

El misachico: lo cristiano y lo pagano en la tradición indígena.

llas enfermedades que laceran y oradan los tejidos.

Por cierto estaba harto familiarizado con las famosas **"Supersticiones y Leyendas"** de Juan B. Ambrosetti, originalmente editadas en 1917 y de cuya edición le envió un ejemplar Carlos Iburguren, comprovinciano y gran promotor de la obra folklórica de Dávalos. En la segunda parte de dicho libro de cabecera en las lecturas especializadas de nuestro poeta de las montañas, el sabio entrerriano dedica todo un acápite al tema relativo a **"Las enfermedades y su modo de curarlas"** dentro del **"Folklore del Valle Calchaquí"**.

Por lo demás, las conversaciones mantenidas por Dávalos con verdaderos y expertos investigadores locales del tema, fueron también reiteradas y provechosas. Frecuentaba el trato con el Rdo. Padre Fray Rafael Gobelli, quien como misionero franciscano conocía la medicina de los indígenas del Chaco Salteño; con el Ingeniero danés Christian Nélsson, versadísimo en geología, folklore y ciencias naturales; con el médico tucumano Dr. Julio Mendioroz, radicado en Salta como los otros dos anteriormente nombrados, etc. A ellos y a otros hombres de estudio, Dávalos alentó a proseguir sus trabajos científicos y a continuar profundizando en el tema que, en verdad, a él mucho in-



Salta: la América de tez morena. Tradiciones autóctonas.



teresaba también, al menos tangencialmente, y en el cual era entusiasta curioso, aunque no propiamente experto sino más bien observador y a la vez difusor.

Entre todos los estudiosos que quedan mencionados, mayor vinculación tuvo, por sobre todo, con el doctor Mendioroz, su amigo personal y un verdadero humanista en el amplio sentido del vocablo. Se lo presentó el poeta Arturo Peñalba, otro zahorí espíritu en la Salta anterior a 1930. Y con Mendioroz, pulcro y hasta horriblemente aprensivo, Dávalos incurrió por ranchos del suburbio salteño, haciendo preguntas a la gente acerca de picaduras de vinchucas y colaborando en la profilaxis contra el paludismo endémico.

Tampoco Dávalos omitió oportunidad para cambiar opiniones con el amable clérigo español, radicado en "La Paya", cerca del Pueblo de Cachi, Pbro. Miguel Terrés.

Era éste un destacadísimo conocedor de la materia médica popular en Salta, sobresaliendo por las acértadas experimentaciones curativas que llevaba a cabo para demostrar las virtudes médicas de los vegetales.

Por buen hombre de España, el Pbro. Terrés acostumbraba cultivar la medicina en refranes. Dávalos me refirió que, en la rueda familiar, aquel sen-

cillo y generoso Cura de aldea, entre receta y receta endilgaba versillos que por sí mismo gustaba componer, como aquellos que decían:

"Si tienes heridas
las lavas con **quimpe**.
Es ésta receta
certera y bien simple.

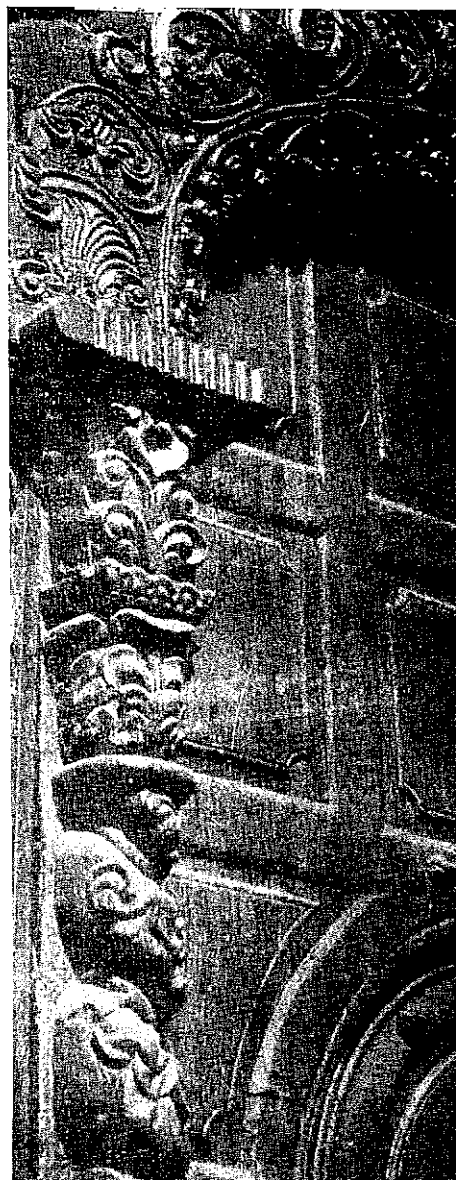
El mismo Dávalos afirmaba haber colaborado con el Cura Terrés en la versificación de tres estrofillas, a modo de receta para paliar los siniestros efectos hepato-gastro-intestinales de un pantagruélico almuerzo con morcillas, asado de cerdo, empanadas y todavía, además, de postre arroz con leche. El paliativo era el siguiente:

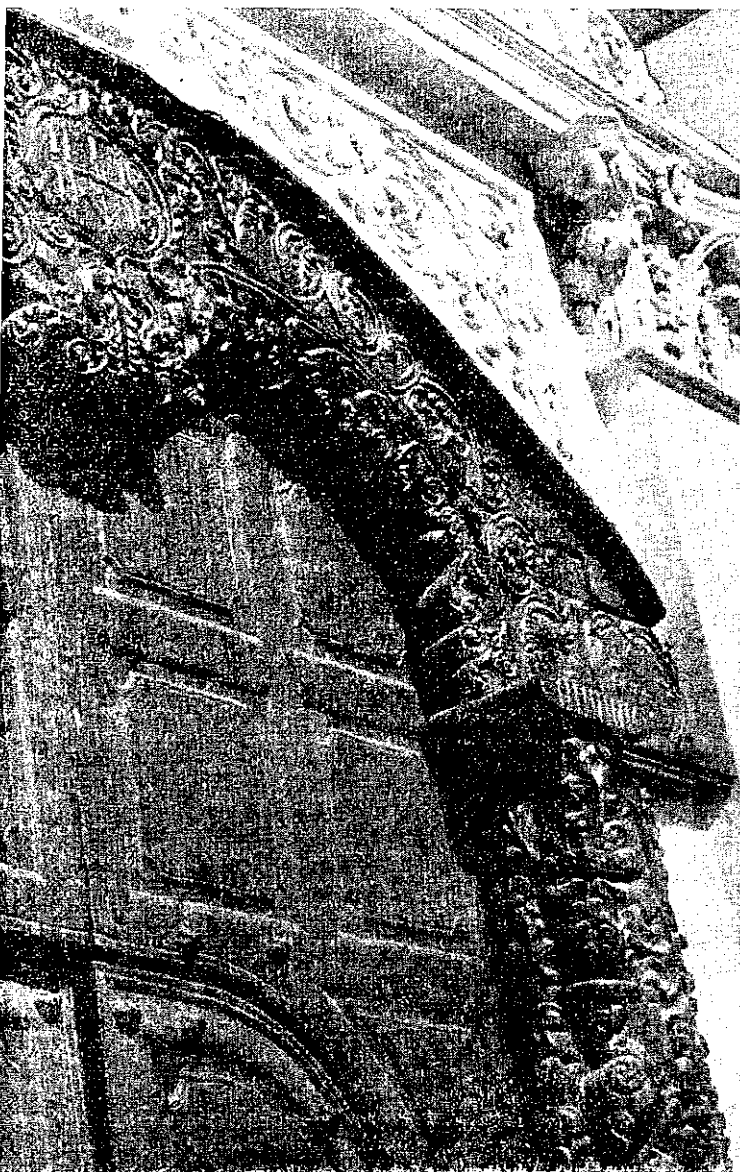
"Como digestivo
un buen té de **COCA**.
Y, luego, no engulla
más nada tu boca.

Después de dos horas,
adoza una pizca
de bicarbonato
a otro té de **COCA**

Y luego camina,
por montes y riscos,
masticando, lento,
un buen **ACULLICO**!

Si bien Salta ha carecido de un sistematizador completo que intentase el estudio integral de la medicina popular en el medio —tal como Orestes





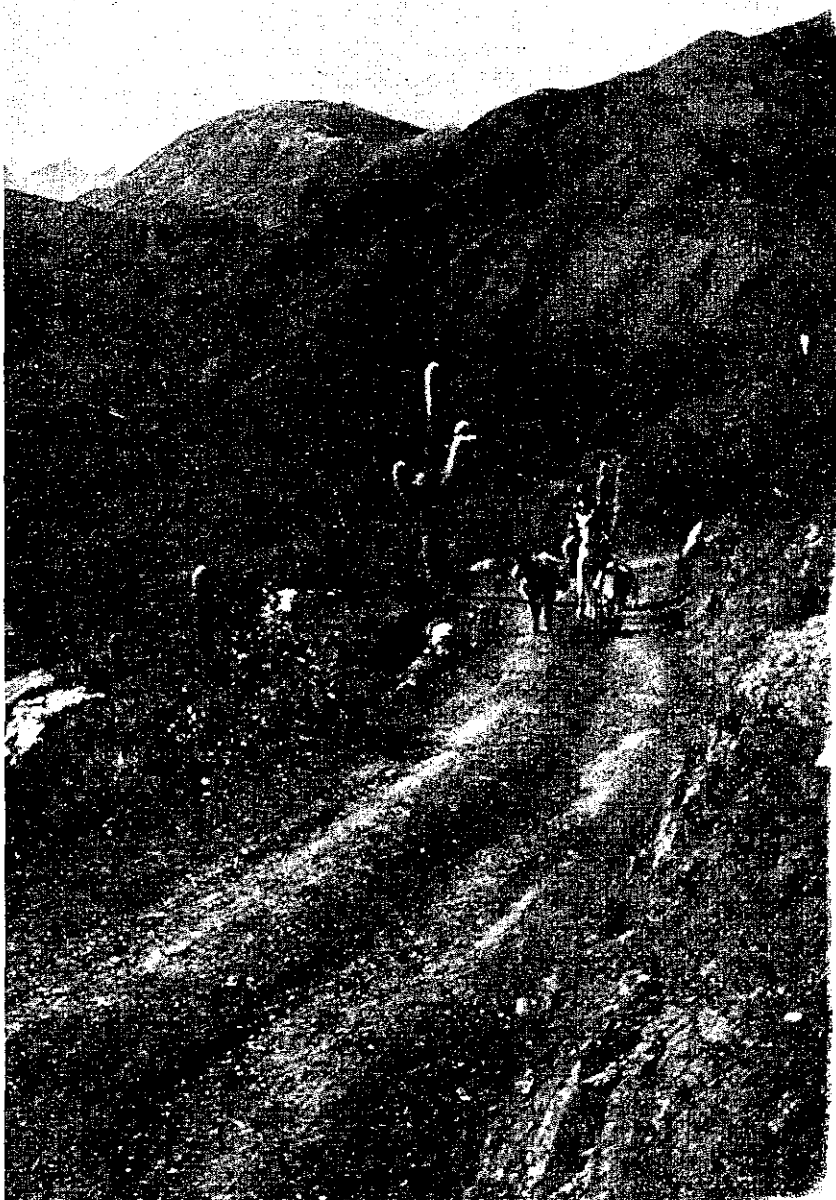
Puerta del convento de San Bernardo, en la ciudad de Salta. De estilo barroco popular de raíz andaluza. Fue tallada en madera de algarrobo en 1762.

Di Lullo lo ha sido en Santiago del Estero—, la cosecha datística y confrontativa, desde luego de ámbito parcial y esporádico, no ha resultado magra dentro de aquel "habitat".

Baste aquí destacar que al propio Juan Carlos Dávalos—escritor y poeta de valía—, no sólo se le deben relatos y comentarios como el transcrito en líneas anteriores, sino incluso, además, hasta verdaderas investigaciones originales en la materia, las cuales—siempre como al pasar— corren impresas en algunos de los propios libros por él publicados.

Juan Carlos Dávalos, en efecto, no sólo era un escritor de jerarquía. Era, además, un formidable autodidacta, con sólida cultura, incluso científica. Y era, también, un intuitivo naturalista y hasta un curioso de las disciplinas antropológicas, no sólo un aparentemente modesto catedrático de Biología en las aulas del Colegio Nacional de Salta.

Por ejemplo, en su libro "**Los Valles de Cachi y Molinos**", publicado en Buenos Aires en 1937, este autor nos demuestra la opulencia de sus conocimientos en materia de medicina popular del noroeste argentino, sobre todo cuando apunta los castigos que la diosa Pachamama infringe a los tragones o glotones, ocasionándoles dolores de cabeza.



Los Valles Calchaquíes: camino a Brealitos

náuseas y trastornos digestivos.

Dávalos deja establecido, además, en ese ya citado libro, que "los Calchaquíes, conservan la terapéutica herbolaria que Vargas Machuca encontró vigente entre los naturales de la América Central.

Por otra parte, con criterio real de investigador, logró establecer comparaciones muy exactas entre la medicina popular usual en las diversas regiones salteñas. Refiriéndose, por ejemplo, a la región calchaquina, exclama: "¡Qué diferencia con las medicinas fronterizas!" Y a renglón seguido explica: "En Anta, uno de los remedios heroicos de la neumonía, consiste en colocar sobre la cabeza del paciente, a guisa de gorra una gallina cruda y sin desplumar, partida por el vientre y chorreada sangre"... Y completa la información, diciendo: "Salvo ciertas recetas atroces, a base de orines, la gente de Cachi, en el Calchaquí, halla remedio para sus dolencias en las infinitas hierbas aromáticas, sudoríferas, drásticas y secantes, usuales en la antigua farmacopea indígena y española"...²

¹ ACULLICO: bolo de hojas de coca que se entremezcla con la propia saliva del coqueador.

² JUAN CARLOS DAVALOS, "Los Valles de Cachi y Molinos" (Bs. As., 1937; pág. 95).



BLACKIE FRENTE AL ESPEJO

Paloma Efron puesta frente a Blackie y revelando los hechos trascendentales de su vida. Las memorias con las cuales amenazaba, pero que nunca llegó a escribir, recopiladas ahora por quien fuera su más íntimo colaborador en los últimos años de su vida. Un anticipo de ese libro que **Todo es Historia** edita en el corriente mes para su colección es lo que ofrecemos a continuación. La obra es un homenaje a la desaparecida figura cuya influencia fue notable en los medios de difusión de nuestro país.

Muchas veces recordaba con afecto y cariño a sus padres. Sentía devoción por don Jedidio y en su escritorio, amén de tener el famoso "sillón del tata", como ella lo llamaba, sobre el piano tenía un retrato junto al cual siempre colocaba unas flores. Una vez le llevé un ramo de claveles que de inmediato distribuyó: **"unas para papá y otras para el peladito** (se refería a su esposo, Carlos Olivari cuyo retrato también tenía sobre el piano) **y otras para mamá"** (su retrato estaba en el dormitorio). Una vez le señalaron: **"Mucha gente la critica porque siempre habla de su familia"**. Y ella respondió de inmediato: **"Claro, porque no tienen esta familia que tengo yo. Supongo que es envidia, pero no me molesta"**. Semanalmente solía reu-

nirse con sus hermanos y cuñadas para tomar el té, una costumbre familiar que no había perdido. Tanto el té como el café solía tomarlo a la vieja usanza rusa, mordiéndolo un terrón de azúcar para luego sorber el líquido.

Quería a su familia, pero deseaba estar sola, en su mundo, ensimismada con sus libros, sus papeles, sus discos. Era una forma de vida que ella había elegido tras la muerte de sus padres y de su esposo.

PRODUCTO DEL AMOR Y DEL RESPETO

Nuestras largas charlas solían efectuarse en su casa, pero muchas veces se prolongaban horas después de un día de actividad. La confitería "Pericles" era en los últimos años

su sitio preferido, después solíamos ir caminando por Santa Fe hasta su casa en el 2808 de esa avenida. Si era muy tarde se iba en un taxi. Le gustaba charlar con gente joven. Con Roberto García, periodista con quien hicimos **"Derecho a réplica"** y **"Volver a vivir"** por canal 9, nos pasábamos horas en alguna confitería recordando anécdotas vividas. Ella solía decirnos: **"Sí, chicos, mucha gente nos criticó por 'Derecho a Réplica', hubo muchos elogios también, pero de lo que nadie se dio cuenta es de la forma en que desmitificamos a los políticos. Los presentamos desnudos ante el pueblo..."**. Para agregar de inmediato: **"¿Se acuerdan cuando (y aquí el nombre de un conocido político) llegó a decirle al panel ante una seguidilla de preguntas agudas por qué no le preguntaban también si era maricón? Fue un programa realmente increíble..."**

En esas charlas recordaba hechos y personajes, rememoraba su infancia, hablaba de los suyos: **"Yo no estaría parada donde estoy si no fuera porque mi familia me entendió, me**



acompañó. En todo momento. Mis padres y mis hermanos. Y el recuerdo de los viejos me ayuda permanentemente”.

“Cuando vinimos a Buenos Aires vivíamos en una casa de la calle Juramento y en la mejor sala papá dispuso cinco pupitres para que nosotros estudiáramos. Por la tarde nos reuníamos todos para tomar el té. Y el viejo, en esas charlas, nos tomaba la lección. Los intelectuales siempre frecuentaban mi casa (Dickman y Gerchunoff lo hacían a menudo) y teníamos varios músicos amigos (Gianneo, López Buchardo, Athos Palma). De la mano de mi padre conocí a Walter Giesecking y de la de mi hermano a Brailowski. Pero aun si hubiéramos vivido aislados del resto del mundo, la influencia de papá y de mamá hubiera sido suficiente para hacernos amar todo lo que fuera conocimiento. Mamá tenía toda la alegría panteista de los rumanos y mentalmente era una mujer muy adelantada a su época (...)

“Mi padre era el ídolo de todos nosotros. Me acuerdo que un día estábamos comiendo —yo tendría unos doce años— y uno de mis hermanos se dirigió al viejo diciéndole: “nosotros estamos muy orgullosos de ser hijos suyos”. Pa-

pá nos miró, hizo una pausa y con esa clase que hacía que lo adoráramos por su inteligencia contestó: “el hecho de que sean hijos nuestros es sólo una cuestión biológica. Quisiera que estén orgullosos de que seamos amigos”. El viejo siempre tenía el consejo oportuno, la frase justa, la explicación lógica. Otra vez nos dijo: “Los quiero de rodillas frente a la inteligencia. Si alguna vez los veo de rodillas frente al poder o frente al dinero, les rajo los dientes de un cachetazo”.

“A mi padre le debo llamarme Paloma, el muy ingenuo creía que yo iba a traer la paz. Mamá, en cambio prefería llamarme Taibele, un nombre que usé durante mucho tiempo”(...).

EL DUQUE, SATCHMO Y ALBERT EINSTEIN

Paloma en Estados Unidos y toda su sed de investigación, sus ansias de aprender, sus ganas de transmitir. En su bolso un pequeño carné. En él una foto de una muchacha joven, bonita, de pelo moreno. Es la credencial de “El Diario” que la acredita como corresponsal de dicho periódico en el país del norte. Ya también se vislumbraba su inquietud por el

periodismo, una profesión que había de ejercer posteriormente en “El Hogar” y más tarde en radio y televisión. La credencial del año 1938 lleva el número 268.

“En Estados Unidos conocí los casamientos negros, los bautismos negros, los prostibulos negros. Yo era la única blanca y tuve así oportunidad de adentrarme en la idiosincrasia de un pueblo que baila cuando camina y volví comprendiendo por qué cantaba lo que cantaba. Por eso a mí nunca me gustó Al Jolson, un misticador que se disfrazaba de negro y cantaba como blanco. Los negros decidieron imitarlo al ver que tenía éxito y también ellos distorsionaron su natural manera de entonar”.

“Durante ese tiempo frecuenté a todos los grandes del jazz: Duke Ellington, Count Basie, Louis Armstrong y además hice una vida altamente cultural. Una tarde visité a Duke Ellington precisamente. El piano silencioso y sombrío llenaba toda una parte de la esquina de la habitación. Las ventanas cerradas dejaban ver un cielo plomizo, una garúa insistente y melancólica y una calle desierta y tranquila. Adentro todo era calor, afabilidad y encanto. El estaba sentado en un cómodo sillón rojo, su figura era elegante y distinguida y hablaba con una cadencia suave, cansina y típica del sur de los Estados Unidos. Su cara era hermosa, la tez canela, las manos magníficas. Manos de artista, manos quietas, de largos movimientos suaves y el talento esparcido en toda su cara, desde sus ojos negros y penetrantes hasta el rictus de su boca firme y voluntariosa. Hablaba de música, de arte, de sociología, con la facilidad de quien desde siempre ha estado en contacto con todas estas disciplinas, con opiniones fundamentadas”. (...)

“Esta vez no hacía frío... era primavera. Nueva York resplandecía bajo el sol brillante.



Los árboles de ese bellissimo lugar que es el Central Park —especie de pulmón verde enclavado en el centro de la ciudad— lucían airosos y brillantes. Un timbre frente a una puerta y una casa blanca, limpia, arbolada. Una mujer abre la puerta. Gorda, sonriente, bondadosa. Entro a un living amplísimo con ventanales que dejan entrar en sus bocas todo el aire de la estación. Había luz natural en la habitación, pero cuando entró él, una misteriosa lámpara de miles de voltios se agregó al ambiente... El traía en su rostro y en su sonrisa, en sus ojos traviosos y en su voz ronca, con mil sabores de raza. Era Louis Armstrong. Estar con él no era tarea fácil porque el afecto de los que lo quieren lo obligaban a una casi reclusión. Esa vez recordó su dura infancia, su vida de privaciones, sus desdichas amorosas hasta que encontró a Lucille... Muchas veces volví a verlo. Cuando visitó Buenos Aires me vi honrada con su presencia en mi casa". (...)

Recuerdos y más recuerdos. Gente, seres de carne y hueso vistos con esa notable humanidad que la caracterizaba, con ese don de observación que poseía. Y uno pasaba horas sin medir el tiempo. (...)

"Cuando viví en Estados Unidos casi todos los domingos almorzábamos con Albert Einstein que quería mucho a mi hermano. Siempre despeinado, siempre dulce, con su pantalón de corderoy, llorando su Europa perdida. Una vez nos encontramos en la casa de campo del famoso antropólogo Franz Boas que reunía a un grupo se-

lecto cuando entró él, con su traje de corderoy marrón arrugado, una camisa blanca y mocasines también marrones. De estatura mediana y una cara con ojos tiernos y quizás un poco ausentes... una cabellera blanca despeinada y larga. No hay forma de describirla sin que una infinita congoja se apodere de mi espíritu, era el genio que había tenido que huir de una Alemania enloquecida para buscar refugio en una quieta universidad de los Estados Unidos. Fue la primera oportunidad que tuve de verlo y al domingo siguiente almorzamos con él en su retiro de Princeton donde vivía con su hermana y su esposa. La casa era pequeña y sencilla, como muchas otras del lugar, claro que era distinta. En ella se albergaba al genio que había dado al mundo teorías revolucionarias y fundamentales, pero también al hombre. Un hombre de vida sencilla, casi monacal; un hombre que tocaba el violín, que cuidaba sus gallinas y pollitos con solícita seriedad; un hombre que en la tarde, sentado frente a la chimenea, gustaba relatar con melancólico acento recuerdos de su patria jamás olvidada. En una de las tantas oportunidades en que dialogué con él le pregunté: "¿Para usted, que todo lo ha reducido a los términos científicos, hay alguna cualidad humana que valore en especial?" Y entonces me dijo: "Naturalmente, de no ser así hubiera tomado el camino de Stephan Zweig... Creo fundamentalmente en el ser humano, en su condición de ser humano. Creo que esa condición lo salvará del desastre. De no poder creer en eso, hija mía, ya no tendría valor para continuar mis investigaciones científicas. El hombre debe encontrarse a sí mismo y ser lo que bíblicamente se describe y en la medida que pueda, un ente racional y emocional. De otra manera está todo perdido". Y su mirada se clavó en las llamas del

fuego con una expresión de enorme dolor"

RECUERDO DE UNA VIDA

Una vida plena, activa, llena de emociones pero también de dolor. Y eso es lo que se refleja en cada página de "Memorias y recuerdos de Blackie", un trabajo apasionante por el cual desfilan grandes nombres del arte mundial. La gente que conoció en su patria durante sus años juveniles y ya en su madurez, sus viajes, sus reportajes.

Los títulos de los capítulos se suceden en una lectura que atrapa: "Una niña se asoma al mundo", "Paloma del canto negro", "De Gardel a Brailowski", "Entre el jazz y el tango", "Todos los hijos de Dios tienen alas", "Ejemplos de vida", "El color del alma", "Si todos los hombres del mundo...", "La señora de Pondal Ríos y Olivari", "Nuestros años felices", "Tuve la vida que quise y pagué su precio", "En Sunset Boulevard con Ava Gardner", "Imágenes del dolor en dos mujeres", "¿Niño prodigio o ser humano prodigio?", "En los comienzos de la TV", "Nat Cole, Tamara Toumanova y Alfredo Palacios", "En Filadelfia y Madrid", "Dos personajes: El Cordobés y Dalí", "En Nazareth y con Golda Meir", "Roma, la RAI y Cinecittá", "Amor familiar en los Barrymore y los Fonda", "Tachero londinense e Ives Montand parisino", "Dos mujeres, dos destinos", "Esa singular luz de Holanda", "Marylin Monroe lejos del mito", "Emotivo recuerdo de Marlon Brando", "Insólita Paloma", "El adiós definitivo".

"Arte y vida" (I) para la colección "Todo es Historia" con las memorias de Blackie en treinta años del mundo del espectáculo, del periodismo y la televisión. Un libro que puede adquirirse en los quioscos o —al igual que el resto de la colección— en Cangallo 1558 piso 4, Capital. □

EL LIBRO DE HISTORIA DEL MES

por Luis Alberto Romero

Celso Rodríguez, Lencinas y Cantoni. El populismo cuyano en tiempos de Yrigoyen. Colección Conflictos y Armonías, Buenos Aires, Editorial de Belgrano, 1979, 377 páginas.

La vida política de las provincias constituye un campo de estudios casi virgen. La mayoría de quienes se ocuparon de los grandes fenómenos políticos de este siglo — el radicalismo y el peronismo — se han limitado a las áreas más típicas — el Litoral y las grandes ciudades — resolviendo el problema del resto del país con algunas líneas circunstanciales. El descuido resulta más grave en casos como el del lencinismo y cantonismo en la década del veinte, notables tanto por la virulencia en los enfrentamientos como por la originalidad de las formas políticas ensayadas. Este libro de Celso Rodríguez, un argentino radicado en Estados Unidos que estudió con Robert Potash, llena en ese aspecto un vacío importante en la bibliografía moderna.

San Juan y, sobre todo, Mendoza constituyen a fines del siglo pasado casos excepcionales en el panorama de un Interior en irremisible decadencia. La producción vitivinícola cimentó una peculiar prosperidad en ambas provincias y atrajo a una intensa corriente inmigratoria. La vieja élite cuyana de comerciantes y terratenientes se amplió con buena parte de estos inmigrantes al tiempo que se ensanchaban los sectores medios de viñateros, comerciantes y profesiona-

les, así como un extenso sector de peones agrícolas y urbanos, ocupados en viñedos y bodegas.

La expansión generó en esta sociedad tensiones y conflictos bien modernos, como los que en tiempos de crisis separaron a bodegueros y viñateros. Por su parte los sectores populares, predominantemente criollos, padecían pésimas condiciones de vida y se hallaban tan absolutamente desprotegidos que la "cuestión social" era por entonces en Cuyo un tema de preocupación general. En lo político, durante el "régimen" el control del gobierno por parte de la élite de bodegueros, grandes viñateros y comerciantes fue completo. En estas provincias el radicalismo fue, originariamente, la expresión de sectores disidentes de la élite, sin diferencias sustanciales con aquella. Precisamente bajo la conducción de los Lencinas y Cantoni el radicalismo llegó a entroncarse en Mendoza y San Juan con la "cuestión social".

La historia de estos caudillos fue particularmente agitada, sucediéndose grandes triunfos electorales e intervenciones federales destinadas, infructuosamente a minar su popularidad. José Néstor Lencinas, electo gobernador de Mendoza en 1918, fue desplazado antes de terminar el año, para volver pocos meses después al gobierno. Al año siguiente, ya dispuesta una nueva intervención, murió. Su hijo y sucesor, Carlos Washington, ganó las elecciones en

1922 para ser desplazado por una intervención en 1924; dos años después ganó las elecciones otro lencinista, el bodeguero Alejandro Orfila. Los Cantoni llegaron al gobierno de San Juan en 1923, luego de un sangriento episodio en el que sus partidarios asesinaron al gobernador Jones, radical yrigoyenista. Federico Cantoni fue gobernador entre 1923 y 1925, sucediéndole luego de un año de intervención su hermano Aldo. En 1928 ambas provincias fueron intervenidas por Yrigoyen.

Aunque con diferentes matices, la acción de todos ellos se identificó con las necesidades de los sectores populares. José Néstor Lencinas estableció la jornada de ocho horas, el salario mínimo y la pensión a la vejez. En San Juan los Cantoni adoptaron medidas similares, aun cuando su aplicación fue mucho más sistemática y radical que en Mendoza. Por otra parte, sus gobiernos se caracterizaron por un definido estatismo e intervinieron y regularon la actividad vitivinícola, especialmente para corregir los desajustes creados por la crisis de los años de guerra. El estatismo fue más definido en San Juan: merced a fortísimos impuestos a bodegueros y viñateros, los Cantoni organizaron una política de servicios sociales y obras públicas que benefició notablemente a los trabajadores.

Aunque estas medidas avanzadas — consagradas en San Juan por el texto constitucional de 1927 —

chocaban con los intereses de los propietarios, no debieron provocar por sí solas su ruptura con el gobierno. Esta provino, antes que nada, del *modus operandi* de quienes la aplicaron. Identificados con la "chusma de alpargatas", Los Lencinas y Cantoni parecieron alentar en sus expresiones verbales, un enfrentamiento de clases que poco tenía que ver con la moderación de las reformas propuestas. A ello se agregó un manejo político sistemáticamente faccioso y arbitrario: la policía fue usada sin moderación para perseguir a los enemigos y los procedimientos legales fueron despreciados en aras de la ejecutividad, obrándose en todos los casos con el más crudo discrecionalismo. El viejo estilo de José Néstor Lencinas, abogado de pobres, dejó paso al más moderno de su hijo, Carlos Washington, quien recorría permanentemente la provincia regalando sacos y participando en asados; mientras sus segundos distribuían profusamente mates, alpargatas y jarritos con el retrato del "gaucho" Lencinas o de su hijo el "gauchito". Lo nuevo y lo viejo de este estilo político se conjugaron en la Constitución sanjuanina de 1927, que concedió el voto a la mujer y estableció la elección por circunscripciones uninominales. El sistema, que aseguraba un contacto directo y personal entre representantes y representados, al mismo tiempo permitía eliminar por completo a la molesta oposición.

Esta oposición local, que reunió a casi todos los sectores propietarios, fue más encarnizada en tanto se vinculó con los distintos conflictos de la política nacional. Menos de un año fue necesario para que el gobernador Lencinas rompiera con Yrigoyen, su compañero por más de una década en la lucha por la regeneración política. No sólo hubo problemas específicos, como los vinculados con la economía vitícola; dos liderazgos tan definitivamente personales eran en el fondo incompatibles. Los Cantoni, por su parte, nacieron a la vida política enfrentados con Yrigoyen y la brecha nunca se cerró. Radicales y conservadores se opusieron categóricamente a la aprobación de los diplomas de Carlos Washington Lencinas y Federico Cantoni, electos por sus disciplinadas legislaturas. Lo curioso fue que, pese a su aire popular y casi subversivo, fueron aceptados por la corriente antiyrigoyenista que se formó dentro del radicalismo. En 1928, el plebiscito que llevó a Yrigoyen a la presidencia por segunda vez pareció avalar la decisión del viejo caudillo de descabezar a sus enemigos con una nueva y definitiva intervención. El asesinato, en un acto público, de Carlos Washington Lencinas, agregó una nota dramática a un episodio que fue, sin embargo, el canto del cisne del gobierno yrigoyenista. Poco después, sus enemigos —un amplio frente que incluía a Federico Cantoni junto con los ge-

en la historia argentina dirigida por Félix Lleras

CELSE RODRIGUEZ Lencinas y Cantoni

El populismo cuyano en tiempos de Yrigoyen

EB editorial de belgrano



nerales Uriburu y Justo, y los doctores Pinedo e Ibarguren— acababan con él. Interesante y discutible es la interpretación que de este proceso hace Celso Rodríguez, visiblemente influido por su imagen del peronismo, en el que descubre tantas similitudes con estos dos movimientos precursores. Para Rodríguez, el populismo de

los Lencinas y Cantoni surge de las terribles condiciones de los sectores populares cuyanos, que determinan espontáneamente reivindicaciones clasistas. Uno no puede dejar de preguntarse por qué en otras situaciones esos mismos sectores no tuvieron respuestas similares. Parece más lógico suponer que, mediante una política de

sistemática exacerbación de la hostilidad superficial entre "decentes" y "populares", ambos caudillos —en definitiva salidos de la élite y no del "pueblo"— se esforzaron por procurar construir una ancha base para su acción política. El análisis de la sociedad cuyana que hace Rodríguez parece excesivamente esquemático: se extraña alguna precisión sobre los apoyos sociales del populismo y la participación que en él tienen los sectores medios, así como alguna explicación de la presencia de personajes como los bodegueros Orfila o Gargantini en el lencinismo. Quizá debió tener un desarrollo más extenso el tema del apoyo organizado a los caudillos, el funcionamiento de la maquinaria electoral y el papel de los comités.

La de los Lencinas y Cantoni es, sin duda, una historia dramática, pintoresca, inverosímil por momentos, y enormemente rica en enseñanzas. Celso Rodríguez nos ofrece un estudio serio y minucioso, que ha de constituirse en un jalón bibliográfico. Sin embargo su relato, que debió haber sido vívido y apasionante, resulta algo frío y aséptico.

Con este libro se inaugura una nueva colección de obras históricas. En estos tiempos de crisis este hecho es en sí mismo extremadamente estimulante. La excelente calidad gráfica del libro y el impecable cuidado de la edición lo hacen aún más auspicioso.

LECTORES AMIGOS

TOMISMO

Señor Director:

Molesto brevemente su atención, y es con relación a la nota sobre Alejandro Korn, publicada en el número 147 (pág. 70 y 71) cuyo firmante es Emilio J. Corbière. Y tras la breve lectura y reflexión de esa nota, me surgen varios interrogantes y consideraciones filosóficas.

La nota aludida dice textualmente: "...Korn se dio a la faena de redescubrir los cauces del pensar filosófico, oscurecidos por la maraña del tomismo..."

Este párrafo nos da a entender que el tomismo, filosofía creada y concebida por Santo Tomás de Aquino (el más docto entre los santos y el más santo entre los doctos) ha oscurecido el pensar filosófico; desconociéndose acá que nunca en las ciencias filosóficas existió tanta lucidez y perfección como en la obra del Aquinante.

Santo Tomás de Aquino en su "Summa Teológica" descubre y ensaya cuatro órdenes que se encuentran en estado de superioridad entre sí: a) Eterno, b) Divino, c) Natural, d) Humano, llamado positivo.

La crisis de nuestra sociedad y del mundo contemporáneo surge de haber olvidado los órdenes superiores y el natural, lo cual trajo aparejado la aparición de teorías marxistas (azote satánico, como lo definió S.S. Pío XI) y últimamente la aparición del denominado existencialismo con Sartre, Marcuse y otros. No debemos olvidar que la acción subversiva en el mundo y especialmente en América latina, se dió a partir de querer destruir las enseñanzas que nos proporcionó el tomismo.

Desarrollarle en ésta todo lo que es el tomismo

sería imposible y presupongo que tanto Ud. como el escritor de la nota aludida, la conocen y también conocen lo nefasto de las filosofías que se le oponen (con excepción del Agustínismo).

De allí que el primer interrogante que se presenta es si se puede comparar a Alejandro Korn con Santo Tomás y si se lo compara ¿no sería acaso una irreverencia hacia el Aquinante y una injuria grave a quienes estamos imbuídos del tomismo?

Posteriormente se hace alusión a la libertad humana, pero a esa libertad delimitada por un positivismo, casi diría un materialismo dialéctico, desconociendo que es el Creador la fuente perfecta de la libertad. Por lo tanto si Korn no realiza previamente una exégesis de la creación y el orden natural su trabajo sobre el tema es innecesario. Hablar de los valores (axiología) indicaría que para Korn, los valores son producto del intelecto humano, desconociéndose que en ese orden natural creado ya existen y son válidos en el espacio y el tiempo.

Demostrando los errores en que incurrió Alejandro Korn (radical convertido al socialismo) la misma nota indica su lucha contra el escolasticismo clerical destruyendo así una de las instituciones de la Nación como la Universidad.

Por lo que se nota en el comentario referido, Korn pretendió cambiar un orden existente y creado válido en cualquier tiempo y espacio y que su cambio trae aparejada la destrucción del hombre mismo.

Es por todo lo descrito en esta síntesis que **NO SE PUEDE HABLAR DE QUE EL TOMISMO HAYA OSCURECIDO LA FILOSOFIA Y QUE KORN LE HA-**

YA DEVUELTO SU VERDADERO CAUCE.

Son las filosofías de Hegel, Marx, el positivismo y el existencialismo las que no sólo oscurecen el pensar filosófico sino que le restan valores al espíritu humano.

El tema del tomismo, del orden natural y de las enseñanzas que nos trajo la escolástica está nuevamente cuestionado en la educación argentina, en los círculos políticos y en las esferas de gobierno. Felizmente, el gobierno vuelve a valorar su orientación a las concepciones tomistas, como ocurre en los nuevos programas de Formación Moral y Cívica.

Este sería un tema muy largo de desarrollar y un tanto controvertido pero la conclusión es que no podemos ni debemos apartarnos del tomismo y tenemos que evitar las heresías de los marxistas y los existencialistas.

Espero que esta carta, que no pretende ser agresiva en cuanto a persona alguna, tenga como finalidad reever la nota sobre Alejandro Korn, dándole un mejor y mayor desarrollo a las concepciones tomistas.

Sin otro particular, le saluda muy atentamente,

Juan José Taboada

DNI. 12.317.744

SOBERANIA

Sr. Director:
En la Sección Lectores Amigos correspondiente al Nº 146, de julio del año en curso —pág. 94— el señor D. Mario O'Donnell se refiere a la patriótica actuación que le cupiera a su padre el Tte. Gral. D. Carlos E. O'Donnell, como gobernador del Chubut en relación a los intentos sepa-

ratistas o cuando menos subversivos de la colonia de galeses instalada en dicho territorio nacional.

Con explicable amargura filial, recuerda el lector mencionada que la presión de Londres, capital del "entonces poderoso imperio británico" logró el alejamiento del conflictuado gobernador.

No obstante la misión federal encargada al Dr. D. Diego González como comisionado nacional en el territorio del Chubut, en la que se desempeñó en calidad de secretario, mi padre, el Dr. D. Juan R. Serú, según decreto de fecha 8 de febrero de 1901 suscripto por el vice-presidente D. Norberto Quirno Costa y refrendado por el ministro del Interior, D. Amancio Alcorta, pudo constatar la exactitud de los hechos subversivos revelados por el entonces Cnel. O'Donnell.

La clara y patriótica conducta de este digno jefe militar, significó en aquel momento una firme y decidida defensa de la soberanía territorial argentina en tierras patagónicas, ratificada por las categóricas conclusiones de la misión federal mencionada.

Creo haber completado la inquietud informativa del lector O'Donnell y el afán de la revista de su digna dirección, de difundir episodios vinculados a nuestro pasado.

Salúdolo muy afectuosamente,

Alberto Serú García

T. 241.792

Perú Nº 765, Mendoza

LEOPOLDO NELSON

Sr. Director:
Atento a lo requerido por el Sr. Juan C. García en la Sección Lectores Amigos de Todo es Historia, de agosto pasado, me permiti-

to informarle por su digno intermedio, que puede consultar la biografía del general Leopoldo Nelson en "BIOGRAFIAS ARGENTINAS Y SUDAMERICANAS" de Jacinto R. Yaben, quien afirma que aquél nació en Bs. Aires, el 22 de julio de 1836 y, erróneamente, que falleció en la misma ciudad, el 12 de mayo de 1890.

En realidad, Nelson dejó de existir en Villa Mercedes, provincia de San Luis, donde estaba radicado con su familia, y su partida de defunción dice: "En el día 14 de mayo del año 1890, el infrascrito Cura Vicario de esta Parroquia de Nuestra Señora de las Mercedes, dió sepultura eclesiástica al cadáver de Leopoldo Nelson, natural de Buenos Aires y vecino de esta Villa, estado casado. Falleció a la edad de 59 años, de asma. Doy fé. (Fdo.) José Félix Gómez".

Confirmando su origen, puede leerse en la partida de bautismo de Elisa Balbina Nelson, nacida el 31 de marzo de 1890: "Hija legítima de Leopoldo Nelson, natural de Buenos Aires, finado, y de Elisa Aldunate, natural de Mendoza y vecina de esta Parroquia de la Virgen de las Mercedes". (El subrayado es mío).

Puedo agregar que en la misma Parroquia el 27 de octubre de 1886, fue bautizada Leopolda Elisa Nelson, "hija legítima del esclarecido General Don Leopoldo Nelson y de la Sra. Doña Elisa Aldunati" (textual). No dice cuál es la nacionalidad del Gringo. (Con ese apodo se le recuerda en Villa Mercedes).

Saludo al Señor Director muy atentamente,

José Mellano
Presidente de la Junta de Estudios Históricos de Villa Mercedes (S. L.)

LIBROS RECIBIDOS

Historia económica y social de Entre Ríos (1600-1854), por Oscar F. Urquiza Almandoz. Banco Unido del Litoral S.A., Buenos Aires, 1978, 574 páginas.

Economía y desarrollo. Principios básicos de una política económica. Edición dirigida por Josef Thesing. Cipres, Buenos Aires, 1979, 266 páginas.

III Conferencia General del Episcopado Latinoamericano, Puebla, México. Cipres, Buenos Aires, 1978, 213 páginas.

La revolución burguesa en el mundo feudal. Vol. I, por José Luis Romero. Siglo Veintiuno Editores. México, España, Argentina y Colombia.

Nuestra Historia, N.º 22. Revista de Historia de Occidente. Director: Jorge María Ramallo. Buenos Aires, 1978, 62 páginas.

Historia de La Rioja, por Armando Raúl Bazán. Ed. Pius Ultra, Buenos Aires, 1979, Colección Historia de Nuestras Provincias, 456 páginas.

IDEA

Señor Director:
TODO ES HISTORIA dió en el clavo. Se trata, sin duda alguna, de una publicación de verdadero interés, que trasunta autenticidad argentinista, tan necesaria siempre.

Señor Director; me satisfaría, como expresión de honda preocupación y percepción cultural, que usted estudiara la posibilidad de editar una revista o álbum a todo color, con la producción selecta de los grandes maestros argentinos que formaron la vanguardia mundial de la ilustración, la caricatura y la historieta.

Me refiero a la inigualable legión de quienes dieron jerarquía al país y a las páginas de Caras y Caretas, Fray Mocho, PBT., Plus Ultra, Revista Popular, Mundo Argentino, El Hogar, Atlántida, y otras publicaciones que son historia de una época.

Las magníficas caricaturas de José María Cao (en primer término el maestro incomparable), Manuel Mayol, Milo Zavattaro, Redondo, Navarrete, Giménez Pastor, Valdivia, Málaga Grenet, Juan Alonso, Eduardo Alvarez, Juan Peláez, Sanuy, el "mono" Taborda, Columba, Juan Carlos Huer-go, Alejandro Sirio, Guill-

mo Bólins, Rodolfo Claro, Gregorio López Naguil, Luis Macaya y tantos otros que se perpetúan en la posteridad mediante el arte inconfundible de quienes fueron los mejores del mundo en el primer cuarto del siglo.

Los archivos de esas revistas posibilitarían a bajo nivel económico, se me ocurre, la utilización de los respectivos clisés. El planteo, señor Director, por sus fundamentos, y por la trascendencia nacional que habrá de tener, es digno de su atención, intervención que por muchos motivos supone una feliz concreción. Hágalo, los argentinos, todos, se lo agradeceremos, como contribución a la cultura.

Saludo al señor Director atentamente.

Ramón Furlano

PARTIDO NACIONAL-SOCIALISTA

Señor Director:

Tuve el placer de colaborar en su importante revista en el N.º 148 —dedicado a la Segunda Guerra Mundial—, con un artículo que titulé "El Partido Nacional-socialista Alemán en la Argentina". Como algunos errores, probablemente de transcripción en la imprenta, pueden inducir a interpretaciones equivocadas, apelo a su gentileza para que se publiquen las correcciones del caso y los elementos de juicio que apporto seguidamente.

Comencemos por el título del trabajo. En la revista apareció como "El Partido Nacionalista Alemán en la Argentina", cuando el original es el que señalo en el primer párrafo. Aquí cabe hacer algunas consideraciones pues,

precisamente, existió en Alemania una organización política de nombre parecido: el Partido Nacional Alemán.

Esta última agrupación concurrió a las elecciones del 26 de abril de 1925 apoyando la candidatura presidencial del mariscal de campo Paul von Beneckendorff und Hindenburg que, paradójicamente, era monárquico y amigo del último kaiser, integrando una coalición que también integraba el Partido Nacionalista Obrero Alemán, de Adolf Hitler. Como es sabido, Hindenburg obtuvo el triunfo con algo más de 900.000 votos sobre otro frente partidario. Poco antes, el nazismo había llevado de candidato al mariscal Erich von Ludendorff y como ningún postulante había reunido los votos necesarios para lograr la mayoría absoluta, se llegó a una segunda vuelta en la que el hitlerismo terminó sumándose a las fuerzas que, reunidas, alcanzaron la victoria. La actitud nazi llevó a la ruptura definitiva entre Ludendorff e Hitler, al tiempo que ahondó las divergencias intestinas del partido.

En agosto de 1927, el III Congreso del Partido Nacional-socialista condiciona el programa de la organización en un sentido mucho más conservador, anulándose los puntos que se referían a la nacionalización de los "trusts", la reforma agraria sin indemniza-

ción para los terratenientes y la participación de los obreros en los beneficios empresarios. Tales disposiciones encuentran rápido eco en las filas del Partido Nacional Alemán y muchos de sus militantes y algunos de sus dirigentes se incorporan a las filas del Führer.

Las reticencias de los "nacional-alemanes" con Hitler poco a poco van desapareciendo y Alfred Hugenberg, su principal dirigente, acuerda el ingreso del nazismo en un Frente Nacional Unido contra el Plan Young (que había sido impuesto por las potencias triunfantes en la Gran Guerra) y entre ambos partidos se constituye un Comité Conjunto de Finanzas para cubrir los gastos de la propaganda. Esto ocurre en julio de 1929. En setiembre, Hitler y Hugenberg dan a conocer un proyecto de ley "contra la esclavización del pueblo alemán" y al mes siguiente el nacionalsocialismo obtiene sus primeros éxitos electorales en Baden y Turingia, logrando también diputaciones en Brunswick y Sajonia. En diciembre, el Frente Nacional Unido contra el Plan Young es derrotado en el referéndum que había propiciado y una parte considerable del electorado nacional-alemán se pasa al área de influencia del nazismo. Nuevamente encontramos reunidos a ambos partidos en marzo de 1930, atacando duramente

a Hindenburg que pone en vigencia el Plan Young y en agosto la "izquierda nazi", nucleada en torno de Otto Strasser, rompe con el Führer y funda la "Comunidad de Combate de los Nacionalsocialistas Revolucionarios", conocida después como el "Frente Negro". Mientras tanto, algunos grandes magnates de la industria presionan a favor del nazismo en las mismas filas de los nacional-alemanes.

Y así continúa de manera cada vez más manifiesta la colaboración del partido de Hugenberg con el de Hitler, en tanto la Organización Nacionalista de Veteranos de los Cascos de Acero (Stalhelm), agrupación paramilitar dirigida por Franz Seldte e íntimamente vinculada al Partido Nacional Alemán, engrosa las filas de las S.A. del Führer y por último termina desapareciendo. Este último dirigente y Hugenberg integran el primer gabinete nazi en enero de 1933, pero en junio de ese mismo año desaparecen de la escena política los nacional-alemanes, absorbidos por el nazismo y Hugenberg anuncia que "de común acuerdo con el canciller (Hitler) abandonan la coalición gubernamental por haber cauducado el sistema de representatividad de los partidos". Es así que la cartera de Economía queda en manos del dirigente nazi Karl Schmitt.

Figura al comenzar la pá-

gina 48 la última línea de un párrafo, solamente, lo que hace incomprensible su significado. Se refiere al "Graf Spee" y debe decir: "La tripulación alemana, integrada por 1.055 hombres, llega un día más tarde a Buenos Aires, siendo alojada en el Arsenal Naval de Dársena Norte y en la Dirección General de Inmigración".

Si bien hay algunos otros errores de transcripción no impiden que, en definitiva, se entienda el significado de las frases.

Por último, deseo señalar que la obra de Jürgen Hell citada en la bibliografía: "La Nueva Alemania Surbrasileña - El rasgo esencial anexionista de la política guillermina y nazi respecto al Brasil 1895-1938" y que integra el volumen titulado "Hitler sobre América Latina", no fue editado por el Fondo de Cultura Económica, como erróneamente se transcribe, sino por el Fondo de Cultura Popular, también de México, y se trata de un trabajo que integró el seminario realizado en febrero de 1966 en la Universidad Humboldt, de Berlín.

Quedo muy agradecido por su gentileza, doctor Luna, y como siempre continuaré siendo atento lector de "Todo es Historia", que no he abandonado desde su primer número.

Atentamente,

César E. Prieto

TODO ES HISTORIA - N° 150 - Noviembre de 1979. Director Félix Luna, Redacción, Publicidad y Administración: Cangallo 1558 piso 4, Teléfonos: 46-4595/6965. Inscripto en la Dirección Nacional del Derecho del Autor bajo el número 1.264.960. Miembro de la Asociación Argentina de Editores de Revistas. Distribuidor en Capital Federal: Antonio Rubbo, Garay 3226, Capital. Distribuidor en interior y exterior: SADYE S.A.C.I., Belgrano 365, Capital. Composición, armado, impresión y encuadernación de Editorial Palermo, Erézcano 3158, Teléfonos 921-4061/62, Capital Federal.

Correo Central (B)
Suc. 83 (B) y
Suc. Cabeceras

TARIFA REDUCIDA
CONCESION N° 8240

FRANQUEO PAGADO
CONCESION N° 110

LAS PLAYAS DEL URUGUAY SON UNA PINTURITA



DESDE
\$40.000
MENSUALES

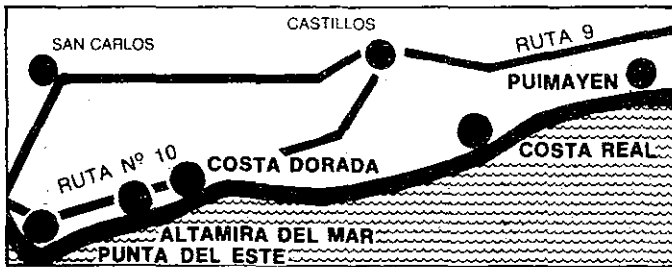
Magníficas, llenas de sol, con suaves declives y arena muy fina...

Pero lo mejor que tienen es que son reales, vivibles y posibles.

Sí, pueden ser tuyas apenas por una cuota

mensual y un pequeño anticipo. Tenemos parcelas al lado de

Punta del Este y cerca de la frontera con Brasil, todas frente al mar. Elija.



Di Tullio

Inversiones para gente actualizada

PARAGUAY 864 - (1057) Capital
Tel. 31-2501/4037 ; 32-6202

Solicito información sobre Las playas del Uruguay

Nombre y Apellido _____

Dirección _____

Localidad _____

Tel. _____

C. Postal _____

UAW

ES SEGURIDAD